



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

EL DIA SIGUIENTE  
DE LA  
**VICTORIA.**  
**VISION,**  
POR  
**LOUIS VEUILLOT.**

TRADUCIDA DEL FRANCÉS  
por  
**LA REDACCION DE LA ESPERANZA.**

---

**MADRID:**  
IMP. DE LA ESPERANZA, Á CARGO DE D. A. P. DUBRULL.  
*Calle del Pez, núm. 6, principal.*

---

1861.

THE

# VICTORY

THE

THE

# A EUGENIO VEUILLOT,

AUTOR DE LA HISTORIA DE LAS GUERRAS DE LA VENDEE,

UNO DE LOS REDACTORES DE L'UNIVERS.

---

Hermano mio: Te dedico este libro en testimonio de mi cariño y de mi gratitud. Por tu ternura fraternal me has acompañado en una carrera en que se agotarán oscuramente la fecundidad de tu talento y la energía de tu voluntad. Te fatigarás sin gloria, seguirás siempre pobre, y no evitarás la amargura de los juicios que forma el mundo contra cualquiera que se niega á corromperle y á explotarle; pero servirás á la Iglesia, y mi corazón mismo no sabrá descarte mayor dicha ni mayor gloria.

LOUIS VEUILLOT.

1849. Día de San Eugenio.





## PRÓLOGO.

---

Esta obra ha visto ya la luz pública, y apenas ha encontrado quien la juzgue favorablemente. Se habrá tal vez aceptado mi pensamiento, pero se ha encontrado el lenguaje demasiado libre, la diction demasiado dura, y la conclusion exorbitante. Se me ha acusado de que ataco la filosofia, tanto por lo menos como el socialismo; de que no indico á la sociedad mas que un remedio mas espantoso que su mismo mal, un remedio imposible y que no querrá aceptar.

«Si es preciso, se me dice, que la sociedad para salvarse vuelva al confesonario, entonces está perdida. ¿No veis què no quiere ya mas catolicismo? Y aunque le quisiera, está ya muerto. Pero la sociedad no necesita de él. Se salvará ella sola por su genio, por su buen sentido, por la magistratura, por el ejército, por un brazo

fuerte que armará un día...» En una palabra, todo lo que leemos en los periódicos del *gran partido del orden* y que tambien confirman los acontecimientos del día.

•Estas críticas, de las cuales apelo, han sido reunidas en un artículo del *Semeur*, periódico evangélico. Acusa á la *Revue des Deux Mondes* de haber perdido mucho de sus buenas formas desde la revolucion de febrero, y de hacer uso con demasiada frecuencia contra los republicanos *avanzados* de la invectiva y de la injuria. Aflígrese de ello por el honor de nuestra literatura. Añade, sin embargo, el apóstol de la religion reformada: «Por preparados que estuviésemos á encontrar en la *Revue* artículos poco dignos de sus predecesores, confesaremos que ha sido estremada nuestra sorpresa al leer la especie de drama titulado *El dia siguiente de la Victoria*, por M. Louis Veuillot. Nos es verdaderamente imposible espresar el disgusto, la compasion, el desagrado con que hemos leído esas páginas innobles en que no se sabe qué es lo que predomina, si el sen-

tido moral depravado ó el gusto literario bastardeado.» Después de este juicio general sobre el conjunto, desciende el evangélico á los detalles. Recorre mi pobre obra desde el principio hasta el fin. No ve en ella mas que monstruosidades, absurdos, groserías, y hasta soberbia, cosa que me admira por cierto; porque, francamente, no creía yo poder aparecer, á favor de mi habilidad, con muchas circunstancias atenuantes ante los futuros tribunales de la república social. Decidido un critico á *castigarme severamente*, no me escusa de nada, no me perdona nada, no me concede nada. Yo calumnio á los socialistas, y á todo el pueblo francés; yo insulto á la naturaleza humana; yo adulo miserablemente á los felices y poderosos de este mundo, que son los nobles y los Jesuitas; en fin, «los lectores que necesita M. Veuillot están en lo interior de un Seminario ó de un convento de monjas, porque el entendimiento de estos se encuentra bastante embrutecido, y su ignorancia de la historia es bastante completa para admitir esas enormes tonterías.» Paréceme que esos señores evangélicos

del *Semeur* no me quieren mucho; pero no es la primera prueba que me dan de ello. En el tiempo de los clubs, dos sectarios del Evangelio puro se iban á un chiribitil democrático y social de la calle Mouffetard á ensartar á mi costa, y sin darme aviso de ello, disparates análogos á estos, muy aplaudidos siempre por los ciudadanos electores y traperos que formaban la concurrencia. Estos dos hermanos en Calvino son los ciudadanos Pilatte y Cabanis. El ciudadano Pilatte era el orador, y el ciudadano Cabanis el presidente. El ciudadano Cabanis firma el *Semeur*, y el ciudadano Pilatte suministra artículos ó ideas. No he visto nunca ni al uno ni al otro; pero desde luego los declaro al uno y al otro altamente penetrados del espíritu evangélico reformado.

Cuando la hiel hugonótica se vierte sobre un católico, no es nunca en pequeña cantidad. El artículo del *Semeur* es largo. Pasado por el filtro, este vómito no ha dado una objecion verdaderamente sólida ni contra el pensamiento ni contra la ejecucion de mi obra, con tal que quie-

ra tomársela tal cual yo la presento; esto es, como un bosquejo improvisado, y no como un cuadro. Yo no soy mas que un periodista; escribo sobre mis rodillas en medio de los rumores de la plaza pública, y, por consiguiente, no hay que pesarme en los pesos de los académicos.

Yo insisto en creer que las sectas socialistas tienen por comun origen la filosofía escéptica entronizada en Francia hace un siglo, y tan prodigiosamente desarrollada en el último reinado. Los socialistas vienen por línea recta de los *libres-pensadores*, que á su vez descienden de Lutero, el cual era hijo de Mahoma, hijo de Arrio, y todo se remonta hasta aquel que fue rebelde, envidioso y homicida desde el principio.

Insisto en creer que el problema de los tiempos presentes no tiene nada de nuevo, y que, como todos los problemas sociales de todos los tiempos, se plantea en estos términos: *Ó Cristo y su Iglesia, ó la muerte*. Ignoro si las sociedades civilizadas quieren decididamente romper con la única Iglesia de Cristo, es decir, con el

mismo Cristo ; ignoro si queriendo este rompimiento podrán llevarle á cabo ; pero sé que no lo verificarán sino como el suicida echa el alma de su cuerpo. Por haber roto parcialmente con la ley de Jesus , que es la ley de salvacion y de vida, es por lo que la Europa se encuentra hoy entre angustias y delirios. Se ha herido á sí misma, y por eso está enferma. Continúe, y acabará consigo. Con la Iglesia abatida, y el catolicismo suprimido , desafío yo á cualquier espíritu razonable á que conciba ensayo alguno de organizacion social sino por la mano de Proudhon, y Proudhon no sabe lo que quiere. Está ahí, es verdad, el *Semeur*, que dos veces á la semana afirma que lo de menos es reemplazar á la Iglesia católica; que no hay mas que tomar la simiente de las iglesias de él. Pero el *Semeur* no conseguirá hacer brotar semejante semilla.

Insistió en creer que ni Lutero , ni Robespierre, ni Bonaparte, ni Fourrier, ni Proudhon, ni la Universidad de Francia; ni Colfarru , ni el *Semeur* con la ayuda de M. Pilatte, de M. Cabanis

y del club de la calle Mouffetard, han vencido al catolicismo.

Creo que Cristo vive en su indestructible Iglesia; creo que con las revoluciones, los incendios, los cadalsos y las ruinas, va á dar Dios á la tierra una labor que producirá á su Iglesia inmensas cosechas.

Tal es mi primer pensamiento, y es justo, aunque concedo que la forma es defectuosa. Un escritor cualquiera (no digo el primero que vino de Ginebra ó de Lausanne) lo hubiera hecho mejor. Por consiguiente habrá pesadez, lágrimas, contrastes violentos, estilo duro, todo lo que se quiera. Pero lo que no concedo al *Semete*, lo que su crítica no ha conseguido demostrarme es que mi trabajo sea enteramente absurdo y repugnante, que yo haya predicado contra el buen sentido, contra la justicia y contra la verdad.

Yo supongo un ensayo momentáneo de república social, ó, por mejor decir, un triunfo momentáneo, pero completo, de los republicanos socialistas alcanzado despues de una batalla de



algunos días en las calles de una capital cualquiera. ¿Hay en esto algo de absurdo? ¿Es inverosímil que haya división en el pueblo, defecciones en el ejército, vanilación y terror en el gobierno, y que se cometan incendios, robos y asesinatos á la sombra de la bandera de la guerra civil? El *Semeur* parece que no espera mas que pastorales. Muchos programas bastante conocidos prometen otra cosa. El *Semeur* no quiere que se crea el pueblo insurgente capaz de cometer un solo acto contrario á las leyes de la humanidad. Yo, por mi parte, no he tratado de leer en el porvenir, sino en el pasado y en el presente. Me he acordado de 1793 y he contemplado á 1848; he mirado á Viena, á Praga, á Francofort, á Roma y á París; he visto los cadáveres de Rossi, de la princesa Windischgratz, del general Latour, del príncipe Lieknowski, del general Brea y de Mons. Affre; mientras yo escribía, todavía se asesinaba á los sacerdotes en Roma y á los centinelas en Lyon; y por eso he creído que se encontrarían asesinos entre los fundadores de la república social. Al hacer de estos asesinos unos

ladrones, he querido, aun á riesgo de tener demasiadas consideraciones á ciertas doctrinas altamente predicadas, poner á tales monstruos fuera de toda convicción, fuera de toda bandera política. Me he dicho precisamente con Pascal lo que el *Semeur* me acusa de haber olvidado: Hay doctrinas que no son aplicables sino por medio del asesinato y del pillaje; pero la naturaleza sostiene á la raza humana, y la impide que se estravie hasta ese punto. Bajo la bandera socialista se agolpan los mathechores, que no ven más que su presa en la sociedad tomada por asalto. Un socialista sincero, mezclado entre ellos, los acusa, y llega á ser su víctima. Pero, dice el *Semeur*, es un necio. No, es un socialista sincero, un pobre ignorante fanático. Si fuese instruido y de buen sentido, ó no sería socialista, ó no sería sincero. Venid acá, orador Pilatte, y vos, presidente Cabanis, y decidme con la mano sobre la conciencia si entre vuestras ovejas de la calle Mouffetard conocéis muchas que estuviesen en estado de profesar las matemáticas ó la histo-

ia, ó de explicar siquiera la palabra de Dios. Es verdad que ese mismo socialista, que por otra parte es un buen muchacho, cae mas adelante en manos de un Jesuita, y se convierte. Ved á qué se reduce su necedad y mi enorme tenteria.

Y luego prosigue el Semeur: «El lenguaje desciende, á pretesto de color local sin duda, á un grado de brutalidad trivial que nos avergonzaríamos de reproducir.» Siento mucho ofender á los tan delicados; pero la verdad dramática exige de cada personaje un lenguaje conforme á su condicion, á la educacion que ha recibido, y sobre todo al sentimiento moral que le anima. Si yo hiciese hablar á Simplet, á Galuchet, á Griffard y á los demas como al mismo Semeur, la verdad perderia mucho y la urbanidad no ganaria nada.

Pero si mis socialistas hablan demasiado mal, mis católicos hablan demasiado bien. El Semeur detesta sobre todo á los que son degollados. «¡Qué gentes tan piadosas, dice, qué dulzura y qué estilo tan elevado!» Este contraste le incomoda. No puede comprender que hombres

de bien, cristianos asesinados y que aceptan la muerte, deban tener otra actitud, otros pensamientos, otro lenguaje que sus asesinos. Yo le suplico que me diga si los mismos ojos de un ministro reformado no encontrarían diferencia alguna entre la princesa de Lamballe y Theroigne de Méricourt. En las escenas revolucionarias no se confunden los contrastes. Se encuentran en ellas incesantemente á la vista la suma grandeza y la suma bajeza; el colmo de la infamia se sobrepone en ellas á la sublime virtud; las revoluciones se hacen para dar á Chauvette y á Marat el placer de hundir á Luis XVI.

Después de defender á los soldados de la república social, el *Semeur* defiende á sus jefes, no porque él sea socialista, pues tiene mucho interés por las cajas de ahorros, sino porque ¿cómo es posible que deje de sentir cierta debilidad de corazón por gentes que tienen tan buenas ideas con respecto al catolicismo? Sus disposiciones con respecto á la Iglesia y las reformas que en ella proponen, le encantan. ¡Son tan aptos para servir al Evangelio puro que él tanto

ama! ¡El socialismo obraria tan virtuosamente contra los restos de la supersticion papista! Fiémonos á la discusion, pero no olvidemos que la pobre razon necesita mucha tinta y mucha paciencia para obtener incompletamente el resultado que uno de los fieles de la calle Mouffetard realizaria en una hora, armado con unos cuantos fósforos. El *Semeur*, pues, contempla á los socialistas, y á mí me *castiga severamente* porque he faltado á las consideraciones que les son debidas. La escena del Consejo de ministros de la república social es, segun él, el pasaje en que yo descubro mas la negrura de mi alma. ¡Qué caracteres, qué ideas, qué lenguaje doy yo á esos corderos? ¡Yo he tenido la osadía de hacer del cónsul un cobarde, y del ministro del progreso un loco! ¡he tenido tambien la de poner en boca del sargento ministro de la Guerra dichos de cuerpo de guardia! ¡Y el incalificable ataque que me permito contra el cuerpo profesional, y los proyectos que supongo en el ministro de la Justicia! El evangélico no encuentra ya palabras con que espresar su *descontento*.

Confieso que, á escepcion de dos ó tres, esos individuos á quienes atribuyo, quizá muy gratuitamente, ciertos reflejos de buen sentido y de humanidad, son personajes muy hediondos y ridículos: pero son lo menos malo que he podido encontrar entre los ministros designados de la futura república social. O han de ser así, ó el poder los ha de hacer cambiar mucho. Mucho me alegraría y me asombraría de que saliesen de la batalla otros hombres de Estado, otros oradores, otros doctores. Pero ha de saber el *Somew* que la parte que tiene mi imaginación en la escena que tan vivamente censura, no es sino muy pequeña. Porque todos esos discursos tan estúpidos y odiosos, lo confieso, pero históricos, los he tomado de los extractos de las sesiones de los clubs, publicados en los periódicos, en los libros y en el *Moniteur*. Solo uno era casi invención mía. Temí haber esforzado en él un poco demasiado la caricatura, y pensaba suprimir aquella tontería, pero mientras yo corregía las pruebas, subía á la tribuna un padre de la Iglesia socialista y hablaba en ella tres

oras; y lo que yo habia tomado por caricatura no era mas que un acta suavizada.

Sobre esta misma escena del Consejo se me hace otra acusacion. Se dice que no he sabido descender hasta la verdad, hasta ese fondo de oscuridad, de maldad y de ignominia que desde ahora nos deja ver el socialismo, y que profundizará y ensanchará, si triunfa, mas allá de cuanto puede imaginarse. Hubiera yo debido, segun los que así critican, mostrar á los socialistas intentando realizar y hacer marchar sus proyectos, tan contradictorios como estúpidos, tan numerosos como horribles. Yo me propuse en instante esta tarea, pero retrocedí ante la inmensidad de ella. No me he sentido con valor de retratar el terrorismo de los hijos de Robespierre, el iluminismo de los discípulos de Leoux, el brutismo de los sectarios de Fourier, el ateismo de los de Proudhon, y tantas otras oscuras cuyo concierto se romperá al día siguiente de la victoria, así como las que nacerán con la victoria misma. Despues de febrero, un miembro adjunto de aquel gobierno provisional

en que se deliberaba con la pistola en la mano, bajo la presión del motín, manifestaba delante de mí su terror, mezclado con el remordimiento. «Luchar con conspiradores, decía él, sería posible, ¿pero con locos?... Pues bien, esos están locos. Sí, son locos... locos...» Pues si tal era el gobierno de febrero, ¿qué será el gobierno de la próxima revolución? ¿Qué saldrá de la cuba después que haya hervido muchos años? ¿Qué querrá, que exigirá ese juez instigado por tantas ambiciones, embriagado con tantos venenos, irritado con tantas decepciones? ¿Qué imaginarán para satisfacerle ó para ocuparle sus jefes llenos de terror y de odio, de orgullo y de ignorancia? Es superior á mis fuerzas el describir este caos. Se me ha representado en una nube de sangre, y no he podido tomar sobre mí el ir á buscar en él los grotescos detalles de las decepciones, reservadas al Falansterio, á la Triada, al Banco de cambios, ó á la Icaria. Por otra parte, ¿se tratará únicamente de todo eso? El mundo no cree en el paraíso social, y no hay nada que pruebe que los mismos que nos le anuncian



crean tampoco en él. Para empezar alguna cosa necesita cada uno de ellos ante todo que desaparezca todo lo que existe y todo lo que en particular pudierá hacer cada uno de ellos: el terrorista no quiere al icario; el icario no quiere al falansteriano; el falansteriano no quiere al proudhoniano; el proudhoniano no quiere á nadie. Todos se desprecian recíprocamente, tanto como aborrecen á la sociedad: no tienen mas que un sentimiento comun; una rebelion inepta contra la ley del trabajo y de la sumision, que es el péso, pero tambien la grandeza y el reposo de la especie humana. Todos sus sistemas, todas sus quimeras se reducirán á destruir en derredor suyo, á destruir mas todavía, á destruir siempre, salvo el dar entre motin y motin algunos decretos para obligar al mundo á que marche en adelante de Oriente á Occidente. La victoria del socialismo no será mas que una victoria de malhechores y de locos sobre los guardas de su prision, sorprendidos en su sueño.

Vencedores de la sociedad, se encontrarán en frente de la naturaleza: esta opondrá á sus ensa-

vos su inmutable esencia, ante la cual cederán, obligados á limitar su orgullo á lo que Dios limita su misión; esto es, á ser simplemente un azote, pero el azote más humillante que puede purgar al mundo y abatir la soberbia humana.

Se dirá con el tiempo que existía una sociedad bastante engreida con su ciencia, con su fuerza, con su riqueza y con sus esplendores, por haber creído que podría pasarse sin Dios, y que de este modo sería otro tanto más grande, más fuerte y más dichosa; que, en efecto, esta sociedad echó á Dios de sus leyes, de sus costumbres, de sus artes, de sus escuelas y del corazón del pueblo; que se había glorificado de poseer libros ateos, de honrar en todas sus partes á los doctores de la mentira, y que, burlándose de los que la amenazaban con la desgracia, les respondió: «Vermos lo que hace ese gran Dios;» que entonces apareció la noche, estallaron los truenos, y los soberbios tuvieron miedo; que se tranquilizaron pronto porque no llegaron á ver caer los rayos; que recobraron su audacia; que se aumentó su ceguedad; que dijeron: «Nuestros ejércitos son

fieles; los fondos están á la par; decididamente no tenemos necesidad de Dios;» que los sordos temblores de la tierra no los despertaron; que echándose sobre los restos del festin interrumpido por la tempestad, exclamaron: «Si Dios quiere volver entre nosotros, será el guardian de nuestras riquezas y de nuestros placeres; le cerramos nuestros corazones, pero consentimos en colocar en el límite de nuestros campos ese fantasma todavía respetado;» que, en fin, del fango de las capitales se levantó un ejército compuesto de todo lo que causaba mas compasion y daba mas horror, y mandado por los hombres de quienes despues de Dios mas burla se habia hecho; y que la sociedad caida, casi sin disparar un tiro, en poder de su abyecta multitud, no vió siquiera los rostros ni conoció los nombres de estos ignominiosos vencedores.

Hé aquí por qué no he dado la mayor importancia á la imbecilidad de los sistemas que sirven de programa á las diversas sectas socialistas. La tontería no estará nunca mas demostrada que hoy, y los que para desengañarse necesiten de

un ensayo de realizacion aprovecharán poco con tal prueba. Una vez dueños del poder los socialistas, procurarán *suprimir* á los incrédulos, pero de ningun modo convertirlos. Yo me persuado que cualquiera que reflexione sobre esto un instante se convencerá de que no me equivoco. Atribuyéndose Proudhon con su habitual modestia las palabras y el poder de Dios, dice: *Destruam et ædificabo*. Sabe muy bien lo que quiere destruir, que es casi todo lo que existe; pero todavía le falta saber lo que quiere edificar. Su rabiosa lógica no ha demostrado bien mas que dos cosas: la perfecta impotencia, bajo este concepto, de todos los socialistas, y la suya misma, tan radical, tan visible como todas las demas.

Vendrán para castigar, para destruir, para ser castigados y destruidos á su vez; vendrán para enseñarnos á dónde van las sociedades que se separan del Evangelio y lo que se encuentran en las tinieblas con que se cubre la tierra, cuando, volviendo los hombres á levantar en el Gólgatha el árbol divino arrancado de los altares.

crucifican en él de nuevo al único que edifica y salva.

Al mostrar á la sociedad en poder de esos furiosos, la hago el honor de creer que no querrá perecer. Supongo en ella una resistencia, no solamente cristiana, sino política; no solamente pasiva, sino armada. Tal vez sea aquí donde mi imaginacion haya corrido demasiado, y donde se me acuse de haber roto el freno del buen sentido. Verdad es que las provincias son muy obedientes al telégrafo. Sin embargo, me parece difícil de admitir que el socialismo, vencedor por un golpe de mano, domine en todas partes, y no vea levantarse casi inmediatamente contra sí á los adversarios que deben derribarle y vencerle en un plazo mas ó menos corto. Su reinado, hablando con propiedad, no puede ser mas que una guerra civil.

Doy á la resistencia dos elementos: uno, que todos preven, enteramente político; otro, que probablemente no espera casi nadie, completamente religioso. Los políticos, restos de los partidos conservadores ó que se creen tales, que

han ejercido el poder en diversas épocas, luchan trabajosamente. No saben lo que quieren, están divididos, y trabajan por comprimir en su propio seno las semillas de socialismo por todas partes estendidas. A esos los tengo en la sombra, porque no es de ellos de quienes espero. Los conservadores defenderán mal principios de que han renegado y que han herido, y combatirán mal errores de que ellos mismos han sido origen.

Los católicos no tienen más que un plan, un fin, una bandera, porque no tienen más que una fe. La unidad religiosa los pone de acuerdo sobre todo lo demás. Saben lo que quieren salvar y cómo lo pueden salvar, y no pierden por las leyes lo que conquistan con las armas. Poseen las dos fuerzas que han vencido al paganismo y fundado sobre la libertad la civilización europea: el ardor de los mártires y la sabiduría de los Santos.

Dejo que se rían los sabiondos que ignoran cómo se han formado las sociedades modernas, y los pensadores que creen que están agotadas la

sabiduría y la fuerza creadora de la Iglesia.

Se me critica de haber puesto á la cabeza de los católicos á un *noble*, al conde Valentin de Lavour. No habia pensado en ello. Por instinto, mas bien que por reflexion, he tomado por jefe de la resistencia religiosa á un vástago de aquellas familias nacionales que el orgullo de la clase media quisiera arrancar del suelo de la patria. Me ha parecido que por las venas del jefe de los nuevos cruzados debia correr y hervir la sangre de las primeras cruzadas. Yo soy muy plebeyo. Conozco pocos caballeros; trato poco á los que conozco, y no tengo identidad de opiniones sino con los que son como yo católicos ante todo. Si mi héroe es caballero, no ha sido por gusto ni por cálculo mio; sino, lo repito, por puro instinto. Al caer en la cuenta de ello, he visto que ese instinto no me ha servido mal. Me ha hecho comprender que la nobleza, á pesar de errores y de faltas que no ignoro (y de que sin duda no se querrá suponer se halle exenta la clase media), ha conservado, en proporcion á su corto número, mas virtudes cristianas y civiles

que las que existen en las demas clases de la sociedad. En ella se encuentran todavía costumbres religiosas y grandes ; se prohíbe todavía el amor al dinero, se guarda aun el culto de los recuerdos, se respeta todavía la memoria de los abuelos , y se ama todavía á los pobres. Además , yo pretendo que un nombre es algo; yo reconozco en los que le poseen una cierta superioridad sobre mí que yo no tengo: «Nobleza obliga.» Es una fuerza, es un deber. Si el caballero falta, el deber de su nombre , en lugar de honrarle mas, le honrará menos. Entre tanto, tiene una señal que le recomienda á mi respeto, y saludo en él á todos sus antepasados , no pudiendo creer que Dios haga durar tanto tiempo una familia sin tener algun designio sobre ella, y sin que ella haya comprado esta gloria con virtudes. Yo quisiera saber por qué no he de dar al que lleva un nombre histórico, el honor y la consideracion que podria dar. al que lleva una cinta encarnada. Si es meritorio en ese soldado haber sido herido , en ese artista haber tenido habilidad, en aquel poeta haber sabido formar



agradables rimas, en aquel señor de mas alta haber llegado á ser jefe de una oficina, no es menor el mérito del descendiente de una ilustre familia que no desdora su ilustre nombre. Ha recibido del cielo un don mas que el valor, que el talento y que el favor de los ministros; el nombre que conserva es mas glorioso y mas útil que el arma del soldado, que el pincel del pintor, que la voz del poeta y que el raspador del empleado: le obliga á obras mas elevadas. Se me dice que estos raciocinios son vanos, que ya no hay nobleza, y se me muestra un decreto firmado por Flocon y refrendado por Pagnere, que me hace igual á los Montmorency... Por un simple movimiento de dignidad popular he protestado contra esa baja manía de los demócratas, que, no sintiéndose con fuerzas para ilustrarse á sí mismos, quieren deslustrarlo todo. Yo creo en la nobleza de la sangre; yo la respeto y la honro, porque la clase media la mira con envidia, porque la democracia la aborrece, porque las revoluciones se glorían de abolirla. Yo quisiera que la Revolución fuese batida por un caballe-

ro, porque sería un bofetón mas que recibiría el insoportable orgullo de la democracia. Pero no es, por otra parte, cosa en que tengo el mayor empeño. Poco importa que á la cabeza de la insurrección cristiana contra el paganismo social, se vea á un aldeano, á un obrero, á un hombre de la clase media. Con tal que tenga la fe y el santo valor que exige una obra de esta naturaleza, los caballeros con quienes yo simpatizo le honrarán y le obedecerán tan plena y gustosamente como yo mismo. Pues qué, ¿los caballeros de la Vendée no se dieron por generalísimo al aldeano Cathelineau?

El nombre de Cathelineau me recuerda una de las más violentas censuras del *Semeur*. Se burla extraordinariamente del aldeano Benito, en el cual ha retratado las poblaciones todavía profundamente católicas que se levantarán un día si es preciso, como ya se levantaron en otro tiempo, para defender su fe perseguida.

Los aldeanos católicos, dice el *Semeur*, no hablan mas que el bajo-breton; son *chouanes*, seres groseros, estúpidos y feroces. Tal es su ra-

zonamiento. Añade que los *chuanes* (1) son groseros, estúpidos y feroces porque no se les deja leer la *Biblia* ni amar á Fenelon. Si yo instigase un poco al *Semeur*, llegaría á confesar que el modelo de un pueblo ilustrado existe en la calle Mouffetard, y se forma con las lecciones del amigo Pilatte; que allí es donde vibran los sentimientos generosos, donde las pasiones son nobles y donde el lenguaje es puro. Yo remito al *Semeur* á la *Historia de las guerras de la Vendée* escrita por Eugenio Veuillot, mi hermano; y si desconfía de esta historia, que lea otra cualquiera. Así sabrá tambien lo que es un aldeano católico, y sabrá tambien lo que pienso yo de su aversion á los *chuanes* y de su predileccion por los héroes de la barrera Saint-Jacques.

Ciertas gentes darán siempre la preferencia á los marseleses sobre los vendeanos, á Henriot y Santerre sobre Cathelineau y Lescure; lo sé, y no me admira. Lo que me admira es que ciertas gentes que tienen sus simpatías, se admiren de

---

(1) Nombre que se daba á los insurgentes de la Vendée.

que nosotros tengamos las nuestras, y nos acusen de ignorar la historia que sabemos mejor que ellos. El ideal del cinismo es, en mi concepto, contar bastante con la ignorancia del vulgo para negar la verdad, para afirmar el error, para insultar la inocencia, para honrar el mal, sin cuidarse de lo que podrán pensar algunos hombres de bien si por acaso reconocen el fraude. Bajo este punto de vista, vuestros sembradores son incomparables. A derecha, á izquierda, á puñados esparcen la semilla de la mentira. Se les coge con la mano en el saco, y siguen. ¡Qué audaces!

Pero todavía no he dicho lo que ha disgustado mas que nada. Entre los personajes de mi drama hay un religioso de la Compañía de Jesus, y este Jesuita es hombre de bien. Cuando el *Semeur* llega á este hecho singular, se pasma. «¡Un Jesuita,—como M. Veuillot tiene cuidado de escribir,—un Jesuita piadoso, paciente, misericordioso, lleno de valor, desplegando un carácter sublime! ¿Se concibe tamaña aberracion?» Y aquí es donde ya el *Semeur* me declara indig-

de ser leído mas que en los Seminarios y conventos de monjas , únicos lugares donde hay bastante estupidez para creer en la fábula, en la enorme tontería de un Jesuita hombre de bien.

Confieso mi culpa: esta vez no ha sido casual, sino deliberadamente, como he dado este hermoso papel á un miembro de la Compañía de Jesus. Yo hubiera podido poner en lugar del padre Alexis á un religioso de otra orden cualquiera , ó á un sacerdote secular. Si estalla la persecucion, no serán los Jesuitas los únicos que sufran el peso de ella. Otros con ellos y como ellos recorrerán los campos devastados, se atreverán á residir en las ciudades , se introducirán en las cárceles, y subirán hasta el cadalso para asistir, para consolar, para absolver, para poner en los labios de las víctimas esos actos de perdón, esas oraciones que se dirigen al cielo implorando gracia para los verdugos. Comprendiendo que sin violar ignominiosamente las leyes de la verosimilitud, no podia yo encargarme de semejante papel á un Pastor protestante , tal vez el *Semeur* me hubiera dispensado el personaje,

y mis otros lectores me lo habrian acaso aplaudido. ¿Por qué, pues, he dado al P. Alexis ese título irritante de Jesuita? Por una razon muy sencilla ; porque quèria yo irritar. No me disgusta hacer rabiar un pòco de cuando en cuando á ciertas y ciertas gentes en quienes pienso cuando escribo. ¡Y la ocasion era tan buena! La *Revista*, á la cual estaba destinado mi trabajo (y que, debò decirlo, le ha acogido con un espíritu muy generoso y benévolo), es una de las publicaciones en que los Jesuitas han sido mas maltratados. ¿Quién creerá que yo hubiera debido, por no irritar ignorancias y pasiones muy poco dignas de consideracion, privarme de la gloria de honrar altamente á los Jesuitas desde lo alto de aquella misma tribuna en que sus calumniadores los han combatido á su capricho y á su placer? ¡Ah! Si alguna vez me sucediese, cerrando los ojos á los escollos á donde conducen frecuentemente los dones del espíritu, desear un gran talento, un gran renombre, un gran poder, lo que yo quisiera hacer resonar mas fuertemente es que conozco y que venero á la

muy piadosa, á la muy santa, á la muy digna Compañía de Jesus. Yo tendria gran satisfaccion en que en el catálogo de los literatos de nuestra época, puesto que nada ocupa un lugar entre ellos, se escribiese despues de mi nombre: *Este era el amigo de los Jesuitas*. No pido mas; y que luego añada el biógrafo lo que quiera para entregarme al desprecio de la posteridad.

No concluiré sin dar gracias al *Semeur* por su crítica, con la cual me ha proporcionado la ocasion de decirle muchas cosas que tenia en el corazon. Por mas que haga profesion de urbanidad y de dulzura, le suplico que con respecto á mí no se ate. Le leo, y tengo gusto en contestarle. Si necesita mas noticias sobre sus amigos y futuros acólitos de la república social, las encontrará reunidas en forma de documentos justificativos al fin de esta obra. Le ofrezco este apéndice cuya idea me ha suministrado él, y cuyo colorido temo haga parecer pálido el de mi libro.

---

## PERSONAJES.

**EL P. ALEXIS, Jesuita.**

**VALENTIN DE LAVAU**, representante del pueblo, y luego presidente de la república separada del Oeste.

**LE VENGEUR**, presidente de sociedades secretas, despues general de las fuerzas revolucionarias, y por último dictador de la república social, de edad de cuarenta años, alto; su fisonomía revela una resolucion implacable. Habla pausadamente como oprimido por el entusiasmo de la destruccion. Viste traje de obrero.

**BENITO**, aldeano del Oeste, robusto, sencillo y pacífico. Treinta y cinco años.

**GALUCHET**, inclusero, vendedor de contraseñas y de periódicos, y despues lugarteniente de Le Vengeur. Veinte años, ruin, andrajoso y cínico. En el primer acto, en mangas de camisa, en el segundo vestido con elegancia.



**EL CÓNSUL DE LA REPÚBLICA SOCIAL**, antiguo abogado, de buena presencia y muy elocuente cuando no teme nada; grueso; cuarenta años.

**BAISEMAIN**, demagogo, antiguo maestro de escuela, redactor de *La Linterna*, y luego ministro de Instrucción pública. Fisonomía de zorro, envidioso y cansado. En el primer acto hambriento, en el segundo insolente y satisfecho.

**RHETO**, demagogo, director de *La Linterna*, y luego secretario de Galuchet.

**GUYOT**, conspirador subalterno, amigo de Rhetó.

**EL CONDE DE LAVAU**, padre de Valentin.

**DIONISIO DUPUIS**, ciudadano, suegro de Valentin.

**JUAN DUPUIS**, hermano de Dionisio, magistrado.

**PROTÁGORAS**, filósofo.

**DEMOPHILE**, antiguo orador liberal.

**PHEBUS**, poeta.

**M. DELORME**, ciudadano, amigo de los Dupuis.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

**EL MINISTRO DE LA GUERRA.**

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

**EL MINISTRO DE LA JUSTICIA.**

**EL MINISTRO DE MARINA.**

**EL MINISTRO DEL INTERIOR.**

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

**EL SECRETARIO DEL CONSUL.**

**BERNABÉ CHIZE,** poeta popular, amigo de  
**Galuchet.**

**SIMPLET,**

**ROBILLARD,** } obreros.

**GRIMLOT,**

**Fritz,** criado de Valentin.

**DUROT,** portero del conde de Lavaur.

**SANTIAGO BONHOMME,** frutero.

**GERVAIS,** propietario rural.

**GRIFFARD,**

**REQUIN,** } ladrones.

**FURON,**

**UN EX-GENERAL.**

**UN EX-MINISTRO.**

**UN EX-PROPIETARIO.**

**UN EX-EMBAJADOR.**

**UN EX MILLONARIO.**

**UN JÓVEN.**

**UN CURA DE ALDEA.**

**UN RELIGIOSO FRANCISCANO.**

**UN JEFE DE PARTIDA.**

**UN JEFE DE INSURGENTES.**

**UN ESPECIERO.**

**EULALIA,** mujer de Valentin, hija de Dupin.

**LA CONDESA DE LAVAU,** madre de Valentin.

**MARGARITA,** mujer de Benito.

**CATALINA,** mujer de Grimblot.

BERENTHINA, querida de Baisemain.

IBERIA, cantatriz, querida de Galuchet.

UNA PORTERA.

UNA VIEJA.

CIUDADANOS, HOMBRES DEL PUEBLO, SOLDADOS,  
AMOTINADOS, LABRIEGOS, AGENTES DE LA FUERZA  
PÚBLICA.

*La escena pasa en Europa.*

EL DIA SIGUIENTE  
DE  
**LA VICTORIA.**

---

**PARTE PRIMERA.**

---

**I.**

**Una encrucijada.**

**GALUCHET, con periódicos en la mano.**

*La Linterna social... ¿Quién quiere La Linterna?... La Linterna... La Linterna. Alumbras, calentaos, ilustraos... no cuesta mas que dos cuartos... Noticias de China y de Inglaterra... La gran traicion del gobierno y la opresion de los patriotas... La Linterna... La Linterna... ¿Quién compra La Linterna?*

*(Los transeuntes se agrupan alrededor de Galuchet.)*

**CHEUSE.**

Anda, anda, pillete, adelante, que no hay pozizontes.

**GALUCHET.**

Apuesto cualquier cosa á que reuno un corro de gente.

**CHEUSE.**

¿Cuánto apostais?

**GALUCHET.**

Del blanco y del tinto, tres copas de cada uno.

**CHEUSE.**

Está dicho.

**GALUCHET, al público.**

Ciudadanos: aquí todos somos hermanos, y se puede hablar; y aun cuando tuviese que ir á la cárcel, no sería la presencia de la infame policía capaz de hacer que me quedase en el cuerpo

con pada de lo que tengo que deciros por la causa de la patria y de la humanidad.

**M. DELORME.**

Este gritador está faltando á la ley. Los buenos ciudadanos no deberían escucharle.

**SIMPLET.**

Ciudadano, silencio y respeto, ó prepárate... El pillastre este tiene traza de hablar lindamente.

**GALUCHET.**

Ciudadanos: aunque no tengo dinero, quiero hacer un sacrificio en favor del pueblo. He comprado este periódico para venderle, pero como no todos teneis con qué pagarle, voy á regalárosle. Escuchad esto, que es cosa que sale quemando de la pluma de uno de vuestros defensores. Cuando no hay pan, la esperanza reanima y la verdad alimenta. (*Aplausos.*)

**M. DELORME.**

Esto es insoportable; voy á llamar á la policía.

## SIMPLET.

Anda á buscarla, que de sus huesos haremos fósforos para quemar tu casa.

GALUCHET. (*Lee.*)

«Pueblo, tenemos fe en tu buen juicio y en tu patriotismo. No olvidarás que eres el primer pueblo del mundo, y que de tu inspiracion sale todo lo que tiene vida en la razon humana, todo lo que se realiza en las instituciones sociales.

»Pueblo, tú votarás por la revolucion, es decir, por la república contra la monarquía, por la libertad contra el despotismo, por la razon contra la supersticion, por el trabajo contra el capital, por la Francia contra los cosacos.

»Tú libertarás al mundo de los Reyes y de los verdugos, de los esclavos y de los señores, de los sacerdotes y de los hipócritas, de los usureros y de los ladrones, de los pueblos oprimidos y de los pueblos opresores.

»Tú votarás por la república democrática y social.»

¿Qué os parece? ¿Está bien hablado?

(*Aplausos, gritos.—Compran el periódico.*)

## UN AGENTE DE POLICÍA.

Ciudadanos, apártense. (A Galuchet.) ¿Y tu medalla?

GALUCHET.

Se ha caído en el arroyo. Búscala.

*(Derriba al agente. La multitud aplaude. Algunos hombres se echan sobre el agente y lo golpean. Otros acuden para salvarle. Se traba una lucha. El grupo se hace considerable. Galuchet acaba de vender sus periódicos.)*

CHEUSE.

Has ganado.

GALUCHET.

No, que eres tú. Lo he vendido todo, y te regalo la moneda que me he olvidado de devolver. A nuestras copas, amigo. A las armas.

VOCES EN LA MULTITUD.

¡A las armas, a las armas!



*(Desempiedran la calle.)*

GALUCHET.

¡Calla! ¡Si habré hecho yo una revolución?  
Pues como sea así, he de comer de ella.

## II.

Un aposento.

*Valentin de Lavour de uniforme, arrodillado de-  
tante del P. Alexis.*

EL P. ALEXIS.

Dios os conserve en su gracia, hijo mío, y no  
volvais á pecar.

VALENTIN *(levantándose)*.

Ahora, padre, voy á las barricadas. No sé có-  
mo saldremos de este paso. Pensad en vuestra  
seguridad.

EL P. ALEXIS.

Mi querido amigo, yo me mantengo siempre

en mi antigua resolución. Me iré á una casa menos conocida, pero no saldré de la ciudad.

VALENTIN.

Si los socialistas triunfan, harán cosas horribles. Os descubrirán.

EL P. ALEXIS.

No tengo ánimo de esconderme mucho.

VALENTIN.

Os matarán.

EL P. ALEXIS (*sonriéndose*).

Nada mas justo. Dios no me ha dejado ir á las misiones, y es menester que me indemnice.

VALENTIN.

¿Cuál será el fin de todo esto? Yo no espero nada bueno.

EL P. ALEXIS.

El fin, el verdadero fin será la justa herencia

e la eterna vida y de la eterna muerte. No veo en esto, hijo mio, nada que deba asustarnos. Por lo que toca á la sociedad, me parece que la ólera divina no ha de querer satisfacerse á medias; pero Dios no juzga como nosotros: nada hay perdido, ni aun para los culpables, mientras podamos orar. El Señor es siempre Aquel que hizo habitable la tierra despues del diluvio: *dominus diluvium inhabitare facit*. ¿Quién es capaz de conocer los tesoros de la misericordia?

VALENTIN.

En lo humano nada me tranquiliza.

EL P. ALEXIS.

Ni á mí tampoco. Esta nacion está quebrada e los riñones. El corazon siente á veces todavía. La cabeza comprende aun; pero los músculos y los nervios no obedecen ya á la voluntad, y no obran sino en el delirio de la calentura. No son a movimientos, sino convulsiones, que á cada una de ellas puede sobrevenir la muerte.

VALENTIN.

Estamos perdidos. Solo Dios puede volvernos

la vida por medio de un milagro que no merecemos, y que no espero por consiguiente. Caeremos, acaso mañana mismo, y si no muy pronto, en una anarquía salvaje, ó en un despotismo igualmente salvaje, ó mas bien en el despotismo y en la anarquía al mismo tiempo, como bajo dos ruedas de molino que giran en sentido contrario, y que acabarán de aplastar, de deshacer y de pulverizar los pocos elementos de vida que nos quedan. ¿Querrá luego Dios hacer algo con esta masa y con este polvo, y sacar la vida de la muerte?

EL P. ALEXIS.

- Tal creo. El trigo bajo la rueda sufre un trabajo de purificación; y nosotros tenemos mucha necesidad de ser purificados, cada uno en particular, para ganar el cielo, y la humanidad en general para conocer su fin, y nuestra nación especialmente, para cumplir en el tiempo su misión tan gloriosa y tan deplorablemente olvidada.

VALENTIN.

¡Ah! A pesar de esta esperanza, ¡qué triste es vivir en días como los presentes!

EL P. ALEXIS.

¿Por qué? No lo habeis pensado bien, amigo mio, y así no os haceis justicia. Estos tiempos han sido muy provechosos, y lo han sido tambien á otros muchos. Yo os veo mas fácilmente despegado de las quimeras humanas, y mas sólidamente adherido á las verdades divinas. Pensadlo bien, y comprendereis que la passion obstinada de la felicidad terrena tiene menos imperio en vuestro corazon.

VALENTIN.

Verdad es. ¿A qué desear hoy fortuna, gloria, felicidad y reposo, cuando vemos que todo eso es mentira? Nada de eso existe ya en la tierra.

EL P. ALEXIS.

Ni ha existido nunca, hijo mio, sino que hay pocas en que hasta los mas juiciosos, creyendo ver aquí abajo alguna sombra de todos esos bienes, multiplican sus esfuerzos y sus faltas para gozar de ellos, y por la sombra olvidan y sacri-

fican la realidad. Ved ahí el peligroso error en que no estais ya espuesto á caer en lo sucesivo.

VALENTIN.

No por cierto. Sé muy bien que no hay en la tierra mas que un asilo seguro, que es el sepulcro. Que se abra, pues, el sepulcro, que se abra para mí y para los míos. La naturaleza temblará, sin duda, pero la razón, de acuerdo con la fe, me dirá que cuanto antes mejor.

EL P. ALBERT.

Poco á poco, amigo mío. Bueno es no temer la muerte, y aun desearla; pero es preciso no desearla por un sentimiento análogo á la cobardía de los suicidas. Yo quiero que al poner vuestra vida en manos de Dios, la conserveis, la defendais, y que useis de ella para su gloria y para la vuestra. No desoeis vivir, ni morir, ni hacer grandes cosas, ni hacer nada. No hagais mas que estar siempre pronto á lo que Dios pida de vos. Tal vez el sacrificio de la vida sea el menor que os exija. Me inclino á creer que os exigirá algo mas. Si habla, pues, oidle. Así, no digais: Moriré; decid: Obedeceré.

**VALENTIN.**

Sí, padre, obedeceré.

**EL P. ALEXIS.**

Adios, hijo mio querido.

**VALENTIN.**

Adios, padre mio, tal vez hasta la eternidad.  
(*Se arrodilla.*) Dadme la bendición.

**EL P. ALEXIS.**

De lo íntimo de mi corazón. Vamos, hijo mio, gloria á Dios en la vida y en la muerte. (*Se abrazan.*) Si teneis heridos, sean amigos, sean enemigos, son hermanos vuestros. Habladles del cielo, que no está abierto ni cerrado á ninguna bandera, sino cerrado al pecado y abierto al arrepentimiento.

III.

Una calle.

Los tenderos cierran las tiendas, y se reúnen alarmados en pequeños grupos á las puertas. Se oyen tiros.

DIONISIO DUPUIS.

Pero ¿qué hay? Los periódicos no decían nada esta mañana?

EL ESPECIERO.

Parece que queman.

SANTIAGO BONHOME.

¿Pero no vamos allá?

EL ESPECIERO.

¿A dónde?

SANTIAGO BONHOME.

Al fuego: han tocado llamada.



## EL DÍA SIGUIENTE

### UNA PORTERA.

¡Hasta han muerto a los tambores: son ya due-  
de todo.

DIONISIO DUPUIS.

¿Quiénes?

LA PORTERA.

Los rojos.

(Señales de terror.)

DIONISIO DUPUIS.

Ciudadanos, vamos á ponernos nuestros uni-  
formes.

En silencio.

Calla, ¿pues por qué no teneis vos el vuestro?  
Yo aquí me quedo. ¿Qué tengo yo que ver  
con el gobierno, ni qué me importa á mí que  
sean los rojos los amos? Comerán queso de Gru-  
yère como los otros.

SANTIAGO BONHOME.

Y abolirán las deudas, ¿no es verdad, ve-  
cino?

EL ESPECIERO.

¿Qué decís?

SANTIAGO BONHOMME.

Digo que cuando todo el mundo haga banca rota, nadie se avergonzará de presentar su balanza.

EL ESPECIERO.

Me pagareis eso.

SANTIAGO BONHOMME.

Siempre me será mas fácil que á tí pagar tu plazo. *(Se enseñan los puños.)*

DIONISIO DUPUIS.

Señores, señores, no es este el momento de disputar. Salvemos el orden y la república.

SANTIAGO BONHOMME.

Andad á paseo vos y vuestra república. ¡Buena cosa es! Lucidos nos tiene, Todos los dias

bancarotas, y todos los meses tiros. Los que la establecieron que la defiendan, que lo que es yo no me he de hacer agujerear el pellejo por ella.

DIONISIO DUPUIS.

Pues, señor mio, yo no soy mas afecto á la república que vos; pero se trata del orden, de la propiedad...

BAISEMAIN.

Es decir, de los propietarios.

DIONISIO DUPUIS.

¿Y qué, no es lo mismo?

EL ESPECIERO.

Mucho que sí; y por eso seria muy tonto en morir por ellos yo que no tengo mas que mi cuerpo y mi tienda.

DIONISIO DUPUIS.

Pues os saquearán la tienda.

BAISEMAIN.

Insultais al pueblo, señor mio. (*Levantando la voz.*) ¿Pues qué, la blusa y la chaqueta no valen tanto como el frac negro?

DIONISIO DUPUIS.

Pero, señor...

BAISEMAIN (*mas alto*).

Sois un insolente.

LA PORTERA.

¡Abajo el aristócrata!

MUCHAS VOCES.

¡Abajo el aristócrata!

DIONISIO DUPUIS.

Yo no soy aristócrata. Yo respeto al pueblo

porque soy del pueblo; pero tengo derecho de sostener el gobierno.

**BAISEMAIN** (*gritando*).

No, señor; cuando el pueblo habla, hay que obedecer.

**SANTIAGO BONHOMME.**

¡Abajo el gobierno, abajo los abogados, los charlatanes, la clase media, que hacen leyes y echan contribuciones! Yo quiero un dictador que lo eche todo por la ventana, y eso es lo que hay que hacer. Si el gobierno quiere que se le sostenga, ¿por qué ha derribado al otro?

**BAISEMAIN.**

No hay gobierno: no hay mas que la voluntad del pueblo.

**DIONISIO DUPUIS.**

Pero, en fin, ¿me podréis decir qué es lo que quiere ese pueblo?

**EL ESPECIERO.**

Eso no os importa.

**EL PONTERO.**

**El pueblo quiere ser feliz y libre.**

**SANTIAGO BONHOMME.**

**El pueblo quiere tranquilidad y un dictador.**

**BAISEMAIN.**

**Eso es; y la libertad.**

**SANTIAGO BONHOMME.**

**Sí, la libertad; llena tengo la espalda de ella.**

**BAISEMAIN.**

**No hableis así.**

**SANTIAGO BONHOMME.**

**Hablo como me da la gana, y no ha de ser un danzante como tú el que me haga callar. ¿Qué oficio tienes? Me parece que el de vago.**

## EL DIA SIGUIENTE

**BAISEMAIN.**

o sabeis con quién hablais. Yo soy Baisemain, uno de los redactores de *La Linterna* al.

**SANTIAGO BONHOMME.**

Pues bien, Baisemain, redactor de *La Linterna social*, si hablas una palabra mas, te hago treinta y seis luces.

**BAISEMAIN.**

¿Vos?

**SANTIAGO BONHOMME.**

Sí, yo mismo, Santiago Juan Gerónimo Bonhomme, vendedor de frutas con patente, y padre de seis hijos legítimos, ¿entiendes?

**BAISEMAIN.**

Sois un gran ciudadano, y me admira veros entre los reaccionarios.

## SANTIAGO BONHOMME.

¡Reaccionario yo! Pues toma, tunante.

*(Le descarga un bofetón; Baisemain da cinco ó seis pasos atrás, y cae.)*

## UN PILLASTRE.

¡Qué bien le ha sonado! Otra vez.

*(Se aproximan los tiros. Se oye gritar: ¡A la armas!)*

## LA PORTERA.

Son los rojos. Tienen fusiles del ejército.

*(Todo el mundo se encierra en sus casas. Baisemain se queda tendido en el suelo. Una tropa de insurgentes invade la calle.)*

## RHETO.

*(Lleva dos pistolas en la cintura, una escopeta de caza colgada, y un sable turco en la mano.)*  
¡Viva la república social!



## EL DÍA SIGUIENTE

### VOCES DE LA BANDA.

Abajo la clase media!

RHETO,

¡Alto! (*Ve á Baisemain.*) Levantad á ese hombre.

BAISEMAIN.

¡A mí, ciudadanos!

RHETO.

Calla, es el feroz Baisemain. ¿Qué haces tú ahí?

BAISEMAIN.

Estaba yo solo para insurreccionar este barrio, y un guardia nacional que iba huyendo me ha disparado un tiro.

RHETO,

Pues la bala te ha aplastado el ojo espantosa-

mente. Estás echando sangre por las narices como un río.

BAISEMAIN.

Que corra mi sangre por la república social.

GUYOT.

Comandante, si este ciudadano quisiese, podría servirnos de cadáver.

RHETO.

¿Cómo es eso?

GUYOT.

[ Sí, le pasearíamos por las calles pálido y ensangrentado, gritando: «¡Que degüellan á nuestros hermanos!» Estas cosas hacen siempre su efecto.

RHETO (*á Baisemain*).

¿Qué dices de eso?

BAISEMAIN.

No, todavía me siento con-fuerzas para pelear.

Voy aquí á curarme, y en seguida vuelvo á unirme con vosotros. Ciudadanos, ¡viva la república social! No me tengais lástima de haber sufrido por ella. ¡Dichosos sus mártires!

*(Se retira.)*

LOS INSURGENTES.

¡Viva Baisemain!

RHETO.

¡Qué intrigante! Ya sacará él buen partido del puñetazo que le han dado... Puede que se le haya dado él mismo... *(A su tropa.)* Ciudadanos, esta posicion es importante. Hay que hacer una barricada. Manos á la obra, y despacharse. *(Desempiedran las calles.)* Treinta hombres de buena voluntad con sus fusiles.

HOMBRES ARMADOS.

Presentes.

RHETO.

Repartíos esas ventanas á derecha é izquier-

da. Si os hacen resistencia, haced uso de las bayonetas y guardad los cartuchos.

**UN INSURGENTE.**

Ciudadano comandante, hará falta algo de armazon para sostener la barricada.

**RHETO.**

Entrad en esas casas, y pedid los muebles del primero y segundo piso para un servicio nacional, pero no dejeis que entre nadie en las bodegas.

**UN PILLO.**

Hoy trabajamos por nuestros hermanos los ebanistas y vidrieros: mañana se hará algo por estos pobres vendimiadores.

**RHETO (á Guyot).**

Escucha. ¿Ves esa casa? Es la del ex-conde de Lavour, padre de Valentin. Ese viejo aristócrata me insultó en otro tiempo, y yo podia hoy hacerle arrepentirse de ello; pero quiero ser ga-

neroso. Pon algunos hombres de guardia en su patio, y no permitas que nadie suba arriba.

*(En las ventanas de los pisos superiores aparecen hombres armados. La barricada se levanta rápidamente, y se la corona con una bandera roja.)*

LOS INSURGENTES.

¡Viva la república social! ¡Mueran los aristócratas!

#### IV.

Casa del conde de Lavour; patio de entrada.

GRIFFARD.

¡Nos van á tener aquí fastidiados mucho tiempo? Ya me canso de guardar la puerta de esta cueva. Si siquiera estuviera dentro... Tengo tentaciones de entrar á coger una botella.

SIMPLET.

No lo hagas, porque entonces todos van á hacer lo mismo,

GRIFFARD.

¿Y qué importa? El pueblo trabaja, y tiene derecho de refrescarse.

SIMPLET.

Es que con eso se calentaria.

GRIFFARD.

¿Y qué mal habria en eso? Con un poco de buen humor siempre trabaja el pueblo mas á gusto.

SIMPLET.

No digo que no, pero entonces la cosa seria horrible. Ve á hacer entrar en razon á borrachos. Yo mismo que te estoy diciendo esto, cuando he echado mis traguillos asesinaria á todo el mundo, y eso que no soy malo.

GRIFFARD.

Pues es precisamente lo que hace falta. Si el pueblo oye razones, todo lo que estamos hacien-

do se quedará en agua de borrajas, yo te lo aseguro. Mira que soy viejo en estas cosas. Desde 1830 me he encontrado en todas las grescas que ha habido, herido, condecorado, todo lo que tú quieras, y por fin de cuenta sin camisa. ¿Por qué? Porque se derriban unos gobiernos para establecer otros. Ya ves qué ventaja. Vienen los jefes, te acarician, te hablan en razon, te recogen tus armas, y luego... búscalos. No tendrás mala suerte si atrapas una gratificacion nacional. Aquí donde me ves, he estado haciendo barricadas toda mi vida, y el último gobierno provisio-  
nal no me quiso nombrar siquiera prefecto. ¿Es esto ser republicanos? Todos son filibusteros. Se guardan los buenos puestos para sí, ó para los tunos que van á arreglarse con ellos despues de la batalla. Si el pueblo oye razones, verás aparecer de nuevo la clase media, los guardias nacionales, los propietarios, los jueces, los gendarmes, en fin, todos los abusos: yo te lo digo.

#### SIMPLET.

Sí, pero no; escucha un momento: es preciso acabar; hay que establecer de una vez la fraternidad y un ministerio de progreso.

GRIFFARD.

Cuenta con ello. En el ministerio del progreso pondrán un *cangrejo*. A los quince días, cuando habiten los ministerios, ve á verlos, no para pedirles empleos, sino pan y trabajo. Te harán esperar en el patio, y después de mucho rato vendrá un señor con traje nuevo suplicándote atentamente que te vayas. No será el ministro, sino alguno de sus secretarios, este es, un *galopin* que hoy no tiene zapatos, y que mañana andará con botas de charol, mientras nosotros estamos en el hospital.

SIMPLET.

Me haces rabiar de cólera. Si fuese cierto lo que dices...

GRIFFARD.

He pasado yo por ello. Los primeros ocho días te recibe el ministro, y te despide con grandes apretones de mano. La segunda semana es ya el secretario, y te despide con cumplidos: la tercera es el portero, y te despide con injurias: la cuarta te encuentras con la guardia



ciudadana y los espías. Estos te llevan al depósito, y no vuelves más. Ahí tienes la fraternidad. Yo te lo digo. Ya conozco yo bien el depósito, la prevención y todo lo demás, y hace veinte años que trabajo por la verdadera religión de Jesucristo. Anda, proletario, battle, déjate hacer pedazos y muere. Mientras vivas, serás explotado.

SIMPLEY.

¡Por vida del... ¡Mil truenos! (Blande su fusil.) Pero, en fin, creo que esta vez marcharemos, y que el pueblo logrará su felicidad...

GRIFFARD.

Si quieres llegar á ese caso, pega fuerte, y ponte en el pie de no atender á razones. No tienes experiencia; pero yo la tengo, y estoy ya viendo que se quiere volver á las andadas. Ahí tienes á Rheto que nos manda: ¿quién es? ¿qué es eso? Un *bourgeois*. Sus manos son blancas, y lleva un chaleco de lana bajo su frac forrado en seda. ¡Y un hombre así viene á prohibirnos que bebamos! «La disciplina es necesaria», dice. Siempre el refrán es el mismo. Muchas gracias. En cuanto á mí, estoy bastante disciplinado, y

hago revoluciones precisamente porque quiero acabar con la disciplina. ¿Por qué el pueblo no ha de beber un trago cuando está fatigado? Seguramente ellos no gastan tantos escrúpulos para destapar una botella. Lo que hay es que el vino de esa bodega es demasiado bueno para nosotros; es todo un vino de poderoso, y debe guardarse para que nuestros directores hagan gárgaras con él.

SIMPLET.

¡Vino bueno! Pocas veces lo he bebido.

GRIFFARD.

¿Te hallaste en las bodegas del Palacio Real en 1848?

SIMPLET.

No.

GRIFFARD.

Entonces no sabes lo que es vino. Los líquidos que usan los aristócratas se parecen á los que nosotros bebemos, como se parece la luz del gas á la de nuestras tristes lamparillas.

SIMPLET.

¡Bueno te pondrias tú!

GRIFFARD.

Así, así. Dicen que con beber nos caeríamos... ¿y qué? Pero no sucede eso. Bebes, bebes, y con ello no haces otra cosa que alegrarte y adquirir nuevas ideas. ¡Vinos de 10, de 40, de 100 francos la botella; vinos que tenían una firmeza, una suavidad, un perfume, un sabor... No, no puedes figurarte lo que es eso que los aristócratas se encajan entre pecho y espalda.

SIMPLET.

Pero me lo figuro, y ya se me hace agua la boca.

GRIFFARD.

¡Eh, ciudadano conserje! llégate aquí.

DUCROT.

¿Qué quereis, ciudadanos?

GRIFFARD.

Yo mando aquí por delegacion del pueblo. Escucha bien lo que voy á decirte. O eres bueno, ó no eres bueno. Si no eres bueno, vendes al pueblo, y eres indigno de vivir; si eres bueno, baja á la bodega y dirígenos al mejor rincon.

DUCROT.

Ciudadanos, soy patriota de raza, dispuesto á morir por la república social; pero no tengo las llaves de la bodega.

GRIFFARD.

Pídeselas al aristócrata que tenga mejor vino.

DUCROT.

Quien mejor le tiene es el propietario, un noble, un canalla que detesta al pueblo y que la negará.

GRIFFARD.

Le dirás que dé la llave; si no, que iré yo mis-

mo á suplicarle que me sirva de beber. Enséñame sus ventanas.

DUCROT.

Las primeras del fondo.

GRIFFARD.

Voy á enviarle una intimacion respetuosa. (*Dispara á las ventanas.*) Si no basta este aviso, le dirás que he vuelto á cargar el fusil. No hay nadie en esta casa á quien no pueda matar como á un perro, y si me empeño en quemar el local, lo quemaré. Vete. (*El portero sale.*)

SIMPLET,

¡Diantre! ¿Qué enérgico eres?

GRIFFARD.

Camarada, es que sé lo que me hago. En Italia he tomado buenas lecciones. Allí teníamos famosos jefes, verdaderos amigos del pueblo, que lo mismo veían arder un palacio que un fósforo. Si no puedes disparar un tiro, apela á una pu-

ñalada; si no puedes matar por delante, mata por detrás. Así se infunde el temor en los *bandidos*; de otro modo, recobran su ventaja, y los demócratas son las víctimas.

**SIMPLET.**

Preveo que habrá algún deterioro en la capital.

**GRIFFARD.**

¿Qué nos importa? Si nuestros jergones arden, iremos á vivir á las propiedades nacionales. Hasta tanto, prepárate á saborear una expansión democrática y social.

**DUCROT.**

Ciudadanos, hé aquí la llave. Si hubiérais visto la cara del aristócrata, os hubiérais reído.

**GRIFFARD, á Simplet.**

Vete á la bodega mientras yo vigilo, y deja algo para los demás.

SIMPLET.

Sin embargo, la consigna...

GRIFFARD.

¡Bah, bah, bah! ¿Quieres ser libre, y no te atreves á beber un trago? (*Simplet sale con el portero. Griffard silba, y aparece Furon.*) ¿Cómo van las cosas por la calle?

FURON.

Muy suavemente. No hay resistencia, y nada se hace. Se han puesto los muebles sin abrirlos sobre las barricadas. Aun reinan las preocupaciones. El capital es respetado.

GRIFFARD.

Sin embargo, tú ya has logrado calzarte. •

FURON.

Sí; he reservado también alguna cosa para

adornar mis camisas, cuando las tenga; pero todo eso no vale la pena de hablar de ello.

GRIFFARD.

¿Y Rhetor?

FURON.

Se está haciendo el guapo; pero, al primer tiro, estoy seguro de que irá á insurreccionar una ciudad mas tranquila.

GRIFFARD.

La bodega está abierta. Haz que circule la noticia, y está preparado. Pronto daremos un primer ataque al infame capital.

V.

La habitacion del conde de Lavour.

LA CONDESA.

¡Dios mio! ¿Qué va á ser de nosotros?



EL CONDE.

Tranquilízate. Saldremos del paso con algunas botellas de vino que se beberán, y unos cuantos cristales rotos. El pueblo no seguirá á los bandidos, que quieren entregar la ciudad al saqueo.

LA CONDESA.

Lo que es estos que tenemos aquí parecen bastante malos.

EL CONDE.

No, son borrachos. Dueren, el portero, ha ido ya á avisar á su jefe.

LA CONDESA.

¿Y nuestro hijo Valentín? ¿Cómo no le hemos visto? ¿Dónde está?

EL CONDE.

Valentin hace lo que yo. Está con su mujer procurando tranquilizarla.

## LA CONDESA.

¡Ah! Di mas bien que está en el fuego con su legion.

## EL CONDE.

Tú le conoces bastante para saber que está donde le llama su deber. Serénate. Este motin será sofocado, y en el primer momento en que haya paz saldremos de Paris.

## GRITOS EN EL PATIO.

¡Mueran los aristócratas! ¡Viva la guillotina!

LA CONDESA (*corre á la ventana y mira por ella un momento*).

Esos hombres están borrachos. Están señalando á nuestras ventanas con ademanes amenazadores. Ducrot, el portero, está entre ellos, y nos está delatando.

## EL CONDE.

¡Ducrot! ¡Veinte años hace que le tengo por compasion!

## EL DIA SIGUIENTE

### LA CONDESA.

Es envidioso y malo. (*M. de Lavaur se dirige á la ventana. Su mujer se precipita delante de él.*) No pases adelante: hartó pronto los verás. Dentro de un momento los tendrás aquí. Su jefe está tratando inútilmente de contenerlos. (*Con calma.*) Amigo mio, no hagamos ya mas proyectos, ni conservemos esperanza alguna. Tú me has prometido que pensarias en Dios cuando vieses acercarse la muerte. Pues bien; volvámonos á Dios, que ha llegado el momento.

### EL CONDE.

¡Qué disparate! Pues qué, ¿han de degollar así á la gente sin mas ni mas, y sin motivo alguno? ¿Qué mal les he hecho yo?

### LA CONDESA (*siempre junto á la ventana*).

Por Dios te lo pido. Piensa en tu alma. Muchos de esos hombres incitan á los otros á un gran crimen. ¡Ah!

(*Se retira con terror; se oye un tiro. El cristal cae hecho pedazos.*)

EL CONDE.

¡Un arma, un arma!

LA CONDESA.

No, querido mio, una oracion, una oracion á Dios, ante el cual vamos á comparecer. Ofrezcámosle nuestra vida por la salvacion de Valentin. ¡Ah! tal vez se digne contentarse con este sacrificio. Dile: «Dios mio, os pido perdon. Dios mio, en vuestras manos encomiendo mi alma.»

EL CONDE.

Cálmate. No me dejaré asesinar en mi casa. Si quieren mi vida, la han de pagar cara. (*Se oye llamar á la puerta del cuarto.*)

LA CONDESA.

Ahí están. (*Se pone de rodillas.*) ¡Dios mio, yo acepto la muerte! Gracia para el alma de mi marido; gracia para mi hijo.

RHETO (*pálido y trémulo*).

Huid, señor; no teneis momento que perder.

EL CONDE. (*sentándose*).

¿Sois vos, Sr. Rheto? En otro tiempo entrabais aquí con mas atencion. Creed, sin embargo, que no me pesa haberos cerrado mi puerta.

RHETO.

Os suplico, señor, que huyais.

EL CONDE.

Señor Rheto, no huiré.

RHETO.

Vais á perecer.

EL CONDE.

Vuestra obligacion es defenderme.

RHETO.

Mi gente está embriagada, La han irritado contra vos, y ya no soy dueño de ella.

EL CONDE.

¡Ah! ¿Conque mandais esa gente? Os felicito; antes érais un tonto estremadamente ridículo, y ahora vais á ser un asesino.

RHETO.

¡Señor!...

EL CONDE.

¿Qué teneis que decir?

RHETO.

Os digo otra vez que huyais.

EL CONDE.

¿Yo, el Conde de Lavaur, huir delante de vos, ó con vos, Sr. Rheto? Os he dicho siempre que no podiais comprender lo que es un caballero. Me asesinareis, si os acomoda.

RHETO.

Os declaro bajo mi palabra de honor que he

hecho cuanto me ha sido posible, y lo haré todavía, para salvaros; pero ayudadme.

EL CONDE.

No, eso os toca á vos.

RHETO.

Escondeos al menos en este cuarto.

EL CONDE.

No me esconderé tampoco. Veré cara á cara á vuestros amigos.

RHETO.

¡Insensato! caiga sobre vos vuestra sangre.

EL CONDE.

Señor Rheto, me perdeis el respeto.

RHETO.

Señora, uníos á mí. ¿No hay en este cuarto algun escondite?

## LA CONDESA.

Si sois vos el que ha traido aquí esos hombres, os perdono, y pido á Dios que os perdone. M. de Lavour no huirá.

## RHETO.

Pero á lo menos, señora, evitaos un espectáculo...

## LA CONDESA.

Mi puesto es al lado de mi marido.

*(Gritos en el patio y en la escalera: ¡Mueran, á la guillotina, abajo los traidores! Rheto hace un ademán de desesperación.)*

## EL CONDE.

Pobre Rheto, temo que os hagais sospechoso á ellos. Dad prueba de valor, y dadme el primer golpe.

## RHETO.

Señor, por favor; escapad, escondeos...



**EL CONDE.**

Vamos, querido; callad,... Veámos: ¿de veras queréis salvarnos?

**RHETO.**

No lo dudeis.

**EL CONDE.**

Pero es menester corazón. Colocaos en esa puerta con las pistolas en la mano. Declaradles que pasarán por encima de vuestro cadáver antes de llegar á mí, y haced fuego al primero que quiera pasar. Si teneis energía, retrocederán...

**RHETO.**

No lo espereis.

**EL CONDE.**

Ensayad, sin embargo.

RHETO.

Es que... (*Vacila.*)

EL CONDE.

¿Teneis miedo?

RHETO.

Son capaces de matarnos.

EL CONDE.

¡Lástima seria que muriéseis como hombre de honor!... Andad, Sr. Rhetó; vos y los vuestros haceis bien en degollar á los hombres honrados, porque nunca lograríais gobernarlos, y al fin acabarían por enviaros á galeras. Marchad.

(*Rhetó se retira desconcertado. El conde cierra la puerta, y se acerca á su mujer, que estaba en oración. Siguen oyéndose gritos en el patio.*)

EL CONDE.

Adelaida, tu súplica ha sido escuchada. Aquí

me tienes de rodillas junto á ti, orando á Dios, en quien tus virtudes me han hecho creer. Bendita seas por tus virtudes, mujer cristiana. En mis mayores estravíos te he venerado siempre, y he creído que me dulcificarías la muerte. Dios mio, os ofrezco el sacrificio de mi vida. Os doy gracias porque me evitais el largo espectáculo de vuestra cólera. Os pido perdon por mis faltas, y por no haber conocido y respetado bastante las leyes por que viven las naciones. Somos justamente castigados.

LA CONDESA.

Di que mueres sin odio á tus verdugos.

EL CONDE.

Sí, Dios mio; sin odio y sin pesar.

LA CONDESA.

Dios mio, perdonadme como yo perdono.

EL CONDE.

Sí.

## LA CONDESA.

En vuestras manos, Dios mio, encomiendo mi alma.

## EL CONDE.

Sí, Dios mio.

## LA CONDESA.

Yo os bendigo, Dios mio, y por última gracia concedednos que nuestros hijos sepan que su padre ha muerto con el perdón en los labios y la esperanza en el corazón.

## EL CONDE.

Así sea.

## LA CONDESA.

Ya vienen: van á insultarte: no respondas: acuérdate de tu Dios insultado en la Cruz.

*(Se abre la puerta: entran los insurgentes en tropel, y llenan el cuarto. Rheto trata de contenerlos, y recibe algunos culatazos.)*

## EL DIA SIGUIENTE

GRIFFARD (*señalando al conde*).

¡Mirad al bribon.

REQUIN.

¡Ahí teneis al que se bañó en junio en la sangre de nuestros hermanos.

SIMPLET (*borracho*).

¡Viejo canalla! ¡Tener una bodega como la que tiene, y beber todavía la sangre del pueblo!

FURON.

Pues mirad cómo está alojado. Solo en este cuarto hay por valor de mas de diez mil francos. Con esto se podrian mantener diez familias. ¡Ah, bribon!

(*Rompe un mueble con la caja de su fusil, y saca lo que encuentra dentro.*)

REQUIN.

Mueran los aristócratas.

RHETO.

Amigos míos, amigos míos, escuchad á vuestro jefe...

SIMPLET.

¿Qué jefe? Aquí no hay jefe. Yo no reconozco mas que á Jesucristo y á mí.

OTRO (*á Rheto*).

No te las eches de guapo. Deja al pueblo que castigue á los aristócratas.

GUYOT (*en voz baja*).

Comandante, esto va tomando mal aspecto. Mira no te comprometas, que veo aquí hombres del *Vengeur*.

RHETO.

No puedo dejar asesinar á ese anciano.

GUYOT.

Si le matan, será una desgracia: no te metas en eso, y vuélvete á la barricada.

**RHETO.**

Pero le conocia de antes... (*Levantando la voz:*) Amigos...

**GUYOT** (*en voz baja y con energia*).

¡Desdichado! cállate.

**REQUIN.**

Sí, ciudadanos; ese viejo criminal aconsejaba á todos los propietarios del barrio que envenenasen su vino y se le diesen á beber al pueblo... Puede ser que muchos de vosotros esteis envenenados...

**MUCHOS INSURGENTES.**

Juzguémosle, venguémonos. Muera el aristócrata.

**SIMPLET.**

¡Monstruo!

(*Vuelve de cara á M. de Lavour.*)

**RHETO** (*tartamudeando*).

Primero me tirareis á mí... Amigos míos...

Pueblo generoso... Pueblo grande... Emanación de la Divinidad... El mundo tiene la vista fija en vosotros... Escuchad la voz de la razón.

**SINGLET.**

¡Ah, sí! Tú quieres que el pueblo oiga razones. Te entiendo. Pero échate á la izquierda, ó te meto una bala en el cuerpo.

**RHETO.**

¡Ciudadanos! Una palabra nada mas; escuchadme.

**GRIFFARD** (*coge á Rheto por el cuello, le da un empujon, y le aparta con desprecio*).

¡Basta de infamias! Los que se oponen á la justicia del pueblo, son traidores. Si hablas una palabra mas, te hago prender y juzgar del mismo modo.

**GUYOT** (*á Rheto*).

Comandante, no estamos aquí por fuerza. Dejemos que hagan lo que quieran. Vamos, venter



una desgracia, pero esto tendrá también sus  
males. (Le saca afuera el)

FURON (entra en la turba).

¡Bueno! (Sale a la calle.)  
[Sale a un tiempo muchos tiros. May y madre  
de Lavour caen en tierra. Phélocé mellos, del  
grito, y escapa. En el mismo momento se rom-  
pen en la calle un vivo fuego de fusilería. Se oye  
tar: ¡A las armas! La mayor parte de los in-  
gentes se retiran.)

GRIFFARD.

¡Calla! (Han muerto también a la vieja)

¡Bueno! (abriendo el secrétaire).

Requin, vamos a ver. Deben tener demonios  
uf.

REQUIN (despejando los cadáveres).

¡Una rica cadena! Griffard, el viejo habla  
avís,

GRIFFARD.

¿Qué dice?

EL CONDE.

En tus manos, Dios mío, encomiendo mi alma, (*Muere.*)

GRIFFARD.

Es un Jesuita.

FURON.

No encuentro nada en este *secrétaire*.

GRIFFARD (*examina el secrétaire, empuja un resorte, y se abre un cajón*).

Pues no dejaba la cosa de ser difícil. Si no sabes trabajar, dilo, y haré que te den una posición política.

FURON (*vaciando el secrétaire*).

¡Qué bien cuento! He asistido á las clases, y era muy fuerte en declinar. *Musa*, la *musa*.

SIMPLET (*que se ha ocupado en arreglar los ca-*

*dáveres, mira con asombro á Griffard, á Furon, á Requin y á sus compañeros).*

¿Qué es eso? ¿Qué haceis ahí vosotros?

GRIFFARD.

Estamos poniendo en seguro los bienes de la patria, para distribuirlos segun la ley de la fraternidad. Tendrás tu parte.

SIMPLET.

No la quiero.

GRIFFARD.

Tanto mejor, nosotros nos quedaremos con ella.

SIMPLET.

Sois unos ladrones.

GRIFFARD.

Está abolido el robo. Ahora todo es de todos.

FURON.

*Furtum cumque proprietas abolitum est.*

SIMPLET.

Sois unos rateros: deshonrais la victoria del pueblo. Voy á haceros prender.

REQUIN.

¿Quién es ese imbécil? Ese no es de los nuestros.

GRIFFARD.

Es un danzante, con el que me he llevado chasco. (*A Simplet.*) Silencio, y cuidado conmigo.

SIMPLET.

¡Rateros, rateros, presidiarios! Vais á ser fusilados en la barricada.

GRIFFARD.

Tú eres el que vas á ser fusilado aquí, y ahora mismo. (*Le dispara un pistoletazo.*)

## EL DÍA SIGUIENTE

GUYOT, Y ALGUNOS OTROS HOMBRES.

¿esto?

GRIFFARD.

¡Miserable que deshonoraba la victoria del  
Es preciso ponerle encima de la barri-  
on un letrero que diga: *Por ladrón.*

GUYOT.

con este podremos ya decir que hemos te-  
los muertos, porque en este barrio no he-  
enido ninguno. (*Se acerca á él.*) ¡Es Sim-  
¡Pobre muchacho! Antes de juzgarlo así,  
erais debido á lo menos consultar al jefe de  
icada.

GRIFFARD.

¿lo conocemos á su jefe. El nuestro es el Ven-  
ir.

GUYOT.

Eso es otra cosa. (*Aparte.*) Ya me lo sospe-  
aba yo.

**SIMPLET** (en voz baja á Guyot, que se le hace sacar áuestas á un insurgente).

Ten cuidado, que todavía tengo algo de vida,  
(Sacan los cadáveres.)

**GRIFFARD.**

¡Ah! ¿Amigo Labiche! ¿Qué noticias hay?

**LABICHE.**

El Vengeur acaba de entrar en el hotel de Ville. La legion que defendia las avenidas ha sido destrozada. Reina la desolacion en todos los puntos por donde ha pasado el Vengeur: hay fuego en muchos puntos.

**GRIFFARD.**

Pronto le prenderemos aquí. Que en todas partes la sangre y la llama separen al pueblo de la clase media. Amigo Labiche, por esta vez la revolucion está hecha. Vamos á nadar á placer. ¡Viva la república democrática y social!

## VI.

**La barricada.****GUYOT.**

Vamos, muévete, comandante. Estás triste y pálido, y te observan. Y estás espuesto á pasar por un pastelero.

**RHETO.**

Aquel desgraciado me echó al caer una mirada que no se me despinta.

**GUYOT.**

Pues no te miró á ti mas que á los demas. Es una ilusion que te haces. Con el primero que yo maté me sucedió lo mismo; y eso que le habia yo muerto con mi propia mano.

**RHETO.**

Sí, pero peleando.

GUYOT.

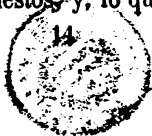
Sin duda... Es decir, él tenía el arma al brazo y estaba de centinela en la esquina de una calle, debajo de un farol. Yo le arranqué el fusil, y le metí la bayoneta por el vientre. Cayó diciendo: «¡Pobres hijas mías!» Un mes entero estuve oyendo estas palabras día y noche.

RHETO.

¡Es horrible!

GUYOT.

No te diré yo que sea una cosa divertida, pero al fin sabe uno que ha servido á la buena causa... y esto se olvida en matando unos cuantos mas. No es eso lo peor que encuentro yo en las revoluciones: lo malo es cuando uno se ha hecho ya su posicion, cuando ya se ha triunfado y se ha adquirido algo de bienestar. Quisiera uno que le dejaran en paz, y no hay medio de conseguirlo. Nadie está contento. Los ambiciosos y los intrigantes le zarandean á uno por todos lados. Se encuentra uno con una porcion de pillos, que no se han presentado en el fuego y se apoderan de los mejores puestos, y, lo que es





mas duro todavía, reaccionarios declarados que atacan á los patriotas, y acaban por ponerse encima. Eso es lo que sucedió el año 48. Un bribon de un realista se hizo nombrar representante en mi lugar, en el mismo departamento en que yo habia proclamado la república. Si esta vez triunfamos, como espero, acuérdate de que quiero ser enviado allí. Yo soy dulce, pero te respondo de arreglarlos. No se nos escapará el poder tan pronto.

RHETO.

¡Cuánta sangre va á correr!

GUYOT.

¿Estás pensando todavía en aquel viejo?

RHETO.

Sí.

GUYOT.

Pues tranquilízate, que los negocios irán distrayéndote de esa idea, porque con tu talento no puedes menos de hacer un gran papel.

RHETO.

Guyot, tú eres mi mas antiguo amigo, y puedo abrirte mi corazon. Te confieso que el porvenir me espanta. Deseo retirarme.

GUYOT.

¿A dónde?

RHETO.

No lo sé: á Egipto, á América, lejos de estas escenas de sangre cuyos horrores no habia yo previsto.

GUYOT.

¡Qué tontería! Te digo que dentro de ocho dias no pensarás mas en eso. Si te marchases, cosa que tal vez no seria muy fácil, sentirias luego mucho el no poder trabajar en la regeneracion del mundo. Querrias volver, y seria tarde. Te llamarian desertor, y tal vez te echarian por la ventana. Ya verás cuando vuelvan los desterrados la cara que les ponen, y la que traen ellos. Quédate: este ruido, estos tumultos, estas batallas, estas conspiraciones, estos reveses, estos

riunfos, no lo dudes, al fin y al cabo divierten.

**RHETO.**

Trabajo me cuesta creerlo.

**GUYOT.**

Tampoco yo lo hubiera creído; pero ¡bah! es una bonita pieza aun para los comparsas, y con mucha mas razon para los primeros personajes como tú, mi antiguo camarada. Y á propósito: tengo que hacerte una advertencia. Ten cuidado con el Vengeur, porque seria posible que acabara con todos nosotros.

**RHETO.**

Ya sé que es muy temible. ¿Le conoces?

**GUYOT.**

Le conozco como todo el mundo, es decir, muy poco. Se ignora de dónde viene y lo que quiere; pero puedes tomarle, y yo te le doy, como un simple particular resuelto y perfectamente servido por los suyos, que son gente dispuesta

para todo, y cuyo número no se conoce. Le obedecen sin chistar, y le forman una popularidad tan espantosa como su valor. Esta mañana le he visto en la calle de Antime... ¡Demonio! ¡qué mozo!

RHETO.

¿Es socialista?

GUYOT.

Es feroz; mira su sistema. Su gente es la que acaba de matar al viejo. Su plan es llevar las cosas al extremo: por ahora eso no está mal; pero luego puede sernos demasiado embarazoso.

RHETO.

¡Cuánta sangre, cuánta sangre va á correr!

GUYOT.

¿Qué quieres? no se hacen tortillas sin romper huevos. Puesto que los privilegiados no han querido dar una parte de su dicha á los desheredados de este mundo, preciso es que estos establezcan por la fuerza el reino de la fraternidad y de la justicia.

RHETO.

La empresa es atrevida y el éxito dudoso.

GUYOT.

Vaya, vaya, tú flaqueas. Disipa tus incertidumbres, y sobre todo guárdate de manifestarlas. Darás lugar á que te acusen de moderantismo, y acabará tu historia de una manera estúpida. Estás ya demasiado comprometido para volverte atrás. Es preciso llegar hasta el fin, sin cuidarse de los accidentes. Cuando se da una batalla, ¿se ocupa uno del campo que destroza y de los amigos ó enemigos que caen? El honor está en marchar hasta el fin, y la moralidad en conseguirle. No hay mas culpables que los vencidos, ni mas criminales que los que huyen. Esta es mi filosofía, que es buena, y tú eres el que me la ha enseñado.

UN MENSAJERO (*á caballo*).

¡Ciudadanos, victoria! El poder ha sido derribado. Los ministros, unos han sido muertos, otros están presos, y otros han huido. Toda la

guarnicion fraterniza con el pueblo: no hay ya resistencia en ninguna parte. Se está nombrando un gobierno provisional, que tiene vuestra confianza. El color nacional es el rojo. Conservad vuestras armas.

*(Parté. Gritos, clamores. Aparecen en las ventanas muchas banderas rojas.)*

GUYOT.

Mira la gente de la clase media qué prisa se da. Lo mismo sucederá en todo el país. La república social no necesitará mas que del telégrafo.

RHETO.

Me parece que haríamos bien de irnos al Hotel de Ville.

GUYOT.

Creo lo mismo, porque esta noche es cuando se han de atrapar los buenos bocados... No me dejes birlar mi prefectura. *(Ruido.)* ¿Qué es eso? ¿Traen á uno en triunfo?

RHETO.

Sí, y una cabeza cortada en la punta de una pica.

GUYOT.

Decididamente esto quema, y aquí no se andan ya en bromas.

VOCES EN LAS TURBAS.

¡Viva Galuchet!

RUETO.

¿Galuchet?

GUYOT.

Parece que es el triunfador.

## VII.

*Entra Galuchet llevado en un sillón por cuatro hombres del pueblo. Lleva en la blusa las charreteras de general y otras muchas condecoraciones. Va coronado de hojas de laurel, y tiene en la mano una hermosa espada. Detrás de él un hombre alto y de fisonomía patibularia, lleva en la punta de una pica la cabeza de un anciano. La turba armada conduce entre sus filas algunos guar-*

días nacionales prisioneros. Ondeán, aquí y allá, sobre las bayonetas, los estandartes de la guerra civil. La comitiva se detiene. Los tambores que la preceden dan un redoble. Galuchet se levanta y toma la palabra.

**GALECHET.**

Ciudadanos: ¿quereis saber la cosa? pues aquí la teneis. Yo soy Galuchet, hijo de la patria y de padre desconocido. Viendo, pues, que la patria llamaba á sus hijos, cogí de casa del armero de la esquina una escopeta para van de tumbar á algunos aristócratas y otros ladrones de menos importancia. (Risas.) A la una, á las dos, y ya me teneis detrás de la barricada con mi escopeta de dos cañones bien cargada. Aparece la tropa. Se la envían saludes. ¡Viva el ejército! Esto no hace efecto sino á medias. El ejército permanece arma al brazo, sin que se vea una bala en el aire. Entonces le largamos coñites. Pam, pif, paf. Caen dos ó tres: los demas corren hácia nosotros, y á su cabeza un viejo general lleno de oro. Los nuestros retroceden entonces, pero nada mas que un momento. Yo me habia quedado detrás de las piedras, junto á una pequeña abertura por donde pasaba per-



Alzándose en vista y en escopeta. Viene el general a ponerse precisamente allí delante. Quiere pararse a escuchar; su discurso me fastidia, y le disparo el primer tiro. Le da en la pierna, y le corta la palabra. Cae en tierra, y grita: «¡Adelante!—No, digo yo: ¡atrás el viejo!» y le sopló otra almendra en el cuerpo. Se calla, y el hijo del pueblo queda vencedor de la vieja calavera. Los soldados se precipitan. Se les recibe bien. El Vengeur estaba allí, y había tomado sus medidas. Fuego de todas las ventanas, fuego de todas las puertas, fuego de todos los tejados, y fuego de todos los sótanos. Los tiros parecía hasta que salían de debajo de las piedras, y que llovían del cielo. ¡Ah! ¡qué delicia! ¡qué hermoso golpe de vista! Nuestros hermanos del ejército, reducidos a la cuarta parte, quieren entrar en relexiones, y se esquivan. El Vengeur hace matar a todos los que viven todavía, por humanidad, y para que no vuelvan a empezar. Este es su estilo. En seguida sube sobre la barricada, me llama, me presentan las armas, baten los tambores, y abrazándome: «Galuchet, me dice, ¿qué edad tienes?—Diez y nueve años.—Has merecido bien de la patria, y ella te recompensará, a fe del Vengeur. Entre tanto, puesto que tu eres el que has muerto al general, te le doy. Pasea,

pues, la ciudad, y refiere por todas partes la victoria del hijo del pueblo.»

VOCES EN LA TURBA.

¡Viva Galuchet! ¡viva el Vengeur! ¡muieran los aristócratas!

RHETO (*aparte*).

¡La espada que ha brillado en veinte batallas!

GALUCHET.

Y ved su cabeza. ¿No es verdad lo que digo, anciano?

(*El hombre que lleva la cabeza la inclina ante Galuchet. Risas y hurras.*)

GUYOT (*a Rhetó*).

Este pillo no tiene los nervios tan sensibles como nosotros.

RHETO.

Es horrible.

GUYOT.

No te hagas notar.

GRIFFARD.

Ciudadanos, en nombre de los defensores de esta barricada pido que el jóven y heróico Galuchet dé el abrazo fraternal á nuestro jefe el ciudadano Rheto, cuyo patriotismo y talento conocéis.

GUYOT.

¡Bravo! ¡Viva Galuchet! ¡Viva Rheto! Tambor, un redoble. ¡Al hombro!... Presenten...

GALUCHET (*mirando á Rheto*).

¡Calla! ¡Buena está la farsa! Es el aristócrata de mi redactor en jefe. Vas á pasar á segunda fila, farsante.

(*Se baja del sillón, y Rheto le abraza. Aplausos.*)

GALUCHET.

Ciudadanos, para terminar la sesion, os suplico que oigais una cancion patriótica y divertida de mi honorable amigo Bernabé Cheuse, para el cual os pido vuestros votos para las próximas elecciones. No es larga, pero es escogida.

## BERNABÉ CHEUSE.

Ciudadanos, es con la música del *Larifla*. Dispensadme si mi voz está un poco cansada. (*Enseñando el fusil.*) He tocado el clarinete, y esto sofoca.

El amable Galuchet  
Tiene el amable proyecto  
De regalarnos cabezas  
De aristócratas perversos.

*Larifla.*

---

Ricos, curas y devotos  
E infames economistas,  
Vuestros crímenes se acaben,  
Galuchet haga justicia.

*Larifla.*

---

Galuchet y el Vengador,  
Gente vil que al pueblo esplotas,  
Te harán, para nuestra dicha,  
Pasar muy mal cuarto de hora.

*Larifla.*

---

GUYOT (*bajo á Rheto*).

Pronto al Hôtel de Ville.

GRIFFARD (*bajo á Furon*).

¡Aquí ya no tenemos nada que hacer. Pronto al Banco,

### VIII.

El patio de una casa pobre.

ROBILLARD.

Sra. Grimblot; vengo á daros una mala noticia. Soportad esta desgracia como buena ciudadana. Vuestro marido...

CATALINA.

Decid.

ROBILLARD.

Se ha cubierto de gloria, pero no creo que vuelva. Tres ó cuatro heridas, sin contar una pierna rota.

CATALINA.

Llevadme á donde está.

ROBILLARD.

Ya le traen. Este es el momento de demostrar que sois una mujer animosa y republicana. Vedle ahí.

*(Entran muchos obreros llevando á Grimblot en una camilla.)*

CATALINA.

¡Ah desgraciado!

GRIMBLOT.

No tengo suerte; pero estoy contento. He cumplido mi obligación. *(A los que le rodean.)* Volved vosotros al fuego. *(Algunos se retiran.)*

CATALINA *(mirando las heridas de su marido)*.

¡En qué estado te veo! ¡Cuánto debes padecer!

GRIMBLOT.

He muerto mas de diez, y moriré contento.

**CATALINA.**

¿Y quién mantendrá á tu mujer y á tus hijos?

**GRIMBLLOT.**

Les dejó la patria y la libertad.

**CATALINA.**

Pero no pan.

**GRIMBLLOT.**

Vivirán de mi sangre y de mi gloria. He  
muerto diez aristócratas.

**CATALINA.**

Sí, pero esos no se los han de comer tus hijos.

**GRIMBLLOT.**

El socialismo va á hacer reinar la abundancia  
en todas partes. Mis hijos serán mas dichosos  
que yo.

CATALINA.

Hace mucho tiempo que nos están haciendo buenas promesas. La abundancia está todavía por venir, y tú te vas, sin dejarnos mas que miseria.

GRIMBLLOT.

Entonces que mis hijos se acuerden de mí, y que sigan mi ejemplo. Robillard, tú eres mi amigo, Cuida de que sean socialistas: que el mayor muera para libertar á sus hermanos; que muera el segundo despues del mayor; que den todos su vida como yo he dado la mia por libertar al mundo de la opresion del trabajo y de la pobreza. Mas vale la muerte que la esclavitud. ¡Abajo los señores! ¡abajo la pobreza! No quiero nada de eso.

CATALINA.

Tranquilízate, querido mio.

GRIMBLLOT.

Estoy contento. He muerto diez... Uno, dos, tres... diez habia, los he contado. A muchos de



ellos los conocia... ¡Ah! esos no estarán ya tan orgullosos, ya no pasarán por mi lado sin saludarme... Ya no humillarán al pueblo. Ellos han bebido mi sudor, pero yo he bebido su sangre... ¡Ah! la he bebido... la he bebido...

**ROBILLARD.**

Calla, has hecho mal.

**GRIMBLAT.**

¡Mueran! ¡Mueran!... ¡Viva la soc!... ¡Libertad, igualdad, fr...!

**ROBILLARD.**

Va á morir. Será un calavera patriota menos.

**CATALINA.**

Vedme aquí viuda con cuatro hijos y sin pan en casa.

**ROBILLARD.**

Catalina, nos haceis una injuria: nosotros cuidaremos de vuestros hijos.

BAISEMAIN.

Ciudadana, vuestro marido ha sido mi compañero de armas, y no quedareis abandonada. Voy á abrir inmediatamente una suscripción para vos y para vuestros hijos en mi periódico *La Linterna social*.

CATALINA.

Os conozco. Vivís aquí con una mujer... Yo soy casada, ¿entendeis? Guardaos vuestras caridades, que yo prefiero otras. Vuestro periódico es [la causa de mi desgracia. Nosotros éramos felices: mi marido amaba el trabajo, ganaba buenos jornales, y educábamos á nuestros hijos sin necesidad de nadie. Vuestro periódico le ha vuelto loco. El es el que le ha hecho ir á las barricadas... donde no estabais vos.

BAISEMAIN.

Yo he sido herido como vuestro marido.

CATALINA.

¿Vos? El ha recibido sablazos, y vos no teneis mas que arañazos,

**BAISEMAIN.**

Pero, ciudadana...

**CATALINA (encolerizada).**

Salid de aquí.

*(Baisemain se retira.)*

**GRIMBLOT.**

Viva la soc.. la soc... soc...

**ROBILLARD.**

Ya espira.

**CATALINA.**

¡Pobre marido! ¡Pobre marido! ¡Pobres hijos míos!

**IX.**

**La habitación de Baisemain.**

**TREMENTINA.**

Debías estar en el Hôtel-de-Ville, y no aquí.

**BAISEMAIN.**

Espera un poco. Primero hay que ver en qué para todo esto, que la cosa está caliente.

**TREMENTINA.**

Sal á lo menos á la calle. Si no, te sucederá como la otra vez, y no sacarás nada.

**BAISEMAIN.**

Es que si salgo demasiado pronto puedo sacar algunos años de presidio.

**TREMENTINA.**

Pues qué, ¿las amnistías se han hecho para los perros? Siempre has de tener miedo.

**BAISEMAIN.**

Y tú siempre has de tener gana de que me rompa la cabeza. Si te hubiese hecho caso, estaría en presidio hace mucho tiempo!

**TREMENTINA.**

Si me hubieses hecho caso, serías de los primeros en el partido, en vez de ser un charlatán y un farsante de segundo orden. Mucho hemos adelantado, mucho vamos ganando con todo lo que tú dices en los clubs, al paso que hay otros que no tienen tu talento, y que ganan veinte y cinco francos diarios solo por levantarse y sentarse. ¡Imbécil! ¡No haber sabido siquiera hacerse nombrar representantes!

**BAISEMAIN.**

No tengas cuidado, que eso vendrá. Si mis amigos triunfan, no me olvidarán, me necesitan.

**TREMENTINA.**

Entre tanto debemos á todo el mundo. Procura á lo menos abrir una suscripcion. El casero reclama sus tres meses.

**BAISEMAIN.**

Ya nos las pagará.

**TREMENTINA.**

Y el salchichero se ha negado á fiarnos esta mañana. Buenas ganas se me han pasado allí de plantarte.

**BAISEMAIN.**

¿Quién te lo impide?

**TREMENTINA.**

Ya sé que te habria dado mucho gusto.

**BAISEMAIN.**

Estás leyendo en mi corazón.

**TREMENTINA.**

Cobarde, despues de haberme seducido y deshonrado me insultas. No eres valiente sino con una mujer.

**BAISEMAIN.**

Vamos; un poco de comedia. Desmáyate, virgen inocente y perseguida.

**TREMENTINA.**

No me calientes los oídos. (*Le da un bofetón.*)  
¡La guardia!

**BAISEMAIN (aplacado).**

Sé razonable: no escandalices.

**TREMENTINA.**

Infame, galopin, ¿piensas que me voy á dejar oprimir? (*Le da un puntapié.*) ¡Socorro!

**BAISEMAIN.**

Trementina, pichoncita mia, ¿vas á enfadarte por una palabra?

**TREMENTINA.**

¿A eso llamas una palabra? (*Coge un baston y echa á correr tras él.*) ¡Al asesino! ¡al asesino!  
(*Tiros, gritos en la calle. Trementina se para.*)

**BAISEMAIN.**

Escucha. La insurreccion se ha estendido á este barrio.

**TREMENTINA** (*en la ventana*).

Veo correr soldados.

**BAISEMAIN** (*despavorido*).

Vienen á prenderme. Estoy perdido. ¿No resiste ya el pueblo?

**TREMENTINA.**

No puedo verlo bien; pero me parece que no hay resistencia en ninguna parte.

**BAISEMAIN.**

Pronto, mi casaca de guardia nacional.

**TREMENTINA.**

No; mas vale que te vayas al tejado.



**BAISEMAIN.**

Si (corre á la puerta). Oigo ruido de fusiles en la escalera... ¡Estoy perdido!

**TREMENTINA.**

Pues atrancar la puerta: podrás salirte por la ventana del lugar escusado; quítate la casaca... Toma mis tijeras, y córtate las barbas.

**VOCES AFUERA.**

**Abrid en nombre de la ley.**

(Baisemain se esconde en una pieza inmediata: Trementina intenta atrancar la puerta: su resistencia es inútil: es forzada la puerta. Entra Chenu seguido de muchos hombres armados.)

**TREMENTINA.**

¡Calla! ¡es Chenu! ¡Eh! ¡Teófilo, es Chenu!

**CHENU.**

¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!  
(Se presenta Baisemain con la barba á medio cortar.)

**TREMENTINA.**

Buen susto nos has dado.

**CARRO.**

Apuesto cualquier cosa á que nos habeis tomado por palizontes. Buena farsa ha sido. ¿No es verdad?

**BAISEMAIN.**

¡Hemos triunfado!

**CHENU.**

Todo está concluido. Ven al Hôtel de Ville: Ledrolle ha sido nombrado cónsul, y tú, Baisemain, ministro. No te olvides de los amigos.

**TREMENTINA.**

¡Ministro!

**BAISEMAIN.**

¿Qué tiene eso de extraño?

**TREMENTINA (á Chenu).**

¿Pero es verdad?

**CHENU.**

Todos los hombres de su club quieren que sea ministro, y, por lo tanto, es cosa corriente.

**TREMENTINA.**

¡Ay mi querido Chenu! ¡qué contenta estoy!  
(*Salta.*)

**CHENU.**

Bailemos la Carmañola.  
(*Se cogen de las manos, y bailan en rueda. Entra el casero.*)

**EL CASERO.**

Ciudadano, contentaos con no pagarme el alquiler, y no me echeis mi casa abajo.

**TREMENTINA.**

¿Tu casa, buitre? La declaro propiedad nacional,

CHENU.

¿Hay farol á la puerta de la casa?

UN HOMBRE.

Al agua el casero y al fuego la casa.

BAISEMAIN.

Amigos míos, seamos generosos. El tiempo de los explotadores del pueblo ha pasado. Podemos dejarles que vivan: este será su castigo. Si renuevan sus atentados, obrarán las leyes. *(Al casero.)* Retiraos sin miedo: en nombre del pueblo os concedo la vida.

TREMENTINA *(al casero)*.

Vamos, lárgate pronto, señor. No esperabas verte tan bien pagado.

CHENU *(á Baisemain)*.

Al Hôtel de Ville. *(A Trementina.)* Y tú, ciudadana, ve disponiendo tus trebejos; que, á fe de

Chenu, te doy mi palabra de que esta noche dormirás en un ministerio.

TREMENTINA (a Baisemain).

Adios, pichon mio. (Le da un beso.) ¡Calla, no tienes mas que un bigote! Espérate que te le voy á cortar... gracias á Dios que te veo en una posicion digna de tu talento. Espero que harás que se hable de ti.

CHENU.

Todos lo esperamos.

BAISEMAIN.

Sí, amigos míos, se hablará de mí. Elegido ministro por el pueblo, seré el ministro del pueblo. Vosotros vendreis á darme vuestros consejos, ó mas bien vuestras órdenes. Penetrado de vuestro espíritu, fuerte con vuestra confianza, allanaré todos los obstáculos que se oponen á vuestra felicidad. Haremos triunfar la justicia, la libertad, la igualdad y la fraternidad; ó moriremos con ellas.

TOPOS.

¡Viva Baisemain! (Salen.)

TREMENTINA (sola).

¡Qué raro está sin bigote! Me temo que eso quite en parte el efecto de sus discursos. Por fortuna tiene una elocuencia de primer orden. ¡Ah! ¡Conque voy á vivir en un ministerio! Dicen que es tan grande, con tantos muebles, todos de terciopelo y de oro. Tendrán que ver ciertas mujercitas que yo conozco, luego que me vean allí: ellas, que tanto tonose daban por haber visitado allí á las princesas del provisional. Las convidaré á comer, y das he de dar una comida que las haga reventar de envidia. Lo que me fastidia es que los periódicos van á decir que no soy mujer legítima. ¡Ah! ¡Bah! Si me insultan los haré suprimir, ó diré á mi marido que se case conmigo... Cabal.

## X.

Una calle.

*Demophile y Protágoras disfrazados y con escarapela roja, marchan el uno hácia el otro con precaucion y sin verse.*

DEMOPHILE.

Este parche que llevo en este ojo me disfraza ciertamente, pero no me deja ver nada. No sé ya por dónde ando.

PROTÁGORAS.

Creo que sin anteojos no me conoce nadie. Pero desgraciadamente no distingo nada á diez pasos.

DEMOPHILE.

El menor ruido me espanta, y aunque no hallo ninguno, voy temblando de miedo. Las borrascas de la tribuna no son nada en comparacion de este silencio de la ciudad aterrada.

## PROTÁGORAS.

¿Qué es el talento? ¿Qué es el genio? ¿Qué es el hombre? Yo he podido librar á la conciencia de la opresion de Dios; pero si un granuja quisiera apoderarse ahora de mi bolsa y de mi vida, ¿quién me libraría á mí del granuja? No dejarían los Jesuitas de tener algunos buenos argumentos que hacerme en este instante.

## DEMOPHILE.

Estoy tan asustado, que veo fantasmas... Veinte veces en un cuarto de hora se me ha figurado que oía ruido de patrullas, y se me ha helado la sangre. Estos sustos me van á matar. Yo me creía mas valiente; pero está visto que no tengo mas que el valor civil.

## PROTÁGORAS.

Confieso que reviento de miedo. Decididamente hay circunstancias en que vale mucho ser bárbaro. En mi lugar, un subteniente estaría tranquilo.



**DEMÓPHILE.**

**Pero yo no me puedo quedar aquí; conque vamos andando.**

**PROTÁGORAS.**

**Distingo una mala facha.**

**DEMÓPHILE.**

**Esta vez no me engaño: héte aquí un socialista.**

**PROTÁGORAS.**

**Disimulemos.**

**DEMÓPHILE.**

**Ánimo, ánimo, ánimo.**

**PROTÁGORAS.**

**Ciudadano; ¡trueno! ¡Viva la república!**

**DEMÓPHILE.**

**¡Rayo! democrática y social.**

**PROTÁGORAS.**

—Esa vez es civilizada y hasta oratoria; la conozco.—¡Abajo los aristócratas!

**DEMOPHILE.**

Yo he oído á este ciudadano en alguna parte.  
—¡A la linterna los aristócratas!

**PROTÁGORAS.**

No hay duda, es Demophile.

**DEMOPHILE.**

¡Ay! ¡pobre Protágoras! ¿Conque sois vos?  
¿Conque estais proscrito?

**PROTÁGORAS.**

Lo supongo. ¿Y vos?

**DEMOPHILE.**

Debo estarlo.

**PROTÁGORAS.**

¡Perseguido Demophile! ¡Él, que ha derribado dos dinastías!

**DEMOPHILE.**

¡Protágoras obligado á espatriarse despues de haber servido tanto á la libertad!

**PROTÁGORAS.**

¡Qué pueblo tan ingrato!

**DEMOPHILE.**

¡Qué pueblo tan imbécil!

**PROTÁGORAS.**

Y ¡á dónde vamos? ¡á dónde vamos?

**DEMOPHILE.**

Voy á ver si puedo irme á América. He pagado mi deuda á la patria. He hecho cuanto he podido por salvarla. No me queda ya mas que ha-

cer que evitarla un crimen, y huyo. Si me necesita, ella me llamará. Aquí entre nosotros, la creo perdida. Están las pasiones demasiado desencadenadas.

PROTÁGORAS.

Yo todavía tengo esperanza. Entre los jefes del movimiento hay muchos de mis antiguos discípulos; y quiero quedarme á la distancia conveniente para poder darles algunos consejos. Voy, pues, á esconderme en un rincon, pero desde el cual pueda volver á presentarme. Preveo una reaccion peor que el mal.

DEMOPHILE.

¿Peor que el mal actual?

PROTÁGORAS.

Sí, sin duda.

DEMOPHILE.

¿Pues qué diablos podeis imaginar peor que esto?

**PROTÁGORAS.**

Sois un hábil político y un grande orador, mi querido Demophile; pero no teneis bastante filosofía. Lo que está pasando es triste para nosotros que lo vemos; pero á través de estos incidentes lastimosos se descubre un hecho magnífico y consolador: el cristianismo sucumbe, y el mundo da á luz la razón.

**DEMOPHILE.**

¿Llamais á esto razón?

**PROTÁGORAS.**

Indudablemente. La razón pura, libre, soberana, divina, tal, en fin, como la Alemania la comprende. Siendo divina, será creadora; libertad al género humano, que habrá llegado ya á su estado viril, de las tinieblas en que ha vivido hasta aquí, y formará un orden social lleno de delicias y de libertad. Bajo su poderosa mano la tierra trasformada volverá á ser un Eden.

DEMOPHILE.

**El espíritu de contradicción os ciega. ¿Sabeis lo que me estais diciendo?**

PROTÁGORAS.

Sí; la razón hará ese milagro, y si no le hiciera, ¿qué querríais que hiciese? Hombre y Dios á un mismo tiempo, la razón realizará esos encantos que la humanidad toma por recuerdos ó por meros sueños, y que son simplemente el presentimiento de su gloria y de su felicidad.

DEMOPHILE.

**¿Es posible, mi querido amigo, que en los tiempos en que estamos soñéis tales majaderías?**

PROTÁGORAS.

**Me admiráis. ¿Conque aun no habeis comprendido nada de cuanto se viene haciendo cien años há, de lo que he hecho yo delante de vos, de lo que vos mismo habeis hecho? ¿Llamais majaderías á la filosofía del siglo, enseñada por**

nosotros con toda clase de aplausos, y de que tan penetrada se halla la generacion actual? Esa filosofía ha sido el móvil del trabajo político de los últimos reinados: siguiendo su espíritu, y para la defensa y para el triunfo de ella, ha sido cómo vos singularmente, Demophile, habeis derribado dos dinastías.

DEMOPHILE.

Os burlais.

PROTÁGORAS.

¿Que me burlo? Ciertamente, mi buen amigo, que vos mismo no lo creéis. Por poco á propósito que seais para el trabajo del entendimiento, un orador tan grande, que me ha derribado del ministerio, no puede absolutamente haber ignorado lo que queria, y á dónde iba. ¿Para qué, si no, me quereis decir, tan admirables discursos contra los restos de leyes, de costumbres, de instituciones que existian todavía, y que eran los últimos vestigios de la red de hierro con que la Iglesia tenia sujeta la razon? Decidme, os ruego: ¿para qué aquella estension de toda libertad de escribir y de obrar, destinada siempre á comba-

tir y á pulverizar la preocupacion teocrática, y la raiz misma de la preocupacion? Era evidentemente que vuestro genio os conducia, por medio de súbitas inspiraciones, al mismo punto á que nosotros, hombres de escuela, no llegábamos sino poco á poco y con gran trabajo. Estábais convencido de que el instinto del granuja honra mas á la humanidad y la es mas útil que la falsa moral y la estrecha virtud del sacerdote.

DEMOPHILE.

¿Yo?

PROTAGORAS.

Sin duda; vos. ¿Será preciso que os recuerde yo ahora tantos bellos pasajes de discursos vuestros sobre el derecho evidente y la evidente necesidad de discutirlo todo, de atacarlo todo, de derribarlo todo? ¿No érais de opinion que la especie humana desde el momento en que escribe en un periódico, ó habla en una tribuna, ó perora en una plaza pública, es perfecta? ¿No habeis sostenido que no se estravia sino en el púlpito sacerdotal, y que imponerla silencio en cualquier otra parte, como no sea allí, es un crimen espantoso que justifica las revoluciones?



DEMOPHILE.

Sin duda; pero...

PROTAGORAS.

¿Pero qué, mi ilustre amigo? ¿No habeis vos, á despecho de todas las objeciones, presionado mas que nadie á la filosofía el eminente servicio de poner la enseñanza en sus manos? Prueba clara de que juzgábais que la filosofía tenia razon en querer lo que queria; y lo que ella queria, lo que llevaba en sus entrañas preñado de un mundo, lo sabíais muy bien, porque ciertamente ella no lo ocultaba, ni hacia misterio alguno de ello. Permitidme que os recuerde en esta hora de abatimiento que vuestro celo superaba al mio. Érais sin duda elocuente é impetuoso. Yo trataba de contener el movimiento, y vos le precipitábais con un ardor invencible. Yo fui vencido, y me quedé en la estacada, estrepeado y lleno de admiracion.

DEMOPHILE.

Escogeis mal momento para embromarme.

## PROTAGORAS.

Yo no bromeo. Hablo muy formalmente, y os lo probaré. Es verdad que siendo de naturaleza y de profesion pacíficas, habria sido mas cómodo para mí no asistir al alumbramiento de la filosofía. Yo hubiera preferido, como Voltaire, acariciar en mi lecho de muerte la cuna preparada ya del todo para mi hijo, sin esponerme á oír los gríños de la madre y los vagidos del recién nacido; pero ya que al fin ha venido este hijo querido, debo cuidar de que no me le ahoguen. Habrá estravíos de juventud que indispondrán al público, y que hasta desagradarán á mas de un padre. Es de temer una reaccion jesuítica. Se creará que la antigua moral tenia algo de bueno. Los teócratas volverán á tomar la palabra, y se aprovecharán de ciertos casos desastrosos y de ciertas miserias para volver á proclamar dogmas que la razon teme y proscriba. Ved ahí los enemigos que tenemos que combatir. Mi querido amigo, haced lo que yo, escondámonos; pero no nos vayamos muy lejos. Quedémonos cerca para salvar nuestra obra. Luego que hayan pasado las primeras horas, volveremos á presentarnos. Dejaremos hundida la

teocracia y aseguraremos el imperio de la razón, enseñándola á que se modere.

DEMOPHILE.

“No conteis conmigo. Ya no soy de los vuestros.

PROTÁGORAS.

Imposible, amigo mio; á menos que os hagais católico apostólico romano, y que sigais en adelante á Valentin de Lavaur, teneis que ser de los nuestros.

DEMOPHILE.

Primero llegaré hasta allí, que honrar este desbordamiento de infamias que llamais razón. Yo he podido muy bien ser un tonto, y desde luego lo he sido, si es cierto que he contribuido al triunfo de nuestras doctrinas. La culpa es de la época en que he nacido; lo es tambien de mi talento, pero no lo es de mi corazon. Yo no soy malo, ni soy tampoco estúpido.

PROTÁGORAS.

¿De suerte que, en vuestro concepto, yo debo de ser ó lo uno ó lo otro?

DEMOPHILE.

Estais engañado, como lo hemos estado nosotros, y mas que nosotros.

PROTÁGORAS.

No estoy engañado.

DEMOPHILE.

Mi querido amigo, no os obstineis en un error cuyas horribles consecuencias estais tocando. Reconoced que hemos ido muy lejos, muy lejos, demasiado lejos. Hemos minado la base misma del edificio. Al echar al sacerdote, hemos echado el gendarme, y hemos descorrido nosotros mismos los cerrojos que nos defendian de los ladrones. Sin provecho para nadie, hemos sumido á la patria en un abismo de males.

PROTÁGORAS.

¡Hombre de poca fe! No mireis á la patria; mirad á la humanidad: no penséis en el presente; pensad en el porvenir.

**DEMOPHILE.**

Andad á paseo. Ni en el presente ni en el porvenir veo mas que ruinas, asesinatos, y un pueblo sin freno anegando la civilizacion en un lago de fango y de sangre.

**PROTÁGORAS.**

Callad, pues. Me avergonzaria por vos, si pudiesen oirnos. No dirian mas los Jesuitas. ¿Queréis tomar su puesto? Pues entre la Iglesia y yo no hay medio.

**DEMOPHILE.**

Pues bueno; aunque mi nombre hubiese de quedar cubierto de una reprobacion eterna, lo diré. Sí, con la mano puesta sobre la conciencia, si fuese preciso escoger entre la Iglesia y vos; si fuese preciso condenar á la humanidad á las consecuencias de la doctrina teocrática ó á las de la vuestra...

**PROTÁGORAS.**

**Bien: ¿qué?**

## DEMOPHILE.

Bien, sí; lo digo sin vacilar. Volvamos primero á sepultarnos en la noche de la edad media. Pero no estamos aún en ese caso. Tengo fe en las luces de mi tiempo y en el buen juicio de mi país. La civilización seguirá su gloriosa marcha, á través de los escollos á donde la llevan ciegas pasiones, y se salvará de los fanáticos del progreso, así como de los de la resistencia. Hé ahí mi confianza.

## PROTÁGORAS.

No estamos ya en la tribuna. Es preciso hablar en razón. ¿En qué se funda vuestra confianza?

## DEMOPHILE.

El país tiene el sentimiento de la justicia.

## PROTÁGORAS.

¿Qué entendéis por el sentimiento de la justicia?

## DEMOPHILE.

Si vos no sabéis lo que es, yo lo sé.

PROTÁGORAS.

Esa es una respuesta como tantas otras que habeis dado en vuestra deslumbradora carrera, y que en mi juicio, no quiere decir nada. Yo os diré, por mi parte, que el sentimiento de la justicia es aquel por que habeis combatido tanto tiempo, que no quiere que la razon de un hombre esté sometida á la de otro hombre, sin que e venga, en nombre del cielo ó de una pretendida necesidad social, á condenar en nosotros inclinaciones naturales y sagradas que inflama la sociedad misma en cuyo interés se pretende querer ahogarlas. Despertado, robustecido, exaltado por la filosofía este sentimiento de la justicia, triunfa ahora despues de esfuerzos seculares. Está destinado á sufrir terribles ataques, pero yo le defenderé. He vivido para él, y moriré por él.

DEMOPHILE.

Vaya, si dependiese esclusivamente de mi voluntad el que fuesen deportados á la Oceanía todos los apóstoles de ese vano sentimiento de la justicia, seriais vos el primero que viniese á pedirme que lo ejecutase.

## PROTAGORAS.

Puede ser muy bien... pero no sería filosófico. Conservemos, os suplico, mi ilustré amigo, los principios, y no cometamos el crimen de los teócratas, que no han hecho mas que encadenar el sentimiento de la justicia y de la libertad.

## DEMOPHILE.

¡Oh sofistas, peste de los Estados! ved ahí cómo perdeis á los pueblos. Ese sentimiento de la justicia es á mis ojos tan falso, tan funesto, tan fecundo en monstruosas iniquidades, que hago voto de combatirle todo lo que me quede de vida. La misma muerte...

*(Se oye un tiro. Demophile y Protágoras huyen.)*

## XI.

PHEBUS *(sale al encuentro á Protágoras, y le para).*

No os metais por esas calles, que las inunda la lava.



DEMOPHILE (*volviéndose atrás*).

Por ese otro lado las turbas son muy considerables y muy animadas. Estamos cercados.

PHEBUS.

No temais nada mientras yo esté con vos. Si el pueblo llega hasta aquí, me daré á conocer, y le calmaré.

PROTÁGORAS.

Gracias, pero...

PHEBUS.

¿Pero qué?

PROTÁGORAS.

Francamente, no me fio.

PHEBUS.

Os digo que no temais nada. Me he encontrado con la turba mas terrible, y la he calmado.

DEMOPHILE.

Sin embargo, si puede ser, no la esperamos.

PHEBUS.

¿Tambien vos, Demophile, dudais del poder de la palabra?

DEMOPHILE.

Muchísimo, aunque sea la vuestra. Al monstruo no le gustan ya nuestros bollos, porque ha probado la carne y la sangre. ¡Ah! ¡Phebus! ¡Phebus! ¡Qué hemos hecho!

PHEBUS.

Tenemos una bella página en la historia, y todavía podemos tener otra mas bella. Que la misma voz que ha dicho á la Revolucion: *Anda*, la diga: *No pasarás mas adelante*.

DEMOPHILE.

¿Os hacéis la ilusion de poder contener la Revolucion?

**PHEBUS.**

No hay motivo para vanagloriarse de una cosa tan sencilla. Yo me subiré sobre ese guardacanton, y se le pongo por dique á la Revolucion.

**DEMOPHILE.**

¡No es mala presuncion!

**PROTÁGORAS.**

No sois capaz de hacer á la humanidad tan buen ni tan mal servicio.

**DEMOPHILE.**

Mira el otro. Pero este á lo menos no ha prendido fuego al mundo simplemente por divertirse.

**PHEBUS.**

¡La humanidad! Me haceis reir con vuestras retumbantes palabras. No hay humanidad: no hay mas que algunos hombres, muy pocos, que vienen á largos intervalos á agitar la multitud

para darse á sí mismos el bello espectáculo de su poder, y á eso que se llama el género humano un asunto en que ocuparse y que admirar. Así Moisés, así Jesucristo, así Mahoma, así Lutero, así Robespierre...

PROTÁGORAS.

Y vos tambien, ¿no es verdad?

PHEBUS.

Sí, y acaso yo. Creo, en efecto, que dejaré en el mundo algunos recuerdos y algunas ideas...

PROTÁGORAS.

Recuerdos, puede ser; ideas, no os conozco ninguna.

PHEBUS (*sonriéndose*).

¡Qué envidia! Mis ideas, querido, son las vuestras. No las habeis inventado vos, sino que las habeis disfrazado groseramente. Yo he empezado por darlas las alas de la poesía para que se apoderen de la tierra, y en seguida, obedeciendo mi mandato, se han convertido en hechos.

Ahora me vereis contener lo que yo mismo he deseneadenado. Esta noche, ó mañana, ó dentro de quince días, seré dictador, y sujetaré los frenos de esa tocomotora infernal que recorre en algunos meses el camino de muchos siglos.

*(Las turbas inundan la calle dando gritos.)*

DEMOPHILE.

Pues ya podeis empezar.

PROTÁGORAS.

Separémonos. Formamos un grupo que puede parecer sospechoso.

*(Demophile y Protágoras se separan. Phebus se sube sobre un guardacanton, y se pone en actitud de arengar al pueblo.)*

UN HOMBRE DEL PUEBLO.

¿Qué quiere ese?

PHEBUS.

Amigos míos...

## OTRO HOMBRE DEL PUEBLO.

¡Calla! ¡es Phebus!... ¿Quieres quitarte de en medio?

## VOCES EN LA TURBA.

¡Abajo el reaccionario! Es un aristócrata. Hagamos justicia.

(*Le hacen bajar, le silban, y le dan unos cuantos golpes.*)

## UN ESTUDIANTE.

Ciudadanos, seamos generosos. Nos ha hecho traición, pero también nos ha hecho servicios. Que sus servicios y talento le protejan, y que se vaya en paz á cantar el amor. (*Voces en la turba.*) Es un viejo: perdonemos en él las debilidades de la edad y los extravíos del genio. (*Bajo á Phebus.*) Perdonad, señor, porque es por salvaros. (*En alta voz.*) Anda, el pueblo te perdona. Tu carrera política está terminada: haz que todo el mundo se olvide de ti.

(*Le da en la espalda un empujon bastante descortés: risas y burlas.*)

**PHEBUS.**

Me llenan de asombro... Es que todavía no ha llegado mi tiempo.

**XII.**

**El salon de Dionisio Dupuis.**

**JUAN DUPUIS.**

Pero, ¿cómo ha pasado esto?

**DIONISIO DUPUIS.**

¡Válgame Dios! como siempre. La Guardia nacional se ha dividido: unos no han obedecido al toque de llamada, y los otros no se han entendido. Han acabado por dejarse cercar y desarmar. La tropa, minada hace mucho tiempo, no ha tenido ni energía, ni disciplina. Se dice que muchos oficiales han sido muertos por sus propios soldados. Compañías enteras han vuelto la espalda. En fin, ya no hay gobierno, y la rebelion triunfa en todas partes. Se han cometido ya mil atrocidades.

**MAD. DUPUIS.**

Escapémonos , os suplico ; señores , escapémonos.

**DIONISIO DUPUIS.**

Están cerradas las barreras; y ademas, ¿á dónde hemos de huir?

**EULALIA.**

Madre mia, animaos, y pidamos á Dios.

**MAD. DUPUIS.**

Sí , hija mia. ¡Ah! ¡Qué miedo tengo! ¡Y tu marido sin venir! ¡Qué desgraciada eres!

**EULALIA.**

He puesto á Valentin bajo la proteccion de la Santísima Virgen. Pido por él, y espero.

**JUAN DUPUIS.**

Querida sobrina, te admiro al verte conserva una confianza tan poco justificada, porque...



EULALIA.

Perdonad, querido tío: no es este momento oportuno para continuar nuestras disputas. Esperad que los guardias municipales y los soldados lo salvarán todo, y no me deis la pena de querer negar á Dios, precisamente cuando descarga su brazo sobre vos lo mismo que sobre mí.

JUAN DUPUIS.

Sí, es verdad que probablemente á estas horas estaré arruinado como todo el mundo. Dudo mucho que los negocios se repongan tan pronto. ¿Cómo estará la Bolsa mañana!

DIONISIO DUPUIS.

Yo calculo que habrá una baja de cincuenta francos.

M. DELORME.

¡Qué calamidad!

**JUAN DUPUIS.**

¡Sí, hace dos días que el cinco estaba casi á la par, y yo he comprado á ese precio.

**M. DELORME.**

¿Habías comprado? ¿Qué desgracia!

**JUAN DUPUIS.**

¡Y los caminos de hierro, y los canales, y las fábricas, y todo! No habrá medio de realizar un céntimo.

**M. DELORME.**

Ninguno absolutamente.

**DIONISIO DUPUIS.**

Será una crisis terrible.

**M. DELORME.**

Terrible.

JUAN DUPUIS.

Sin embargo, no creo que esté enteramente perdida la partida. Al fin y al cabo, no es posible que la bella civilizacion francesa sucumba á los ataques que la dirigen algunos salvajes ignorantes. Esos mismos hombres serán cautivados y vencidos por la luz de la verdad. Evitemos que se los irrite con una resistencia demasiado pronta. Luego que se vean al frente de los negocios, se detendrán ellos mismos ante la maravillosa organizacion que quieren destruir. Abrámosles los brazos, dejémosles el puesto, y los haremos conservadores. (*Gritos y tiros en la calle.*) ¿Qué es eso?

MAD. DUPUIS.

¡Ay! ¡por Dios! hachas, faroles, que hacen iluminar.

JUAN DUPUIS (*mirando*).

¡Enarbolan la bandera roja! Hay que poner aquí una.

DIONISIO DUPUIS.

¡Qué humillacion!

JUAN DUPUIS.

Pues es lo único que hay que hacer: aullar como los lobos hasta que podamos soltar los perros. Mayor humillacion seria ser devorados por esos bárbaros. Eulalia, prepáranos cintas rojas.

EULALIA.

¡Virgen Santísima! ¡Virgen Santísima, salvad á mi marido!

MAD. DUPUIS.

¡Luces, luces! ¡Luces en todas partes! ¡El pueblo avanza con fusiles y antorchas!

JUAN DUPUIS.

No tengais miedo. Mañana estará restablecida la tranquilidad, y dentro de ocho dias todos esos rompedores de vidrios serán agentes municipales... Miradlos... Ya veis cómo pasan.

*(Entra Fritz.)*

**DIONISIO DUPUIS.**

¿Qué hay?

**FRITZ.**

¡Ay, señor! El Sr. Valentin...

**TODOS.**

¿Qué?

**FRITZ.**

Se va á hacer asesinar.

**EULALIA.**

¡Dios mío! ¿Dónde está? Voy á buscarle.

**FRITZ.**

Señora, no sé lo que ha sido de él. El pueblo quería echar abajo la iglesia...

**EULALIA.**

¿Y estaba allí Valentin?

Fritz.

Sí, él solo contra toda aquella multitud. Tenia en la mano un hacha que habia arrancado á uno de los insurgentes, y con ella levantada, en pie en el quicio de la puerta y decidido á morir, los hacia retroceder. Le han disparado veinte tiros sin tocarle. Los mismos insurgentes estaban admirados de su valor. Algunos de ellos le gritaban: «Retíraos, y no os haremos daño alguno.» Pero él no respondia, sino llamando quien quisiera unirse á él. Y no se le unia nadie.

Eulalia.

¡Ah mi amado Valentín!

Dionisio Dupuis (*por lo bajo*).

¡Qué loco!

Fritz.

Por fin le han echado un lazo, y le han hecho caer. Entonces, mientras unos se precipitaban en a iglesia, otros se han apoderado de él, y se le

han llevado. No he podido ver mas, y me he escapado.

*(Entra Valentin.)*

### XIII.

EULALIA.

¡Valentin! ¿Eres tú? ¡Bendito sea Dios!

MAD. DUPUIS.

Hijo mío, ¿no estás herido?

JUAN DUPUIS.

Vamos, ¿en qué estado estamos?

M. DELORME.

¡Ah! ¡M. de Lavour! ¡Qué desgracia!

DIONISIO DUPUIS.

¡Qué pálido está!

EULALIA.

Valentin, tú nos traes alguna noticia terrible.

VALENTIN (*á Eulalia*).

¿Estás sometida á la voluntad de Dios?

EULALIA.

Sí, habla.

VALENTIN.

Ya sabes que debemos besar su mano cuando nos hiere, cuando acaba con toda la felicidad que poseíamos, con todo lo que habíamos esperado, cuando nos despoja, cuando hace pedazos nuestros corazones...

EULALIA.

Lo sé, lo creo, puedes decirlo todo.

VALENTIN.

¡Dios mio, si el designio que he formado es justo, socorredme!



EULALIA.

¡Ah! lo que temes decirme lo tengo yo previsto. Quieres ir á combatir hasta la victoria ó hasta la muerte, y vienes á despedirte de mí. Pues bien; tú conoces tu obligacion, lo has meditado largo tiempo, y no seré yo quien te aparte de cumplirla. No lloraré, no te detendré, no te pondré obstáculo alguno. Yo puedo amarte mas que á todo el mundo; tú debes amarme menos que á tu patria. (*Se echa á su cuello.*) Adios. Tu santa madre me ha escogido, y me ha dado á ti en estos dias de luto para que sea digna de tu corazon y del suyo. Yo me quedaré á su lado, yo la serviré, yo la amaré. Te prometo no morir de dolor mientras tú vivas.

VALENTIN.

No esperes consuelos mas que del cielo. Allí es donde mi madre pide ahora por ti y te bendice.

EULALIA.

¿Ha muerto?

VALENTIN.

¡Ha muerto asesinada junto á mi padre, asesinado tambien en su casa, saqueada y destruida por el fuego!

MAD. DUPUIS.

¡Ay Dios mio!

DIONISIO DUPUIS.

¡Pobre Valentin!

JUAN DUPUIS.

¡Es imposible!

VALENTIN.

Ni siquiera he podido encontrar sus cuerpos.  
¡No me quedará ni una tumba!

JUAN DUPUIS.

¡Conque entonces la ciudad está entregada al saqueo!

**FRIEZ.**

Poco menos. En este momento hay veinte incendios.

**M. DELORME.**

¡Qué desgracia!

**JUAN DUPUIS.**

Adios.

**DIONISIO DUPUIS.**

¿A dónde vas, hermano?

**JUAN DUPUIS.**

Voy á morir sobre las ruinas de mi propiedad.

**DIONISIO DUPUIS.**

Pero...

**JUAN DUPUIS.**

No me detengas..

*(Da un empujon á su hermano, y sale.)*

M. DELORME.

M. Dupuis, M. Dupuis, que no se os olvide la cinta roja.

(Salen.)

XIV.

VALENTIN.

Eulalia, en aquellos tristes momentos que sin duda recuerdas, cuando procurábamos anticipadamente hacer superiores nuestros corazones á sucesos que yo ya preveía, no pude imaginarme nada tan espantoso ni tan horrible que no fuese muy poco en comparacion de lo ocurrido. Todo se viene abajo; la sociedad sucumbe; está completamente en poder de los criminales y de los locos. No hay ni poder, ni leyes, ni fuerza, ni razon que se haga escuchar; pero aun cuando el mundo entero doblase su cabeza al poder de esos monstruos, yo no la bajaré jamás. Aun cuando en alguna parte me ofreciesen la paz en algun asilo respetado por sus furores, la paz contigo y con todos vosotros; aun cuando me restituyesen á mi padre y á mi madre, no la

aceptaria. Yo quiero conservar todo lo que ellos quieren destruir; yo quiero sostener todo lo que ellos quieren derribar; yo creo todo cuanto ellos niegan; yo adoro todo aquello de que ellos blasfeman. Yo no encerraré mi fe en el secreto de mi alma, sino que la confesaré en alta voz ante la multitud de los impíos, de los furiosos y ed los cobardes. Mi deber es pelear y morir por la Religion, por la familia, por el poder. No dejaré que este desgraciado pais se duerma y se embrutezca bajo el yugo de un estúpido é infame terror. Nuestra única esperanza está ahora en la guerra civil; voy á ver si es posible este último esfuerzo, y si hay algun bosque, alguna peña adonde pueda yo llevarme, como Pelayo, el alma de la patria. El alma de la patria, es la ley de Jesus. Los que la niegan y quieren abolirla, no son conciudadanos míos, no los conozco ya. Vienen con el hierro en la mano á imponerme leyes peores que la esclavitud y la muerte. Con el hierro, pues, en la mano, reivindico yo contra ellos mi libertad, mis altares, y el suelo sagrado en que duermen veinte generaciones de mis padres.

DIONISIO DUPUIS.

Hijo mio, aplaudo tu valor, y aunque no con

tanta energía, pienso como tú. ¿Pero se está ya en el caso de tomar un partido tan extremo? ¿No quieres esperar á ver en qué para todo esto?

VALENTIN.

¡Quiera Dios que no sea ya demasiado tarde! Estamos completamente invadidos. Me temo mucho que la sedicion triunfe hoy aquí, triunfe al mismo tiempo en todos los puntos del territorio.

DIONISIO DUPUIS.

¿Conque es decir que quieres abandonarnos?

VALENTIN.

Es el único medio que tengo de defenderos. Si me quedo, tal vez me prendan esta misma noche.

EULALIA.

Márchate pronto.

VALENTIN.

Querida amiga, no es el permiso de huir el

que yo te pido, sino el de combatir. Hay un vínculo que me detiene, y tú sola puedes romperle. No tengo ya padres, y Dios en su misericordia, contra la que estuvimos á punto de murmurar, se llevó nuestro único hijo. Es preciso que ahora pueda yo considerarme como si ya no tuviera esposa. Dame, pues, aquella libertad que las mujeres fuertes de la Edad Media daban á sus maridos cuando habían tomado la Cruz, porque si tú te resuelves á consentir en ello, tomo la Cruz desde hoy para siempre. La tomo para la derrota lo mismo que para la victoria, á fin de quedar, suceda lo que suceda, soldado de Dios, y de que si mi mano deja caer la espada, pueda llevar el Evangelio. ¿Qué podremos hacer si no derramamos más que la muerte? Es preciso que podamos también derramar el perdón.

### EULALIA.

Marcha: ya no perteneces más que á Dios. Él mismo había formado nuestros lazos; que sean rotos para Él. (*Quita de su mano el anillo nupcial, y se le da á Valentin.*) La santa cadena que nos ligaba, no unirá ya más que nuestras almas.

VALENTIN.

Y subsistirá por toda la eternidad. Dame la mano, hermana mia, y recibe este último beso y este último abrazo. Dios que nos había unido y nos separa, nos reunirá de nuevo. Ya no somos una sola carne, pero no tendremos mas que un corazón. ¡Gran Dios, conoces nuestro amor, y veis el sacrificio que os hacemos! Yo me consagro con ella, y os la consagro conaligo para serviros hasta la muerte en la pobreza, en la castidad y en los sufrimientos.

EULALIA.

Dios acepta la ofrenda, y me da ya el premio de ella. Ya nada temo. Ahora puede mi alma hacer frente á todos los terrores, y miro la muerte como una travesía que he pasado ya.

VALENTIN.

Quítate ese traje, y toma el vestido de las pobres viudas. Pon á tu padre y á tu madre los vestidos que teníamos reservados para los indigentes. La pobreza será aun por algunos días



una salvaguardia. Yo mismo voy á vestirme de obrero, y os llevaré á casa de unos cristianos que no os venderán. (A *Dionisio Dupuis*.) Padre mio, muchas veces habeis sido molestado por el gran número de pobres que venian aquí. Muchos, sin duda, vendrán muy pronto á saquear; pero hay entre ellos algunos que os salvarán la vida.

**DIONISIO DUPUIS.**

Estoy aterrado.

**MAD. DUPUIS.**

No perdamos tiempo.

(*Sálese por una puerta interior.*)

**BRITZ.**

Señor, dos hombres del pueblo que se han separado de una gran turba que hay en la calle, preguntan por vos, y suben... Y vienen armados.

**VALENTIN.**

Abreles la puerta, y mientras yo los entretengo, procura hacer escapar á mi mujer y á sus

padres. Si me los salvas, me salvarás mas que la vida.

Fritz.

Señor, me habéis tratado mas como á amigo que como á criado. Si es preciso, moriré por vos. Yo detesto todos los excesos que veo cometer. Sabed, sin embargo, que amo la libertad y la igualdad, y que estoy de corazón con mis hermanos.

Valentín.

Está muy bien; tus hermanos no tardarán mucho en entrar aquí á saquear; toma tú tu parte. Desde ahora te doy todo lo que puedas coger. (*Sale Fritz.*) No todos son ingratos, pero todos están locos.

(*Entran Grifard y un obrero.*)  
 XV.

Enronado.

Conde de Lavour, ¿me conocéis?

VALENTIN.

Sí; sois el insurgente herido de 1848 que estubo escondido y oculto algunos dias en mi casa.

El obrero.

Sí; y que me marché sin despedirme.

VALENTIN.

¿Tomáis que os fuese yo á entregar?

El obrero.

Os conocia algo mejor que eso. Quise librarme de vuestros discursos, porque debilitaban mi cólera. Desde nuestra primera conversacion os declaré que alimentaba contra la sociedad un odio irreconciliable, y que la perseguiria con una guerra eterna y sin tregua.

VALENTIN.

Me acuerdo de eso.

**El obrero.**

Pero, á pesar de ello, me salvásteis.

**Valentin.**

Encontré en vos mucha ignorancia, mucha pasión, y alguna generosidad. Os compadezco, y creí que podría llegar á convenceros. Pero sin duda me equivoqué.

**El obrero.**

Mas de lo que pensais.

**Valentin.**

Sigo compadeciéndoos, y no me arrepiento de mi error.

**El obrero.**

Como queráis, pero ved aquí el objeto de mi venida. Estais proscrito. Los agentes del gobierno provisional están á vuestra puerta, donde los están deteniendo mis compañeros. Yo vengo ahora á mi vez á protegeros.

VALENTIN.

¿Teneis poder para ellos?

EL OBRERO.

Muchos se dicen y se creen los amos, pero no hay mas amo que yo. Yo soy el que llaman *Le Vengeur*.

VALENTIN.

¡Ah! ¿Sois vos?

EL OBRERO.

Yo mismo.

VALENTIN.

Pues con todo lo que se dice de vos, y con lo que yo mismo sé, me admiro de que no seáis ingrato.

EL OBRERO.

Pues no os han dicho nada de mas, y no le sa-

beis todo; pero no os ocupeis de si obro yo por sentimiento ó por política. Básteos saber que estais libre. Creo que ahora están nombrando un dictador allá en el Hotel de Ville. Ese dictador está menos seguro que vos, porque desgraciado del que venga á tocáros bajo mi mano!

VALENTIN.

Cualquiera que sea vuestro poder, no me salvareis, á pesar mio. No admito la libertad sino con dos condiciones.

LE VENGEUR.

Decidme cuáles son.

VALENTIN.

Mi mujer y sus padres, que están aquí, serán conducidos fuera de la ciudad al asilo que ellos designen.

LE VENGEUR.

Lo concedo, y podrán ademas llevarse todo lo que quieran.

**VALENTIN.**  
 Os doy las gracias por lo que toca á los ancia-  
 nos. En cuanto á mi mujer, no sé nada, como yo,  
 mas que su vestido. No poseemos ya nada más.  
 El resto lo damos todo.

### LE VENGEUR.

**A quién?**

### VALENTIN.

Para el porvenir, á Dios; por el momento, á  
 los que nos despojen de ello. En adelante, la  
 condesa de Lavaur no necesita mas que una agu-  
 ja, ni yo mas que una espada.

**LE VENGEUR.**

Os entiendo. ¿No es mas que eso?

### VALENTIN.

Es que quiero que me comprendais bien. Soy  
 caballero, y tengo mis escrúpulos. Entended bien

que no acepto la libertad sino para haceros la guerra, y que os la declaro eterna. Fugitivo y herido, me dijísteis lealmente que no depondríais las armas. Proscrito yo ahora, os declaro á mi vez otro tanto. Si no habeis podido perdonar á la sociedad faltas que con mas grandeza de alma habríais sufrido, y que con mas instruccion habríais escusado, con mejor derecho me rebelo yo contra vuestras máximas insensatas y contra vuestros salvajes designios. No sois á mis ojos sino locos ó criminales. Si estuviese en mi mano, os encerraria en calabozos, ú os enviaria del lado allá de los mares á un destierro, de donde no volviéseis á salir jamás. Os niego absolutamente todos los derechos en cuya virtud habeis llegado á ser lo que sois. No teneis derecho sino al castigo.

### LE VENGEUR.

Conde de Lavour, os advierto que me desafiáis sin peligro, porque necesito de vos. No os admiréis. Estais dispuesto á hacer lo que yo espero de vos. Yo no defiendo la virtud de los revolucionarios ni la santidad de su mision. Yo conozco á los hombres mas de cerca que vos, y sé lo que he de pensar de ellos. Yo veo las cosas, y veo á dónde van, y me propongo llevarlas muy



lejos. Soy superior á todos los argumentos, así como á todos los remordimientos. No haré tampoco á la sociedad su proceso, porque está ya hecho: está ella ya juzgada, y juzgada en mi tribunal hace mucho tiempo. Direís que ella vale mas que su juez, y que yo no soy un juez legítimo. Esa es vuestra doctrina, pero no la mia; ni es tampoco la de la sociedad, porque yo he aprendido de ella misma, de sus profesores oficiales, que el hombre depende única y exclusivamente de su propia razon ó de su instinto.

VALENTIN.

¡Qué insensatos!

LE VENGEUR.

Completamente insensatos, segun vuestro modo de ver; perfectamente sabios, segun el mio. Pero no discutamos este punto de filosofía. Seria muy largo de ventilar entre nosotros, y tenemos otro asunto mas importante que tratar. Digo, pues, que la sociedad está juzgada, á lo menos por mí; digo que está vencida, que tengo el pie sobre su cuello, y que no se levantará. Sin negar á la sociedad ninguna de sus virtudes, no podreis

## DE LA VICTORIA.

menos de concederme que ha debido cometer algunas faltas para merecer caer en mis manos.

### VALENTIN.

Sí, os ha engendrado en sus adulterios, y habeis nacido para su castigo. Pero en sus lágrimas y en su arrepentimiento, engendrará santos que crecerán para su salvacion. Es posible que esos santos hayan nacido ya, y acaso acaso que sean ya hombres. Os volverán á sepultar en el seno de las tinieblas, de donde no os ha sacado el crimen del espíritu sino para multiplicar los crímenes innobles de la mano. Cometereis muchos errores y muchos crímenes, amontonareis ruinas sobre ruinas, hareis perecer á muchos inocentes, no conseguireis constituir un gobierno, y no os escapareis de la derrota ó de la muerte. Quanto mas de prisa vayais, menos andareis. Si no apareceis sino como los instrumentos de una justicia que castiga los crímenes del mundo, ¡cuál será el castigo que á vosotros os está reservado! No os falta inteligencia, como á los brutos que desencadenais. Sabeis, pues, muy bien lo que sois y lo que haceis. Sabeis muy bien que en un solo dia desplegais mas egoismo, cometeis mas iniquidades, oprimís mas víctimas ino-

centes, derramáis mas sangre, y hacéis mas desgraciados que los que podeis echar en cara á la sociedad en el trascurso de un siglo entero.

LE VENGEUR.

¿Y qué?

VALENTIN.

¿Y qué! que hay un Dios.

LE VENGEUR.

- Esa es la cuestión! Vos lo afirmáis, yo lo niego. Vos lo afirmáis en interés de la clase media. Pues bien, llamemos á un individuo de esa clase, y preguntemos si existe verdaderamente un Dios que prohíba vender con pesos falsos, vivir en concubinage, escribir libros ateos, y hacer discursos embusteros. A despecho de Dios, me fio de lo que diga ese ciudadano para prolongar mi reinado.

VALENTIN.

Luego que Dios ha castigado la blasfemia, escucha la oracion, y perdona al culpable en favor del inocente. Aunque atraveséis todo el mundo,

no reinareis en él. Si no os derriba una espada, os derribará una honda; y si la honda fallase como la espada, si no hubiera ya en la tierra un alma bastante generosa para aborreceros, un brazo bastante fuerte para venceros, sabria Dios, á pesar de todo, humillaros y hacer manifiesta vuestra ignominia. No habéis de reinado ni de imperio. No llegareis á ser legisladores; se-  
reis siempre bandidos, y vuestros nombres, des-  
pues de haber usurpado las páginas de la histo-  
ria, volverán á huir y á esconderse en los regis-  
tros de la policía. Sabemos muy bien nosotros  
por qué quereis destruir la sociedad; no es, co-  
mo decís, porque os parezca injusta é impura,  
sino, al contrario, porque la encontrais todavía  
demasiado justa y demasiado pura para vuestros  
deseos. Es que, á pesar de toda su molicie, de  
toda su relajacion, de todo el cinismo de su lo-  
cura y de su impudor, no puede olvidarse de lo  
que á sí misma se debe hasta el punto de hace-  
ros lugar, y no puede, en efecto, tener un puesto  
para vosotros. Por vuestras pasiones, por vues-  
tros apetitos, por la abyeccion de vuestras cos-  
tumbres y de vuestra estupidez, estais fuera de  
todo orden social posible. Vuestra misma con-  
ciencia, de acuerdo en este punto con la del gé-  
nero humano, os hace desconfiar llegéis á cons-

tituir una sociedad en la que, no siendo mas que lo que sois, podais vivir un solo dia. ¿Qué nose ha hecho de algun tiempo á esta parte para admitiros en la regularidad de la vida civil? Se han suprimido todas las barreras de la ley, y aun las de la moral; se os han dado todos los empleos, todos los honores, todo el poder. Hay una cosa que esta miserable sociedad no ha podido daros, y es su estimacion; y una cosa que vosotros no habeis podido hacer, y es disimular vuestra incapacidad. Habeis conocido que la repugnancia seria mayor que el miedo, y como no sois mas que unos *matones*, no habeis hecho uso del poder sino para conspirar contra la sociedad, que os le abandonaba.

### LE VENGEUR.

M. de Lavaur, creeis que estais hablando con un humanitario, con un filósofo, con un demócrata, con un socialista, y os engañais solemnemente. Yo opino lo mismo que vos con respecto á toda esa gente. Yo no diré que sean viciosos ni malos, porque ignoro lo que es el vicio y la virtud; solo diré que son imbéciles. Los canozo, he pensado como ellos, y me reservo el derecho de reirme de ellos. Por mi parte no creo

en nada: ni en la patria, ni en el progreso, ni en el porvenir, ni en la felicidad, ni en Dios, ni en la humanidad. Si yo amase á los hombres, diria lo que vos, y estaria con vos; pero no los amo, y los aborrezco con un odio infinito é insaciable. Aunque no hubiese en el mundo mas que un solo hombre, y ese hombre fuéseis vos, hácia quien experimento un no sé qué que me admira, y que no es ya mi furor, seria este siempre escesivo, y encontrándome yo entonces dueño de la última vida, y despues de haberla ahogado, creo que me arrancaria la existencia para acabar con mi último enemigo, y quitar al destino su última víctima. Todo me ha engañado, todo me ha mentido; yo me he engañado, y me he mentido á mí mismo, y tengo que vengar sobre el mundo y sobre mí tormentos indescriptibles. Largo tiempo he tratado de indagar la causa que me atormenta. He querido marchar por todos los caminos en que he creído poder hallar la luz y la felicidad. He conocido que la vista del hombre no está hecha para la luz, y que su corazon y sus sentidos se resisten á la felicidad; pero experimento una especie de gusto al ver sangre, ruinas y lágrimas: todo lo que se viene abajo en el mundo, me causa cierto género de alegría. Una cosa hay en vuestra reli-

gion que me agrada, y es el anuncio del último juicio. Yo quisiera estar allí. Una sociedad menos, es un peso menos en mi pecho. Me distraigo en ver siempre á una parte de esta estúpida humanidad abriendo para la otra abismos en que se sepulta ella misma: sin embargo, el espectáculo de sus miserias no es mas que una débil compensacion del horror que ella me inspira... ¡Ah! yo no he escogido ser hombre. Si hubiese podido escoger, hubiera sido un leon en esos desiertos en que inmundos reptiles habitan solos en las ruinas de las ciudades.

VALENTIN.

Ahora me acuerdo de una cosa que os dije en otro tiempo. Os anuncié que el orgullo salvaje que os cerraba los ojos á la luz del Evangelio, os volveria loco. Lo estais ya.

LE VENGEUR.

Por consiguiente, es inútil que razonemos mas tiempo. Teneis razon. Ved aquí en dos palabras el plan de mi locura, y por qué os traigo la libertad: En mi opinion, esos santos que esperais, y que deben salvar el mundo, tardarán mucho

en parecer. Yo no temo nada tanto como una victoria demasiado fácil y pronta. Vuestra clase media se apresurará á someterse, y nuestros jefes revolucionarios y socialistas á arreglarse con ellos. Ya los teneis preparados á ello, y á hacerse conservadores. Yo no me propongo eso, y quiero dar á la clase media jefes que la obliguen á desistir. La energía de vuestras convicciones os hace muy á propósito para ese papel. ¿Quereis desempeñarle?

VALENTIN.

Sí.

LE VENGEUR.

Pues despedios de vuestros padres.

VALENTIN.

Ya me he despedido. Vuestros satélites han asesinado á mi padre y á mi madre, y mi mujer ha tomado el traje de las viudas para no dejarle nunca.

LE VENGEUR.

Es jóven y hermosa, y os amábais: os compadezco.



VALENTIN.

Somos cristianos, y menos dignos de compasion que vos.

LE VENGEUR.

Puede ser que si yo hubiera encontrado muchos hombres como vos, serian otras mis ideas... Dadme la mano.

VALENTIN.

Estrecharé vuestra mano cuando no vea ya sangre en ella. Hasta entonces, no me toqueis mas que con el puñal.

LE VENGEUR.

Sois tal cual yo os quiero. (*Mostrándole á Griffard.*) Este hombre va á quedar aquí para proteger la casa y sus moradores. Yo os acompañaré hasta las puertas de la ciudad. Salgamos de aquí sin misterio, para enseñar desde ahora á los dictadores lo que vale su poder ante el mio. Mas de uno cree que va á ser ministro, y

no será mas que jurado del tribunal revolucionario. Esperan reinar entre delicias: yo los alimentaré de amarguras y de sangre.

VALENTIN.

¡Oh justicia de Dios!

## SEGUNDA PARTE.

---

I.

La antesala del general Galuchet.

Fritz.

¡Ay! ¡La señora condesa!

EULALIA.

Fritz, no pensaba volver á verte aquí.

Fritz.

Señora, estoy preso. En el momento de marchar el señor conde, habia tenido la bondad de darme todo lo que pudiera salvar del saqueo. Siendo yo mismo entonces socialista, no pensaba perder nada. Pero ¡ay! muy pronto encontré otro mucho mas socialista que yo. Llegó Galuchet con su banda, encontró la casa de su gus-

to, se instaló en ella, y se apoderó de todo, incluso de mí. Me trata como á un negro, y no me da salario.

EULALIA.

¿Y no podrias encontrar otra colocacion?

FRTZ.

¿Dónde he de ir á buscar un amo de esta especie? Ya no hay mas que estas gentes que tengan criados. ¡Ah! ¡Si yo fuese libre! Pero Galuchet me haria fusilar. Este señor quiere un ayuda de cámara de buena casa.

EULALIA.

¿Podria yo obtener una audiencia?

FRTZ.

Ya veis, señora condesa, cuánta gente hay que le está esperando. Algunas son personas muy importantes. ¿Me permitís, señora condesa, que os haga una pregunta?

EULALIA.

Con mucho gusto.

FRTZ.

¿Teneis mucha precision de hablar á Galuchet?  
Porque es de una insolencia horrible.

EULALIA.

Tengo que pedirle una gracia.

FRTZ.

¡Ay, señora condesa! aun cuando os la conceda, os compadezco. Ver á un miserable como este en el gabinete del señor conde, en el mismo sitio en que el señor conde se sentaba, con una bata suya sobre los hombros; verle en esta casa, en otro tiempo tan pura, rodeado de pelagatos, de actrices y de otras mujeres que hablan al público, ¡qué tormento para vos!

EULALIA.

Ya me pensaba yo que encontraria al general

Galuchet entre sus amigos. En cuanto á verle en esta casa... ¡hágase la voluntad de Dios!

FRTZ (*en voz baja*).

¿Teneis noticias del señor conde?

EULALIA.

Nada mas que las que corren.

FRTZ.

¡Si pudiéramos estar con él!

EULALIA.

Yo no puedo abandonar á mis padres, y el interés de muchas huérfanas que viven de mi trabajo me detiene aquí. Este es el que me hace venir á ver al general. Nos persiguen, y necesito su proteccion. ¿Tiene piedad de los pobres?

FRTZ.

¡Él! En esta casa no ha puesto los pies un pobre desde que vos salisteis de ella. Han veni-

do algunos de los antiguos, pero tan insolentes como el amo, y vestidos con los déspojos de sus bienhechores. Cuidad, señora condesa, de no encontraros con alguno de ellos, si no quereis que os descubra.

EULALIA.

Pues empieza por no llamarme señora condesa.

FRTZ.

Os pido mil perdones; pero sienta tan bien el hablar con respeto...

EULALIA.

Anunciarás á la ciudadana Dupuis, directora de sala de asilo, que viene á presentar una peticion al general Galuchet.

FRTZ.

¡Dios mio! pero, señora, ¿y si os insulta?

EULALIA.

¡Cómo ha de ser, mi pobre Fritz! seré insultada.

Fritz (*aparte*).

No me atrevo á decirla los insultos de que es capaz. (*Alto.*) No teneis facha de socialista. Es capaz de haceros prender.

EULALIA.

Entonces Dios cuidará de mis huérfanas, y yo serviré á los presos. Andad, Fritz; estoy resuelta á correr la aventura.

(*Entra Liberia, alta, jóven, resuelta y hermosa. Va vestida con lujo con una especie de traje antiguo, y llevando en la cabeza un sombrero encarnado. Todo el mundo se pone en pie, y ella repara en Eulalia.*)

LIBERIA (*á Fritz, señalando á Eulalia*).

¿Quién es esa mujer?

Fritz.

Una pobre maestra de escuela que pide la proteccion del general.



**LIBERIA.**

No quiero que el general la vea. Tiene toda la facha de una intrigante. Dila que se vaya.

**FRITZ.**

Pero, ciudadana...

**LIBERIA.**

Te digo que se vaya. Si la vuelvo á ver aquí, te acordarás de mí.

*(Atraviesa toda la antesala, y entra en el cuarto de Galuchet.)*

**FRITZ.**

Señora, esa mujer que acabais de ver, es la primera actriz del gran teatro. Es la que tiene aquí toda la autoridad, y me manda que os eche. Creedme, es un servicio que os hace.

**EULALIA.**

Te comprendo, Fritz; muchas gracias. ¡Que Dios tenga piedad de mis pobres huérfanas!

PRIMER CIUDADANO (*al que está á su lado*).

Tenéis razón: el criado la despide por la orden que la ha dado Liberia. ¡Es una hiena esa Liberia!

SEGUNDO CIUDADANO.

¡No está mal arreglado Galuchet! ¡Una mujer tan hermosa y de tanto talento! ¡Cuando piensa uno que hace cuatro meses vendía Galuchet contraseñas en la puerta del Gran Teatrol Yo mismo le he visto bajar el estribo del coche en que iba Liberia con el ministro de Hacienda.

PRIMER CIUDADANO.

Estais equivocado: era con el ministro de Justicia.

SEGUNDO CIUDADANO.

Era con el ministro de Justicia del ministerio de 10 de agosto; pero en el gabinete de 7 de octubre, que le sucedió, era con el de Hacienda: y luego con Galuchet.

**PRIMER CIUDADANO.**

Son cosas que no se ven mas que en tiempo de revoluciones. Lo que me choca es que no haya tratado Liberia de atrapar al cónsul ó á Le Vengeur.

**SEGUNDO CIUDADANO.**

¿Qué quereis que haga ella con los 12,000 francos del cónsul, mientras que Galuchet, como general segundo jefe de la fuerza obrera, tiene un crédito ilimitado?

**PRIMER CIUDADANO.**

El comercio ya sabe algo de eso.

**SEGUNDO CIUDADANO.**

Por lo que toca á Le Vengeur, se contenta con inspirar miedo. El otro dia pude verle por casualidad en el cuartel en que vive, y que solo es accesible á sus soldados. Es cosa que estremece. Habita en un cuartito de ocho pies cuadrados, sin mas muebles que una silla y un jergon. No ha dejado su traje de obrero.

PRIMER CIUDADANO.

¿Pero de veras era obrero?

SEGUNDO CIUDADANO.

¿Quién sabe? Unos dicen que ha sido estudiante de medicina, otros que agente de procurador, y otros que periodista.

PRIMER CIUDADANO.

Dicen que está loco.

SEGUNDO CIUDADANO.

Lo cierto es que él se niega todo placer.

PRIMER CIUDADANO.

Ahí teneis una cosa que os confieso ingenuamente que me admira.

SEGUNDO CIUDADANO.

Y á mí tambien, porque lo natural parece, en



un tiempo en que nadie está seguro de nada, aprovechar el placer cuando se presenta. Si yo pudiera, no dejaria de hacerlo. Esta es la filosofía del jóven Galuchet. Se ha dado á la vez á todos los placeres, como hombre que no está seguro de disfrutar de ellos mucho tiempo. A fe mia que no se lo critico.

**PRIMER CIUDADANO.**

Lo mismo seria si se lo criticásemos. Confesemos que á los actuales gobernantes se les importa muy poco del público. Si un príncipe se hubiese permitido lo que Galuchet y otros ciento hacen todos los dias...

**SEGUNDO CIUDADANO.**

¡Chiton! que estais diciendo mucho mas de lo que es menester para que os formen una causa.

**PRIMER CIUDADANO.**

Ya no me queda que perder mas que la vida, y eso me importa muy poco. Ayer fue saqueada mi pobre tienda.

## SEGUNDO CIUDADANO.

¿Por qué la habeis abierto?

## PRIMER CIUDADANO.

Porque es preciso mirar por la vida. Se decia que los que no abrieran sus tiendas se hacian sospechosos, y abrí. En seguida entraron cuatro individuos, tomaron algunos géneros, y me ofrecieron sus firmas como garantía del pago. Yo les pedí que á lo menos me dieran bonos del Estado. Se pusieron furiosos, y me lo rompieron todo. Y como llevaban los cinturones de la fuerza obrera, vengo á pedir satisfaccion al general. Prefiero dirigirme á Galuchet que á Le Vengeur.

## SEGUNDO CIUDADANO.

¿Pensais que mandará que os paguen?

## PRIMER CIUDADANO.

No lo creo mucho... ¡Ah! ¡Bien caras nos cuestan las revoluciones! Pues aquí donde me veis, yo era uno de los que gritaban con mas

valor : ¡ *Viva la Reforma!*... ¡ Qué bestia!...  
¡Cuándo hemos de tener un buen amo que los  
cuelgue á todos y haga resucitar el comercio!

SEGUNDO CIUDADANO.

Tened paciencia. Lo que estamos viendo no  
puede durar mucho. El gran Terror de '93 no  
fue cuestion mas que de diez y ocho meses.

PRIMER CIUDADANO.

¡Muchas gracias! En diez y ocho meses tiene  
uno tiempo de morirse treinta y seis veces, aun-  
que no sea mas que de hambre. ¿Cómo vivís  
vos?

SEGUNDO CIUDADANO.

Yo era prestamista; y oliendo la quema, puse  
mi capital en seguridad en los Estados-Unidos;  
y desde entonces, no temiendo yo nada por na-  
die, me divierto bastante. Ya comprendereis  
que cuando la funcion haya terminado me ale-  
graré haberla visto. Tendré buenas cosas que  
contar, mientras juego mi partida de dominó.  
Vengo aquí por mera curiosidad, porque pasan  
escenas muy chuscas. Ya vereis.

**PRIMER CIUDADANO.**

Presumo que no estais casado.

**SEGUNDO CIUDADANO.**

Solo como una trufa..., y os aseguro que me alegro. Dicen que los gobernantes van á abolir el matrimonio. No se lo apruebo. Sin embargo, es indudable que evitarian muchos trabajos á algunas gentes.

**PRIMER CIUDADANO.**

Verdad es. Tienen algunas ideas que no serian malas.

**SEGUNDO CIUDADANO.**

Ideas verdaderamente filosóficas, señor mío.

**PRIMER CIUDADANO.**

Sí, señor; pero por desgracia las aplican de una manera demasiado brutal. Por ejemplo: yo no censuraria á los gobernantes por la estincion de la nobleza y de la gran propiedad; pero ma-



tar á diestro y siniestro, como lo hacen, humillar á las gentes pacíficas y arruinar el comercio, eso es lo que yo llamo propiamente tiranía.

SEGUNDO CIUDADANO.

¡Chit! Vais á hacer que nos prendan. ¡Ah! Se abre la puerta: empieza la audiencia: tendreis el placer de esponer vuestro asunto á Galuchet, ante la bella Liberia.

PRIMER CIUDADANO.

¡Pero qué! ¿Está ella delante cuando él recibe? ¡Eso es indecente!

SEGUNDO CIUDADANO.

Por lo que toca á las conveniencias, las ~~ha~~ suprimido. Mirad, ahí le teneis.

GALUCHET (*de bata y con el cigarro en la boca*).

Ciudadanos, salud y fraternidad. Sois muy amables en venir á verme, pero os oiré en otra ocasion. Por hoy tengo otros perros que peinar. Los negocios del Estado me abruma. Tomad,

pues, vuestros bastones y vuestros sombreros, y volveos á vuestras casas. Los que tengan prisa, pueden volver la semana que viene. Adios, amigos mios; mil cosas á vuestras mujeres, y ¡viva la social!

*(Se oyen carcajadas en el gabinete.)*

PRIMER CIUDADANO.

General, escuchadme.

GALUCHET.

¿Quieres hacerme el favor de callar y marcharte?

PRIMER CIUDADANO.

Mi tienda ha sido saqueada.

GALUCHET.

¡Vaya una cosa rara!

PRIMER CIUDADANO.

Han sido vuestros soldados los que han cometido ese crimen,

**GALUCHET.**

Es porque tú eres un mal ciudadano. Fuera de aquí, ó te hago prender.

**PRIMER CIUDADANO.**

Yo obtendré justicia.

**GALUCHET.**

Lo que obtendrás será una paliza.

**PRIMER CIUDADANO.**

Se me deben mas de 7,000 francos.

**GALUCHET.**

Que se pague inmediatamente al señor. Le ajusto la cuenta en cincuenta azotes. Sacad al ciudadano.

*(Le sacan.)*

**UNA VIEJA** (*precipitándose hácia Galuchet*).

¡El es! ¡él es! reconozco la fisonomía y la voz de su padre. ¡Hijo mío!

**GALUCHET.**

Buena vieja, está conocido el juego. Son ya mas de una docena de ex-no-sé-qué las que pretenden haberme dado á luz. Concibo muy bien que halague á cualquiera el ser mi madre; pero no es posible que haya yo tenido tantas. Reniego, pues, de ti, aunque seas la verdadera.

*(Continúan las carcajadas.)*

**LA VIEJA.**

Me moriré.

**GALUCHET.**

No te apures por eso; pero vete á morir fuera. Que salga todo el mundo, y pronto. Dejadme que me ocupe de los negocios del Estado. *(Se retira todo el mundo, á escepcion de un anciano.)* ¿Qué es eso, buen viejo, no me has oído?

**EL ANCIANO.**

Tengo cuarenta y cinco años de servicio, he sido herido veinte veces, he asistido á treinta

batallas, y he ganado dos. Yo era teniente general.

GALUCHET.

Sin tratar de ofenderte, buen viejo, he vencido á algunos que valian mas que tú.

EL ANCIANO.

Muchos habia que valian mas que yo. Pero yo no vengo ahora á disputar sobre vuestro mérito ni el mio: vengo solo á dirigiros una súplica. Mi hijo está preso...

GALUCHET.

¿Eres tú el ex-general, Hermann? Tu hijo me ha insultado, y no le verás.

EL ANCIANO.

Os pido perdon para él.

GALUCHET.

Yo no perdono nada á nadie. Márchate.

LIBERIA.

Tengo compasion de ese buen hombre. Déjale que vea á su hijo.

GALUCHET.

No.

LIBERIA.

Yo te lo pido, yo lo quiero; concédeselo por mi amor.

GALUCHET.

¡No puedo menos de amarte! (*Al general.*)  
Pues bien, verás á tu hijo. (*A un ordenanza.*) Di que le den un pase.

EL ANCIANO.

Gracias.

GALUCHET.

No soy yo quien te lo concede: es Liberia.  
Dala á ella las gracias.

EL ANCIANO (*con eficacia*).

Gracias, señora.

(*Se retira.*)

GALUCHET, á Liberia.

No me vuelvas á hacer que sea compasivo, porque es cosa que me apesta. Todos estos pillos de aristócratas no valen una palabra de tu boca. Este mismo, á quien acabas de favorecer, te desprecia.

LIBERIA.

He querido juzgar de mi poder sobre ti. Por lo demas, me rio de él como tú.

GALUCHET.

¡Encantadora! ¡cómo me fascinas!... Vaya, hablemos de política... ¡Eh!... vosotros, venid aquí. (*Entran Chenu, Griffard y Rheto*). Tú no me haces falta, Rheto; anda á tus quehaceres, y á ver si me hilvanas eso bien.

(*Rheto se retira.*)

CHENU.

Hutmillas un poco al amigo Rheto.

GALUCHET.

[. Porque eso me divierte. No me he propuesto otra cosa al tomarle de secretario. Él quería ser ministro, y ahora se acuerda del tiempo en que yo vendía su *Linterna* por las calles. Está enteramente corrido. Decidme, amigos míos, ¿cómo os parece que van las cosas?

CHENU.

No muy bien. La reaccion levanta la cabeza.

LIBERIA.

Me parece que el cónsul se pasa al partido de la clase media.

GRIFFARD.

Eso es evidente.



CHENU.

El pueblo murmura. Dice que la Revolucion no marcha, y que Le Vengeur se duerme.

GALUCHET.

Pues esa es precisamente mi opinion. En la fuerza obrera hay tambien descontento. Se acusa al ministerio de debilidad. Muchos ministros atermentan á los buenos ciudadanos : todos los dias son destituidos algunos de nuestros amigos; y se traman conspiraciones en la ex-guardia nacional.

LIBERIA.

Creo que seria cosa de que Le Vengeur tomase la dictadura.

GALUCHET.

Tú lo has dicho , pichona mia. El cónsul es un abogado , un charlatan, un pedante; y yode-testo á los abogados, á los charlatanes y á los pedantes. Ademias está lleno de preocupaciones; no tiene imaginacion alguna; todas las ideas le asustan; no le ocurre nunca ninguna cosa origi-

nal. En fin, estoy harto de él. Es preciso, como dice ese hablador de Rhetó, que haya una mano firme que maneje el timon de la nave del Estado, y que se nos dé cosa buena.

CHENU.

¡Abajo el cónsul!

GALUCHET.

Ciudadano representante, esa palabra no es parlamentaria.—A propósito, ¿qué haceis en la Convencion desde que se votó la Constitucion?

CHENU.

Tenemos mucho juicio. ¡Vaya! Pequeñas sesiones de dos horas, una ó dos veces á la semana, para votar persecuciones ó sentencias contra los colegas sospechosos. Nada de discursos, nada de ruido, nada de interrupciones, nada de público., En fin, habrá que nombrar mujeres para que se charle un poco.

GRIFFARD.

Tengo gana de ir á ver aquello un día de estos.

CHENU.

No es peligroso, pero no es divertido.

GALUCHET.

Se pasa un rato agradable viendo la gastada fisonomía de los antiguos. A pesar de todos sus esfuerzos, no pueden tomar el paso de la Revolución. Ellos que marchaban los primeros, se admiran de verse ahora siempre tan atrás. Sin embargo, todavía no han visto nada; á lo menos así lo espero. Venid á comer conmigo esta noche; y os leeré lo que le estoy ahora haciendo redactar á Rheto. Son mis ideas sobre el gobierno y el porvenir de la humanidad. Estoy seguro que cuando los exaltados de antes lo lean, no les ha de hacer gracia.

GRIFFARD.

Pues hasta la noche. Voy á ver á Le Vengeur.

GALUCHET.

Pues hazle entender que es preciso marchar

adelante, ¡caramba! (*A Liberia.*) Vamos al bosque. Chenu, ven con nosotros; nos harás reír.

(*Canta.*)

Vamos, vamos á caza,

Vamos, amada mia...

Chenu, estos versos son mejores que los tuyos.

CHENU.

Ya no me ocupo de literatura. Quiero entrar en la Academia como hombre político.

GALUCHET.

Es mejor género. ¡Eh! Fritz, mi levita.

## II.

Plaza pública. En el fondo, una iglesia.

FURON (*agente del gobierno*).

Que se vayan acercando los delegados de los diversos cuerpos del Estado, y me declare cada uno por su turno cuál es su profesion, y á cuántos ciudadanos de la misma profesion representa.

## PRIMER DELEGADO.

Aquí estamos cuatrocientos cajistas, casi todos padres de familia. Se han cerrado las imprentas, y la supresión total de los periódicos nos ha sumido en la mayor miseria. Pedimos que se restablezca la libertad de imprenta. La república sabe muy bien los servicios que la hemos hecho. ¿Querrá dejarnos morir de hambre?

FURON.

Si la república social restableciese la libertad de imprenta, perecería por sus propias manos. ¿Qué cajista hay tan enemigo de la república social y de la humanidad que quiera poner su arte al servicio de los realistas y de los reaccionarios? Semejante traidor no se encuentra ciertamente entre vosotros.

## EL DELEGADO.

Cuando combatíamos por el establecimiento de la república social, pensábamos que no temería la discusión.

FUBON,

No la temo; la desprecio, y obro sin discutir.  
¿Creeis que hay razones sólidas que aducir contra la república social?

EL DELEGADO.

Ciertamente que no.

FURON.

Pues entonces, ¿para qué aducirlas?... A otro.

SEGUNDO DELEGADO.

Somos trescientos maestros de coches y oficiales del mismo arte. Ninguno de nosotros ha trabajado hace cuatro meses, y algunos no han comido en estos dias. Tenemos mujeres é hijos, y pedimos trabajo.

FURON.

La república social no protege las industrias de lujo. Los socialistas son todos iguales,

## SEGUNDO DELEGADO.

Cuando se nos decia que todos seríamos iguales, creíamos que era que todos íbamos á andar en coche.

FURON.

Tal es el dichoso porvenir que nuestra gloriosa Revolucion reserva á la humanidad; pero es preciso destruir ante todo las clases aristocráticas, y que todo el mundo se acostumbre á andar á pie.

## SEGUNDO DELEGADO.

Todos nosotros sabemos muy bien andar á pie; pero el caso es que desde que todo el mundo anda así nos morimos de hambre.

FURON.

¿Por qué en vez de hacer coches no haceis carretas? Sufrid algunas privaciones para expiar vuestras faltas pasadas y merecer dias mejores. A otro.

**TERCER DELEGADO.**

**Yo represento á mil oficiales de nuestro ejército, que todos se han distinguido entre los mas antiguos y celosos socialistas.**

**FURON.**

**Pues bien: ya están cumplidos vuestros votos. Ya teneis establecida la república social.**

**TERCER DELEGADO.**

**Sí, pero estamos amenazados é no vemos mucho tiempo, porque no tenemos pan ni nosotros, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos.**

**FURON.**

**Todos decís lo mismo. Todos pedís pan, todos teneis mujeres é hijos. ¿Por qué teneis tantas mujeres y tantos hijos? Los sastres son insaciables. Demasiado se ha hecho por ellos.**

**TERCER DELEGADO.**

**Mas han hecho ellos por vos, que ellos han sido los que os han dado la revolucion.**



FURON.

Pues entonces de qué se quejan? Las revoluciones se encargan de desnudar á unos cuantos, pero no de vestir á todo el mundo. A otro.

CUARTO DELEGADO.

Yo me presento en nombre de ciento cincuenta ex-comerciantes.

FURON.

Di en nombre de ciento cincuenta explotadores del pueblo.

CUARTO DELEGADO.

Si hemos explotado al pueblo, bien ha tomado la revancha. Nuestros almacenes han sido saqueados, nuestras máquinas destruidas, y nuestros deudores se haa negado á pagarnos lo que nos debían.

FURON.

Estan hecho muy bien, porque todos son criminales.

## CUARTO DELEGADO.

Pues que se nos ponga en la cárcel; no pedimos mas.

FURON.

¡Ya lo creo! porque ahí estaríais alojados y mantenidos sin hacer nada.

QUINTO DELEGADO (con una bandera ~~en la mano~~).

Esta es la bandera de los obreros mecánicos. Se la ha visto constantemente sobre las barricadas. Hemos puesto en ella un crespon negro en memoria, no de nuestros compañeros muertos por la república, sino de los que han muerto después, víctimas de la miseria y del hambre.

FURON.

Esos han muerto por la república, lo mismo que los otros, y haríais muy mal de llorarlos.

Morir por la patria...

QUINTO DELEGADO.

¡Basta! Queremos ejercer nuestro derecho al trabajo.

FURON.

Le ejercereis inmediatamente.

SESTO DELEGADO (*en nombre de otros muchos*).

Nosotros somos los pasamaneros, los bordadores, los quinquilleros, los peluqueros y artistas dramáticos.

FURON.

Deberíais haber buscado otros oficios.

SESTO DELEGADO.

Tal vez; pero ahora creemos que debemos vivir. Tenemos tanto derecho al trabajo como los demas.

FURON.

Indudablemente, y le ejercereis como los demas.

SÉTIMO DELEGADO.

Delegado de los literatos y artistas. Basta con esto para decir las miserias que represento.

FURON.

¿Cómo os llamais?

SÉTIMO DELEGADO.

Lo calle. ¡Ojalá pudiese olvidarlo!

FURON.

¿Por qué?

SÉTIMO DELEGADO.

Porque no quisiera que la posteridad pudiese acusar á la república de haber dejado morir de hambre á un hombre como yo. Me llamo...

FURON.

No lo digas , porque si por casualidad me fueses desconocido, te humillaria. ¿Vivias tú de tu oficio? Porque no todos viváis de él. ¿Cuántos sois aquí?

SÉTIMO DELEGADO.

Entre escritores , pintores y músicos somos

mil y quinientos. Bien ó mal, todos ejercíamos una profesion agradable para el público y para nosotros: éramos el espíritu y el solaz de la nacion.

FURON.

Pues parece que, ó la nacion no tiene ya tanto afan por divertirse, ó que ya ~~no se~~ <sup>no se</sup> ~~divierte~~ <sup>divierte</sup>. ¡Qué quieres, pues, que haga la república?

SÉTIMO DELEGADO.

Quisiera que la república ~~nos~~ <sup>nos</sup> ~~diese~~ <sup>diese</sup> pan, porque está obligada á ello por el interés de su gloria, ó á lo menos por un deber de gratitud. ¿Quién ha hecho por ella ~~mas~~ <sup>mas</sup> ~~que nosotros?~~

FURON.

¿Por dónde ha de estar interesada la gloria de la república en que vosotros hagais canciones, novelas, música y cuadros? Vosotros os ocupáis de todo eso para los ociosos. Ya no hay ociosos, y no servís para nada. El pueblo es serio, y no necesita para nada de vuestros frívolos talentos. Por lo que toca á la gratitud, la república no se la debe á nadie, sino que todo el

mundo la debe á ella respeto, amor y decisi6n. A vosotros os gusta hablar unos con otros; no perdais de vista este principio en vuestras conversaciones. La república, como buena madre, va á proporcionaros trabajo. No maltrateis la mano que os alimenta. (*Levantando la voz, y dirigiéndose á la multitud.*) Ciudadanos, la república social os da á un tiempo todo cuanto podiais desear; pan y trabajo; un pan bien ganado por medio de un trabajo útil. (*Señalando á la iglesia.*) Mirad ese monumento, foco de las supersticiones que el nuevo 6rden viene á abolir, y que muchos de vosotros habiais combatido largo tiempo: la república os hace donaci6n de él. Un decreto del c6nsul os le concede. Vuestro es. Destruidle sin respeto al arte que se esforzó en hermosearle. El arte no es digno de respeto, sino en cuanto él se respeta á sí mismo. Al consagrarse á la superstici6n, se ha hecho digno de la misma suerte que ella. Si, lo que no es posible, llegase á estallar una contrarrevoluci6n, que no encuentre á lo menos esas fortalezas de la inteligencia, de donde se han estendido por el mundo las preocupaciones y la esclavitud. Esos edificios odiosos van á desaparecer del suelo libre que han manchado tanto tiempo. Los mismos que hoy se conservan temporalmente para

suplir á la insuficiencia de las cárceles, no quedarán en pie mucho tiempo. Manos , pues , á la obra. El servicio que vais á prestar á la humanidad será vuestra primera recompensa , y la mas dulce para vuestras almas socialistas.

UN DELEGADO.

¿Cuánto y cuándo se nos pagará?

FURON.

La república sabe muy bien que el obrero ha de vivir de su trabajo. El gobierno ha previsto á eso, abandonándoos la iglesia. Los materiales serán vendidos por vosotros mismos y en provecho vuestro. Piedra, hierro, madera, cuadros y cuantos objetos preciosos podais encontrar en los sepulcros, todo os pertenece. Os dividireis este beneficio mediante una reparticion fraternal. La república no se reserva mas que el bronce y el plomo para hacer cañones y balas. ¡Viva la república! (*Profundo silencio.*) Ese silencio me admira. ¿Es que estoy hablando con ingratos, con realistas ó con jesuitas?

UN DELEGADO.

Es ya demasiado burlarse de nosotros.

OTRO DELEGADO.

Pedimos pan, y nos dan piedras. (*Murmillos.*)

FURON.

El trabajo convertirá esas piedras en pan.

UN DELEGADO.

Si hacemos pan de ellas, nos le robarán. La república está gobernada por ladrones.

OTRO DELEGADO.

Bien queremos demoler la iglesia, pero queremos que se nos pague.

FURON.

¿Y con qué quereis que se os pague, si está vacío el Tesoro?

UN DELEGADO.

La culpa es de los que tienen la llave.



## GRITOS EN LA MULTITUD.

(Entran corriendo.)  
**¡Abajo el gobierno! ¡abajo los ladrones!**

(Entran corriendo.) **FURON.**

Esos gritos son sediciosos. Si continúan, haré disolver la reunión y prender á los culpables.

**UN DELEGADO** (*subiéndose sobre un guardacanton.*)

¡Abajo los ladrones, los insolentes y los traidores! ¡Abajo los criminales que han engañado al pueblo, y que despues que han llegado al poder, no saben mas que insultarnos, diezmarnos y hacernos morir de hambre! Ciudadanos, ¿dejaremos todavía que nos devore esta plaga de langostas? Yo por mi parte prefiero la muerte. (*A Furon.*) Mirame y tómame bien las señas, para entregarme al verdugo en cuanto me prendas. Pero antes de prenderme has de probar del pan que nos da la república.

(*Le tira una piedra.*)

**FUSON.**

¡Me han muerto! ¡Fuego á esa canalla!

*(La escolta de Fuson hace fuego. Caen muchos obreros. Los demas se arrojan sobre los soldados los desarman, y los echan de allí. Fuson es apreado y ahogado.)*

**UN DELEGADO.**

Vamos á hacer barricadas. Puesto que no podemos vivir trabajando, muramos á lo menos combatiendo. Busquemos la libertad aunque sea en el infierno.

**III.**

**En el Este.—Un vivac.**

*(Treinta hombres vestidos y armados de distinta manera están tendidos aquí y allí sobre la paja, ó hablan en corrillos junto á la lumbre. Uno de ellos cuida la marmita. Fusiles, picas y hachas.)*

**UN JOVEN.**

Señores, muchos de los que aquí estamos no

nos hemos visto nunca; pero, á juzgar por los restos de los trajes que ~~traemos~~, la casualidad habria podido reunirnos en un salon lo mismo que en las avanzadas del ejército constitucional. Interin este puede ~~restituirnos~~ lo que le hemos confiado, conozcámonos unos á otros. Mañana ~~apareceremos á los socialistas~~, y si algunos de nosotros caen, los otros sabrán á lo menos qué compañeros han perdido, y podrán dar noticias de ellos.

#### UN ANCIANO.

No es precisamente, señores, por esta razon por lo que voy á deciros quién soy. No hay ya para qué dar á nadie noticias de mí, por la sencilla razon de que no hay quien las reciba. No tengo en el mundo mas parientes que un sobrino que se encuentra entre vosotros. El resto de mi familia ha perecido como mi fortuna. Yo era embajador, y preferiria haber sido cocinero, porque á lo menos tendria la satisfaccion de ofrecer á uno de nuestros antiguos ministros á quien veo aquí, y que me destituyó en 1848, una comida mejor que la que él va á darnos.

#### EL ANTIGÜO MINISTRO.

Perdonad, señor marques. Yo no habia deja-

do de apreciaros infinito; pero la república no podía dejar en su puesto á un servidor tan decidido de la monarquía.

**EL ANTIGUO EMBAJADOR.**

Mi querido ministro, no es reconvengo mas que por una cosa, que es por haberme privado del placer de presentaros mi dimision. Ahora, si me permitís que os lo diga, yo no era un servidor de la monarquía, sino del pais; y esto es sin duda lo que me ha valido vuestra estimacion, con la cual me honro mucho. ¿Estimábais lo mismo al aventurero que me disteis por sucesor?

**EL ANTIGUO MINISTRO.**

Me le impusieron.

**EL ANTIGUO EMBAJADOR.**

Os felicito por no haberle escogido. Pero os felicitaria mucho mas si os hubiérais negado á nombrarle.

**EL ANTIGUO MINISTRO.**

Habia que renovar todo.

**EL ANTIGUO ENBAJADOR.**

Mil gracias. Por vuestra parte lo hicisteis perfectamente.

**UN ANTIGUO PREFECTO.**

Ahora me explico yo por qué fui echado de mi prefectura, despues de quinze años de servicio, por un pille de un abogado que tenia sobre su alma los negocios mas sucios.

**UN ANTIGUO PROPIETARIO.**

Vaya, señor prefecto, me alegro muchísimo de oiros hablar así. Yo era uno de los principales propietarios de vuestro departamento. Tal vez podreis decirme ahora por qué aquel pille que os reemplazó fue tanto tiempo vuestro protegido. A pesar de sus negocios y de su bien sentada reputacion, me le opusisteis constantemente en las elecciones, hasta la época en que, no teniendo él ya mas esperanza que la de un trastorno completo, se hizo decididamente republicano. Por vos ha sido él diputado; por vos ha plagado el distrito de funcionarios á su imagen;

por vos ha perseguido al clero y abreviado los dias de vuestro pobre Obispo. ¿Cómo es que aquel miserable merecia vuestros favores?

EL ANTIGUO PREFECTO.

¿Qué quereis? Yo ya lo conceia; pero ejercia una gran influencia en la clase media, y yo debia preferir un dinástico á un legitimista.

EL ANTIGUO PROPIETARIO.

Hago jueces del hecho á los señores: que digan si eso era una razon.

EL ANTIGUO PREFECTO.

Ya se ve que lo era.

EL ANTIGUO PROPIETARIO.

¿Por dónde?

(*Se acaloran.*)

UN ANTIGUO MAGISTRADO.

Señores, señores; permitid á un ex-consejero

del Tribunal Supremo que ponga término á vuestra diferencia. Hemos aprendido muchas cosas que no sabíamos. El antiguo gobierno cometió sin duda un error al alejar de sí á todos los que eran llamados legitimistas, carlistas, gente religiosa, etc.; pero estos, por su parte, no tenían razon alguna para combatirle. El antiguo gobierno, señores, aunque monárquico, era revolucionario, y aunque revolucionario, era monárquico. Me explicaré: conservaba de la Revolución lo que tiene de bueno, y de la monarquía lo que tiene de esencial.

EL ANTIGUO ENBAJADOR.

¿Qué encontráis de bueno en la Revolución?

EL ANTIGUO MINISTRO.

Y ¿qué encontráis de esencial en la monarquía?

EL ANTIGUO MAGISTRADO.

Nos entenderemos. Doy, ante todo, por sentado que aquí todos somos monárquicos y revolucionarios.

## VOCES DIVERSAS.

—No hay nada de eso.—Yo no soy monárquico.—Yo no soy revolucionario.—Yo soy siempre fiel á la república democrática.—No podemos salvarnos sino por medio del gobierno constitucional.—No hay salvacion sino en el poder absoluto.

## EL ANTIGUO MAGISTRADO.

Señores, señores; á ver si podemos entendernos. Me admira que haya entre vosotros algunos que puedan decir que no son revolucionarios. Sin duda no lo han pensado bien. ¿Hay alguno que quiera renunciar á las gloriosas conquistas de nuestros padres? ¿Quereis todavía el sistema de castas, la opresion del pensamiento y el predominio sacerdotal? Esos son abusos peores que los del socialismo. ¿Cómo habíamos de sufrir, señores, que un sacerdote se mezclase insolentemente en nuestras opiniones filosóficas, y pudiese impedir la manifestacion de tal ó cuál doctrina que le desagradase? ¿Sufriríamos que se nos gobernase sin oir nuestro parecer? ¿Toleraríamos que un hijo heredase honores y empleos de su padre, y que el nacimiento ocupase



el lugar del mérito personal, y fuese [la única aptitud para las funciones públicas? Eso no puede ser.

UN JÓVEN.

Entonces, señor consejero, ¿cómo permitís que un magistrado se mezcle en nuestras opiniones políticas, y que un jurado imbécil prohíba, según su capricho ó su miedo, la manifestación de las ideas que no le agradan? Si debe oírse nuestro parecer para gobernarnos, ¿qué tenemos que decir contra el sufragio universal? Si no debemos tolerar que un hijo herede los honores y empleos de su padre, ni aun siquiera cierta aptitud para los empleos, ¿por qué razón ha de heredar su fortuna, que le da un privilegio de nacimiento completamente inicuo y escandaloso?

EL ANTIGUO MAGISTRADO.

¡Jóven, sacais conclusiones demasiado rígidas. La lógica no gobierna el mundo. A ver si nos entendemos. Hay un medio. Tenemos el derecho de oponernos á la manifestación de las doctrinas anti-sociales, y de hacer respetar las leyes establecidas para la conservación de la

sociedad. Es preciso respetar la libertad ; pero hay que mantener el orden. No seria de ningún modo tolerable que se quitase la palabra á un pensador , á un filósofo, á un publicista , á una opinion bastante fuerte en el pais, para prestar, por ejemplo, una fianza de doscientos mil francos, y para sostener un periódico de ochenta ó cien francos al año. Pero los miserables que publican odiosas hojas sueltas á cuarto , y que envenenan el espíritu del pueblo , no ofrecen las mismas garantías, ni pueden, por lo tanto, tener las mismas libertades que las personas discretas, instruidas, bien educadas y de arraigo, y que ademas están vigiladas por una magistratura inamovible. El sufragio universal es muy malo; pero el censo de doscientos ó trescientos francos seria muy bueno. Los que ejercen el derecho del sufragio teniendo algo que perder , no comprometen nada, y el poder político queda por medio de ellos en manos capaces de usar de él con provecho y tranquilidad. En cuanto á la aptitud creada por la fortuna , si puede parecer injusta, no dura mucho tiempo. Todo el mundo ha podido observar la movilidad casi excesiva de las fortunas. No puede hacérselas mas movibles, sino atacando el derecho archisagrado de la propiedad. Así, pues, entre la

aristocracia, la monarquía de derecho divino, el régimen del privilegio que no queremos, y la demagogia, que tampoco queremos, hay alguna cosa buena, sólida, pura, que es la democracia, ó mas bien, la clase media. Esto es lo que queremos. En este sentido somos revolucionarios. Pero esta democracia necesita estar organizada, necesita un jefe para defenderse, y es preciso que este jefe sea poderoso y hereditario. En este sentido somos monárquicos. De estos dos elementos resulta el gobierno representativo, tal como le hemos practicado y tal como, estoy persuadido de ello, sabremos restablecerle. Aleccionados por nuestros desastres, no haremos ya la guerra como en otro tiempo. Nos uniremos todos contra el enemigo comun. Los propietarios y los antiguos caballeros no harán ya la oposicion al Rey constitucional; los señores prefectos, por su parte, no apoyarán ya á los demagogos, ni á los pillos; protegerán al clero con tal que sea prudente y se mantenga en su puesto, y la magistratura sostendrá el orden conservando la libertad. ¿No estamos perfectamente de acuerdo con todo esto?

#### VOCES DIVERSAS.

Perfectamente...—Pero...—Sin embargo, si...

**EL ANTIGUO MINISTRO.**

Permitidme. Nada de Rey hereditario, si os place; porque entonces al cabo de cierto tiempo vence irremediabilmente el privilegio...

**EL ANTIGUO PREFECTO.**

Sin monarquía hereditaria caeremos irremediabilmente en poder del socialismo y de la demagogia.

**EL ANTIGUO EMBAJADOR.**

Con prensa, cualquiera que sea la ley que la deis, y una cámara, de cualquiera manera que la establezcáis, difícilmente saldreis del paso.

**EL ANTIGUO MAGISTRADO.**

Pero pensad, señor embajador, en lo que vino á parar la monarquía absoluta.

**EL ANTIGUO MINISTRO.**

Y pensad vos, señor consejero, en lo que vino á parar la monarquía constitucional.

**EL ANTIGUO PROPIETARIO.**

Y vos, señor ministro, pensad en lo que vino á parar la república democrática.

**EL ANTIGUO MINISTRO.**

Culpa vuestra ha sido.

**EL ANTIGUO PREFECTO.**

No, vuestra. Pues qué, ¿no hemos llenado los empleos públicos de imbéciles y de bribones?

**EL ANTIGUO PROPIETARIO.**

Si ellos lo hicieron, vos no lo impedísteis.

**EL ANTIGUO MINISTRO** (*al antiguo prefecto*).

Esplicaos, caballero.

**EL ANTIGUO PREFECTO** (*al antiguo ministro*).

Caballero, cuando queráis. (*Al antiguo propietario.*) Y vos, ¿qué quereis decir, caballero?

*(Ruido, gritos, hablan con violencia: se dividen unos y otros, y muy pronto empiezan á disputar. El antiguo ministro va de grupo en grupo para restablecer la paz.)*

UN ANTIGUO MAGISTRADO.

Señores, señores; á ver si nos entendemos.  
*(Por ir de prisa, tira la marmita. Silencio.)*

UN JÓVEN.

Señores, ya hemos comido. La comida está en la ceniza. ¡Ojalá que esta desgracia comun sirva mas que otras muchas para restablecer la armonía entre nosotros. Si permitís á un jóven que levante su voz delante de tantos sabios, os hará observar que no tiene nada de estraño que los socialistas nos hayan batido tantas veces hasta ahora, porque no están divididos como lo estamos nosotros. Se anuncia una batalla para mañana. No me importará nada perecer en ella. ¿Qué haríamos si venciésemos? Desde ahora os prevengo que si escapo de ella, deserto y me voy al Oeste á ponerme á las órdenes de Valentin de Lavaur. Allí, á lo menos, sabe uno por qué se bate y por qué muere. Vosotros no lo sabeis.

Vosotros sois los que habeis perdido la patria. Vosotros habeis sido egoistas en el poder y sediciosos en la oposicion; habeis estado siempre en rebelion contra la ley de la lealtad y de la obediencia, que era la única que podia salvar la humanidad. Yo os maldeciria si no tuviese, como vosotros, la muerte delante de mí.

## IV.

En el Norte.—Un caserio.

*(Gritos y llantos en la casa. Ábrese la puerta, y salen unas mujeres desoladas, llevando unos niños de la mano. Un hombre de cuarenta años las sigue, pálido y con los vestidos desgarrados. Va sosteniendo á un anciano casi moribundo. Le acompaña un muchacho. Aparecen en las ventanas muchos aldeanos con botellas y vasos.)*

UN ALDEANO (en la ventana.)

Buen viaje, Sres. Gervais. Vuestro vinillo es bastante bueno. Id tranquilos, que ya cuidaremos las viñas.

JUANA GERVAIS.

Ladrones, temed á Dios.

GERVAIS.

Calla, Juana; que no oigan esos bandidos nuestras quejas.

SEGUNDO ALDEANO.

¡Dios dice! Ya no hay Dios, buena mujer. Ha sido suprimido por decreto de la república social.

PRIMER ALDEANO.

Dios es el sol. Ese es el que es justo. Ese es el que nos da mas á unos que á otros. Lo mismo brillará sobre todos los campos ahora que son nuestros, que cuando eran tuyos.

SEGUNDO ALDEANO.

Oye, Juana, pregúntale al padre de tu marido lo que opina de Dios. Si tú no sabes por que



era nueva la iglesia que acabamos de derribar, él lo sabe.

PRIMER ALDEANO.

¡Ya lo creo! como que él había derribado la otra. En la cuadra de sus cerdos encontrarás todavía los mármoles del altar.

*(Las mujeres bajan la cabeza llorando.)*

GERVAIS *(en voz baja)*.

¡Que no tenga yo ahora mi fusil!

SEGUNDO ALDEANO.

Y el caserío, ¿de quién era? De los frailes. ¿Cuánto le costó á él? Lo que nos cuesta á nosotros.

PRIMER ALDEANO.

Nosotros repartimos como buenos hermanos. Él se lo tomó todo para sí.

EL ANCIANO GERVAIS.

Yo pagué la tierra, pero no había pagado el crimen: ahora le pago. Vosotros pagareis el

vuestro, y muy pronto. (*A su hijo.*) Gervais, llévame allí sobre aquel estiércol.

GERVAIS.

¿Para qué, padre mio?

EL ANCIANO GERSAIS.

Allí fue donde murió el prior, de tanta edad como tengo yo ahora. Yo me reía de él en esa ventana con la botella en la mano, mientras él agonizaba en el estiércol. Me dijo que yo iría allí á mi vez. Llévame, pues, allá.

GERVAIS.

No, padre mio, no.

EL ANCIANO GERSAIS.

Pues entonces iré yo solo.

(*Se dirige vacilando hácia el monton de estiércol, llega á él, cae, y muere con la mano estendida hácia la casa. Se cierran las ventanas.*)

GERVAIS (*á su hijo*).

Escucha, hijo mio. Ya lo ves: han muerto á tu abuelo. Además, me quitan mi casa. Éramos los mas acomodados del pueblo, y ahora estamos reducidos á la miseria. Yo me voy á llevar á las mujeres. Tú te quedarás aquí: te esconderás por ahí entre los árboles, y volverás á la noche. Todavía entonces se estarán bebiendo nuestro vino. Esperarás á que estén todos borrachos, y entrarás entonces. Sin dejar que sospechen nada, cerrarás todas las puertas con llave..., y luego irás á la granja, al granero, á la cuadra, al establo.

## EL JÓVEN GERVAIS.

Y prenderé fuego á todo, ¿no es verdad?... Sí, padre..., y se le prenderé tambien á los molinos de viento; y abriré además la esclusa para que no tengan agua, y cortaré la cuerda del pozo, y soltaré los perros á los que se escapen. Y si quieres esperarme en Quatre-Ormes, te llevaré un fusil para que puedas matar á las gentes de Bromell cuando vengán en toda su pompa.

## V.

En el Oeste.—Una aldea.

*(Benito y su mujer sentados en un banco en el umbral de la puerta de su casa. La pared está tapizada por una parra y un rosal lleno de flores. Dan las cuatro en el reloj de la torre.)*

BENITO.

Vamos, mujer; ya ha llegado la hora. Nuestra gente va á reunirse aquí para ir á la iglesia, y allí te dejaré. Ve á buscar al niño, que quiero darle otro beso.

MARGARITA.

Mi amado Benito... *(Llora.)*

BENITO.

Mi corazon no está ya tan alegre. No me entenezcas mas. Nuestra gente me ha elegido por jefe, y debo darla ejemplo, tanto aquí como en el combate. *(Margarita le abraza y solloza.)* Po-

bre mujer mia , mira aquí sobre mi pecho, ahí donde posas tu frente, la cruz que me bordaste: es la cruz del Redentor. Él era inocente, y dió su vida por salvar á los culpables. Nosotros no somos inocentes, y esponemos nuestra existencia por salvarnos á nosotros mismos.

MARGARITA.

¿No se acabará esta guerra? Ya has sido herido; ya has cumplido con tu obligacion.

BENITO.

Habría cumplido con mi obligacion si estuviese imposibilitado de combatir, ó si el país hubiese sido ya libertado. ¿Quieres tú que deje yo que los demas se sacrifiquen por mí? Todos nos defienden á nosotros como yo los defiendiendo á ellos. Si no tomamos las armas, nuestros pueblos serán invadidos, nuestras iglesias saqueadas, y nuestros sacerdotes asesinados. El que esto sufriese, ¿seria cristiano, seria hombre si quiera?

MARGARITA.

¡Ay! Conozco que tienes razón, pero soy muy desgraciada.

**BENITO.**

Y lo serias todavía mas si, no dando oídos mas que á tu dolor, murmurases demasiado contra las pruebas que Dios nos envia. Asegúrate su misericordia con tu resignacion. Haz lo que el niño cuando nos ve enfadados. Se va acercando poco á poco, y nos besa la mano. ¿Qué cólera hay que pueda sesterse contra su sumision?

**MARGARITA.**

¡Pobrecito! ¿Volverá á ver á su padre?

**BENITO.**

Hazle conocer á su Padre que está en el cielo, porque este no le faltará jamás y le tendrá en cuenta mi sacrificio. Luego que el niño pueda entenderlo, le dirás: «Hijo, tu padre ha muerto como valiente por la Religion.» No le digas mas que esto, porque lo demas no vale la pena. Le pondrás al cuello la cruz que traje de la última batalla teñida con mi sangre. Tan bien, ó mejor que mi fusil, defenderá esa cruz su patrimonio, y le enseñará sus deberes tan bien co-

mo yo mismo. Mi retrato tal como estaré en el cielo, con los brazos levantados á Dios para atraer sobre vosotros la abundancia de todas las bendiciones...

MARGARITA.

¡Ah! no te volveré á ver.

BENITO.

¿Por qué? Dios nos protege en la guerra como en todas partes, y en ella tambien, como en todas partes, solo se cumple su santísima voluntad. Piensa, mi querida Margarita, en la eternidad, donde nos reuniremos para siempre, lejos de las miserias de este bajo mundo. Ciertamente tú no creías haberte casado con un soldado, y es duro pensar que un pacífico labrador se vea espuesto á morir de un sablazo ó de una bala. Pero, ¿qué importa? Por no ser soldado, ¿era yo menos mortal? Cuando nos casamos, estaban contados mis dias lo mismo que hoy. Ya sabíamos que los velos benditos del dia de la boda nos habian de servir un dia de sudario. ¡Animo! ¡esperanza! ¡ánimo! Si triunfamos, la Religión será restablecida en todas partes, y no

se dirá una sola misa, ni se hará un acto público de adoración que Dios no nos agradezca á nosotros: no se salvará un alma que no nos dé gloria eternamente... ¡Gran Dios! cualesquiera que sean mis trabajos, que puedan merecerme la dicha de veros un instante. ¡Y nos veremos siempre, siempre!

MARGARITA.

Cualquiera pensaría que ibas á una fiesta... Si conociese menos el amor que me tienes, diría que eras feliz.

BENITO.

Y lo soy. Parece que es otra la sangre de mis venas desde que ha corrido por Dios: siente una especie de desco de derramarse. En medio de mis aflicciones experimento una felicidad que me admira. Lejos de mi hijo, lejos de ti, con la muerte siempre delante, mi corazón (¿quién me lo había de decir?) lleno de vosotros palpita de contento, pensando que Dios me mira y que sabe que estoy ahí por su causa. Entonces no siento ya ni fatiga ni tristeza. Avanzaría hácia la metralla con el mismo paso y con el mismo corazón con que después de estar trabajando todo



el dia me andaba dos leguas de camino para verte un instante en casa de tu padre. ¿Qué puede inquietarme á mí? Dios no acostumbra á abandonar á la viuda y al huérfano... Ese pobre niño... anda á buscarle... Cuida de no despertar á mi padre. (*Margarita entra en la casa. Bellito la llama.*) Sin embargo, Margarita, si está el niño durmiendo... Pero no, anda; si duerme, despiértale. Quiero darle un beso. (*Solo.*) Vamos á tener buen tiempo. Nuestras revoluciones no producen trastorno alguno por allá arriba... Esos insensatos no creen en Dios porque les da sol y frutos mientras blasfeman. Yo os bendigo, Dios mio, porque me habeis enseñado que sois el Criador y el justo dispensador de todas las cosas. Los que lo ignoran, padecen como nosotros, pero no tienen ni el consuelo de la esperanza, ni la alegría del arrepentimiento, ni la felicidad del sacrificio. Sí, Dios mio; consiento con alegría en morir por Vos. Sé que escribiré con mi propia sangre mi nombre en el libro de la vida, y que veré vuestras maravillas. Vos colocareis vuestro ángel en el umbral del paraíso que me dísteis en la tierra; y si os place que vuelva yo á él, me abrirá él mismo la puerta que no habrá insultado el pie del enemigo. (*Toma su fusil, que estaba apoyado en la pared.*)

*coge una flor del rosal.*) No planté este rosal el día de mi casamiento: me ha dado menos flores que días felices me ha dado Margarita. Adios rosa!, parra, hijo y esposa. Adios para siempre, si es preciso. No érais míos, amados tesoros. No me habíais sido sino prestados, como la vida, y no disputo contra el único dueño sobre el día en que le plazca quitármelo todo. *(Vuelve á aparecer Margarita con un hermoso niño en los brazos. Benito le toma, le estrecha junto á su corazón, y en seguida le levanta hácia el cielo.)* ¡Gran Dios! se apoderarian de este niño, le llevarían á sus escuelas, le enseñarian á blasfemar tu adorable nombre, á despreciar las santas leyes, á jugar con la vida de sus hermanos, á reir de la sangre derramada... No, Dios justo, no lo permitirás. Guarda Tú á mi hijo; arrebatáales esta presa; y si no basta mi sangre para salvar su alma, toma tambien la suya. Entrégale si quieres á sus verdugos, pero líbrale de sus doctores; que no le enseñen los impíos; que lo aplasten primero bajo los pies de sus doctores.

MARGARITA.

¿Qué estás diciendo? *(Vuelve á tomar el niño.)*

BENITO.

Digo que no hay mas que una desgracia en

este mundo, que es el ofender á Dios: digo que vale mas mil veces que nuestro hijo y nosotros mismos vivamos sujetos á todas las miserias, y muramos en los mayores tormentos, que no que dejemos de ser cristianos. Escucha, mujer mia, porque este es tal vez mi último deseo y mi testamento. Si fuésemos vencidos, si llegases á oír decir que iban á venir los socialistas, abra el *Flos Sanctorum*, póstrate ante el Crucifijo, piensa en mí, piensa en la eternidad, y lee la vida de Santa Apolonia y la de San Ciro. Allí aprenderás o que has de hacer, y lo que esperan de ti mi confianza y mi amor... (*Aparece un anciano en el umbral de la casa.*) Mi padre...

#### EL ANCIANO.

Parte sin temor. No todas las armas ni todos los corazones se van de la aldea con vosotros. Si vienen los socialistas, encontrarás aquí mas ruinas que casas, y mas cadáveres que habitantes. Aunque lleguen á ser vencedores, no nos vencerán á nosotros. Podrán hacer caer nuestras cabezas, pero estas no se doblarán jamás ante sus infames leyes; no se inclinarán sino para dejar que el alma se eleve juntamente con la sangre hacia el cielo. Yo he visto torrentes de sangre

inundar nuestros pacíficos campos. La rabia de los verdugos no ha podido, sin embargo, derramarla bastante para sumergir en ella la Cruz. Cuanto mas subia la sangre, mas subia la Cruz. Víctimas y verdugos la veían siempre sobre sus cabezas, dulce para los mártires, terrible para los perseguidores. Ve á pelear, ve á morir. Tu padre ha peleado, tu abuelo y tus tíos murieron, y tu madre puso sobre tu cuna una Cruz formada de espigas y de flores cogidas en los campos en que yo los enterré. Tú eres de la sangre de los Santos. Vivo ó muerto, oirás el grito de triunfo de los Santos. Una voz que conmueve el corazón mas deliciosamente que la sonrisa de la esposa, y que la primera palabra del primer hijo, resonará desde lo mas alto de los cielos hasta las entrañas de la tierra, diciendo: «¡Victoria, victoria, victoria eterna á la Cruz!»

*(Los aldeanos, que se habian ido reuniendo mientras hablaba el anciano, y que le habian escuchado silenciosamente, esclaman á una voz: ¡Victoria á la Cruz!)*

#### EL CURA.

Hijos míos, el señor vicario no está aun restablecido de su herida para poder marchar con

vosotros. Yo le reemplazaré. Marchemos. Yo soy viejo, pero vosotros sois robustos, y aunque la marcha sea larga, ya encontraré entre vosotros uno que me dé el brazo... Vamos, hijos míos, á alimentarnos con el pan de los fuertes, y no pensemos luego más que en cumplir nuestro deber. Yo soy sacerdote; soy viejo, y conozco las cosas de la vida. Os digo con toda sinceridad que Dios os ama y que sois felices. Venid con corazón tranquilo á recibir el cuerpo de Jesucristo que guardará vuestras almas para la vida eterna.

*(Entona el cura el Salmo In exitu Israel, y se dirigen todos en procesion á la iglesia.)*

## VI.

### El gabinete del cónsul,

#### EL CÓNsul.

Vaya, ¿qué noticias tenemos?

#### EL SECRETARIO.

Bastante buenas. Se han muerto algunos centenares de rebeldes, y se han volado tres casas.

La insurreccion no domina ya mas que en un barrio.

EL CÓNSUL.

Y por fin, ¿qué es lo que quieren?

EL SECRETARIO.

Lo que es mas imposible darles; pan.

EL CÓNSUL.

¿Se han cogido algunos papeles?

EL SECRETARIO.

Probablemente, pero la cuestión es que el prefecto de policía quiera enseñarnoslos, porque yo no estoy muy seguro de él.

EL CÓNSUL.

Ni yo tampoco. Estoy rodeado de traidores.

EL SECRETARIO.

Hay que tener cuidado con Baisemain.

## EL CÓNSUL.

Sí, pero no mas que con sus compañeros. Casi todos ellos conspiran, cada uno por cuenta de los demas y por la suya en particular. ¡Misera-  
bles, que los saqué yo del lodó, y que los mas  
ilustres de ellos no habrian sido juzgados dignos  
hace seis meses de ser escribientes!

## EL SECRETARIO.

Por fortuna, Le Vengeur permanece fiel.

## EL CÓNSUL.

Pues es al que mas temo, porque tiene la fuer-  
za en la mano, y al mismo tiempo que me sirve,  
evita comprometerse. Ignoro lo que quiere, y es  
capaz de todo.

## EL SECRETARIO.

Pues si le temes, hay que hacerle juzgar...  
por sorpresa.

EL CONSUL.

Me repugnan esos medios. Y además, ¿cómo apoderarse de él, estando entre los bandidos que le rodean y que ha fanatizado? Aquí nadie, quien quiera, ni quien se atreva tampoco á echarle mano. Es el ídolo de mis propios guardias.

EL SECRETARIO.

¿Quieres que tanteé á Galuchet?

EL CONSUL.

No. Si Le Vengeur llegase á concebir alguna sospecha, no tendría mis escrúpulos. Y además, ¿qué he de hacer yo sin él? Todos los días corre la sangre por la ciudad, y correría mucho más, y correría á torrentes, y me arrastraría á mí en pocas horas, si desapareciese ese hombre de hierro.

EL SECRETARIO.

Entre tanto hay que pasar por todos sus caprichos. ¡Qué de cosas funestas y absurdas nos



ha impuesto! Te llaman el dictador, y es culpa de él.

EL CÓNSUL.

No me lo digas: harto lo sé. No tengo mas medio de evitar mayores atrocidades, que ceder.

EL SECRETARIO.

Sí, pero á fuerza de ceder, nos perderemos. Yo en tu lugar, ó arriesgaria la partida, ó levantaria el campo.

EL CÓNSUL.

Si estuvieras en mi puesto, pensarías de otro modo. A mí me pasan cosas singulares. Me apego á este poder, que es una ignominiosa esclavitud, y tengo compasion de ese pueblo insensato que ya me aborrece, y que á la primera ocasion puede llevarme á la muerte por esas calles con gritos de alegría. Yo quisiera darle la paz, quisiera impedir que se despedazase él mismo, quisiera darle pan. Desde que tengo tantas vidas en mis manos, el sentimiento de la responsabilidad pesa sobre mí con una fuerza que me abruma.

**EL SECRETARIO.****Me admireis.****EL CONSUL.**

**Yo mismo no puedo comprendérme. ¿De dónde me vienen estas angustias que yo no había previsto, y que los demás no conocen? Si lo que he hecho ha sido malo, ¿cómo no lo he conocido? Y si no ha habido en ello nada de bueno ni de malo, si no ha habido mas que voluntades legítimas, a qué he obedecido legítimamente, ¿por qué esta turbacion de mi corazon? Se ha apagado mi energía revolucionaria. No puedo ver esas destrucciones sin motivo, sin fin, sin que mi alma se vea atormentada de remordimientos. No no había nacido yo para obras de esta clase.**

**EL SECRETARIO.**

**Permíteme que te diga que te aperçibes de ello un poco demasiado tarde.**

**EL CONSUL.**

**¡Ay! ¡qué razon tienes! y lo mejor que puedo**

hacer es no perder el tiempo en quejarme. ¿Qué se dice en los barrios míos?

EL SECRETARIO.

Allí se mueren de hambre en silencio, y sufren todas sus estorsiones con una resignación inconcebible y estúpida. El desarme está casi terminado, aunque, según tus deseos, he procurado que no fuese demasiado riguroso.

EL CÓNSUL.

¿No habla de mí la gente de la clase media?

EL SECRETARIO.

Los más inteligentes no te son hostiles. Si pudiésemos ganar tiempo, conseguiríamos ponerlos de tu parte. (*Se rie.*)

EL CÓNSUL.

¿Qué motivo de risa encuentras en eso?

EL SECRETARIO.

Perdóname, pero no puedo menos de reirme

cuando pienso que esa buena gente que ha abandonado al último Rey, y después de ella todos los moderados, acabará por echarse á la calle para defenderte.

### EL CONSUL.

Yo soy la última esperanza.

### EL SECRETARIO.

A fe mía que, en mi juicio, ni el orden ni la libertad tienen esperanza alguna hace mucho tiempo. Todo está ardiendo. Es imposible el gobierno con imbéciles que no saben lo que quieren, y con pillos que no quieren mas que el mal. Si la clase media te estima un dia, te abandonará al siguiente, como ha abandonado á los demas. Y aun sostenido por ella y de acuerdo con ella, ¿qué harás? ¿A dónde irás? Por todas partes está cerrado el camino. Por todas partes se encuentran cosas que son al mismo tiempo indispensables é imposibles. ¿No conoces la falta de un instrumento universal, de una fuerza superior é indefinida, sin la cual no hay nada posible? ¿Cuál es ese instrumento, cuál es esa fuerza que hace gobernables á los pueblos? No podemos pa-

samos sin ella, y no sabemos dónde encontrarla, ni aun siquiera sabemos bien cuál es.

EL CÓNSUL.

Bien podría ser que fuese la Religión.

EL SECRETARIO.

Posible es, pero lo cierto es que es la vida.

EL CÓNSUL.

Valentin de Lavatur es más feliz que yo. En su campo reina la disciplina, y el pueblo que ha insurreccionado contra nosotros le bendice.

EL SECRETARIO.

Allí está la última esperanza del orden; pero esa esperanza será muy pronto destruida por nosotros mismos, porque él no encontrará en el siglo en que vivimos bastantes cristianos para resistir á las legiones de demonios que por todas partes se levantan.

EL CÓNSUL.

¡Desgraciada sociedad! Está condenada á la destrucción.

EL SECRETARIO.

Ese resultado no me desagrada; y, francamente, podremos gloriarnos de no haberlo impedido; pero pagaremos nuestra parte de daños.  
(*Entra un oficial.*)

EL OFICIAL.

Ciudadano consul, he visto deshacer la última barricada.

EL CÓNSUL.

¿Se han hecho prisioneros?

EL OFICIAL.

Unas cuantas docenas.

EL CÓNSUL.

Serán deportados.

**EL SECRETARIO.**

¿A dónde? No hay medios de transporte, y los pontones están rebotando.

**EL CÓNSUL.**

Que se los ponga en cárcel.

**EL SECRETARIO.**

Las cárceles están atestadas... Para unas cuantas docenas solamente, bien puedes mandar ponerlos en libertad.

**EL CÓNSUL.**

Corriente. Escribe.

**EL OFICIAL.**

Ciudadano secretario, no vale la pena de que gastes tu tinta. Esos prisioneros quedarán esta noche colocados y tranquilos... pues el general Galuchet los ha hecho fusilar.

EL CÓNSUL.

¿Cómo?

EL OFICIAL.

¿Cómo? Fusilándolos. Te encuentro demasiado compasivo para unos canallas de rebeldes que nos han hecho fuego.

EL SECRETARIO (*sacando una pistola del bolsillo*).

Insultas al cónsul. Si no fuese por consideracion á tu general, te levantaria la tapa de los sesos. (*Toca la campanilla: aparecen dos guardias.*) Poned á ese hombre en un calabozo.

EL OFICIAL.

¡Vaya una libertad! ¡Pillos de abogados!  
(*Se le llevan.*)

EL CÓNSUL.

¡Qué vida, qué escenas! Esas ejecuciones escitarán al pueblo contra mí. Galachet no hubiera tomado sobre sí el mandarlo. Eso es cosa de Le Vengeur.



EL SECRETARIO.

La clase media te lo agradecerá. Es afecta á la fuerza.

EL CONSUL.

¿Y á cuántos de esos infelices ha hecho fusilar?

EL SECRETARIO.

Nada; unos cincuenta.

EL CONSUL.

No puedo acostumbrarme á ese desprecio de la vida humana. ¿Quién hubiera creído tanta ferocidad en un pueblo en otro tiempo tan pacífico?

EL SECRETARIO.

Me recuerdas una frase que leí en el viejo *Bonald*, cuando redactaba yo periódicos conservadores. «Ningun pueblo, dice, está tan cerca de tener costumbres feroces, como el que tiene costumbres voluptuosas.» Es muy fuerte ese *Bonald*.

UN PORTERO.

Ciudadano cónsul, los ministros te esperan.

EL SECRETARIO.

Dame licencia por algunas horas.

EL CÓNSUL.

¡A dónde vas? Sabes que á cada instante te necesito, y que es preciso que á lo menos sepa dónde estás.

EL SECRETARIO.

Voy yo tambien á celebrar mi consejo. Tengo que dar mi parecer sobre un traje de primera bailarina.

EL CÓNSUL.

¡Bonito papel! Esos son los cuidados que tú te tomas.

EL SECRETARIO.

No me critiques por eso. Las bailarinas no me impiden conspirar. Busca otra cosa que pue-

da ligar mejor á la Revolucion á un hombre que ha leído *Los Padres de la Iglesia*.

## VII.

**La sala del Consejo.**

**EL CÓNSUL.**

Ciudadanos, la insurreccion está completamente vencida. Es la octava de que triunfa la república social desde su glorioso advenimiento.

**EL MINISTRO DEL INTERIOR.**

Es la duodécima.

**EL CÓNSUL.**

¡Doce victorias en cuatro meses! Este hecho prueba la energía con que el gobierno que hemos fundado sabrá defenderse contra las facciones. Prueba asimismo el asentimiento del país, puesto que, atacados siempre por los enemigos eternos de toda libertad, quedamos siempre vencedores. Esta vez ha costado poco la victoria. Sin perjuicio de usar una justa severidad,

el general Galuchet ha sabido no multiplicar demasiado las víctimas.

EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Ha fusilado ciento.

E MINISTRO DEL INTERIOR.

Pero ha dejado escapar muchos.

EL CÓNSUL.

No le censuro ni por su rigor, ni por su humanidad. Hacia falta una leccion, se le ha dado, y será provechosa. Es indispensable que los facciosos de todos colores queden esterminados ó aterrados. El imperio de la idea solo se conquista á ese precio.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

No se funda sino sobre sangre. Sepamos elevarnos á la altura de nuestra sagrada mision social.

## EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Pido formalmente que se piense un poco menos en matar y un poco mas en civilizar. Nos dejamos arrastrar por los antiguos festines, no desarrollamos mas que el miedo, y es preciso desarrollar el amor. Esto es positivo, es evidente, porque...

## EL CÓNSUL.

No interrumpas el orden de las deliberaciones. Hablarás cuando te toque.

## EL MINISTRO DEL PROGRESO.

No se me deja hablar. El ministro del Progreso, que debia ser en cierto modo el que dirigiese las deliberaciones del Consejo, no tiene nunca la palabra sino en el momento de levantarse la sesion. El pueblo murmura, y pregunta qué hago yo.

## EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Diles que haces el amor.

## EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Ese es un chiste muy necio.

## EL CÓNSUL.

¡Silencio! El ministro del Interior me propondrá las medidas necesarias para robustecer el estado de sitio y asegurar la tranquilidad pública. El ministro de Negocios extranjeros tiene la palabra sobre el estado de su departamento.

## EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Ciudadanos: no tenemos enviados mas que cerca de los gobiernos insurreccionales. No todos han sido bien recibidos. Sus sentimientos no pueden ser mejores, pero en general carecen de capacidad ó de prudencia. Muchos ignoran la lengua del pais en que están acreditados, y los que la conocen predicán ideas demasiado avanzadas. Uno solo se ha manifestado lleno de habilidad y de prudencia: es el hábil Friloupin, cuyos servicios democráticos conoceis. Desgraciadamente le arrastra la pasión del juego...

EL CÓNSUL.

¿Y qué?

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Ha tenido una desgracia.

EL CÓNSUL.

¿Ha perdido mucho?

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

No, ha ganado mucho; pero nos le envían.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

¡Es una calumnia! Friloupin es un antiguo compañero mio: hemos estado de pasantes en un mismo colegio, y respondo de él como de mí mismo.

EL CÓNSUL (*aparte*).

¡Buen fiador se ha echado!—El ciudadano Friloupin será reconvenido, y le colocaremos en otra parte.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

El personal diplomático exige grandes reformas ó grandes cambios. Ha sido escogido entre los escritores y oradores, y es escesivamente ignorante. Además sus costumbres no corresponden á lo que se espera de la austeridad republicana.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Pues qué, ¿quieres que vayan á confesarse?

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Además comprometen los secretos de la república.

**EL CÓNSUL.**

Yo proveeré.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Ten cuidado con los intrigantes.

**EL CÓNSUL.**

Tiene la palabra el ministro de Marina.



**EL MINISTRO DE MARINA.**

- No tengo nada importante que comunicaros. El anciano almirante Guillaume, convicto de incivismo, ha sido ejecutado por sentencia de la nueva comisión marcial, establecida para espurgar los cuadros de la Marina. Dos vicealmirantes, tres capitanes de navío y muchos antiguos oficiales se hallan procesados por el mismo crimen. La comisión funciona con energía y actividad. Los nuevos oficiales elegidos por sus compañeros dan pruebas de un ardor republicano que no deja nada que desear. Sin embargo, continúa manifestándose el espíritu de insurrección en muchos buques. Yo propongo que se envíen a ellos destacamentos de la fuerza obrera...

**EL CÓNSUL.**

Se habla de un siniestro.

**EL MINISTRO DE MARINA.**

Sí; el ciudadano Canero, que tan decidido se mostró por la causa social bajo la ex-tiranía, ha tenido una desgracia. Al entrar en el puerto, des-

pues de una pequeña escursion por la costa, ha perdido su buque. Sin embargo, la capacidad de Canero es tan incontestable como su cinismo. Yo le conozco bien: fue colaborador mio en el *Brulot*, y debe su empleo al sufragio universal.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Pero, á pesar de ello, ha perdido su buque. Pido que Canero sea juzgado.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Pido que el ministro de Negocios extranjeros, que se hace aquí el acusador de los mejores ciudadanos, y que no oculta sus tendencias moderatistas, sea igualmente procesado.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

¡Ojalá que mis compañeros me libren de su compañía! Lo mismo me da servir á la república en sus prisiones que en sus consejos.

(*Muchos ministros se levantan con impetuosidad é interpelan al ministro de Negocios extranjeros, enseñándole los puños. Otros se ponen por medio.*)

## EL CÓNSUL.

Calma en nombre de la patria. Tiene la palabra el ministro de la Guerra.

## EL MINISTRO DE LA GUERRA.

Ciudadanos, no puedo deciros que la cosa vaya entre nosotros como en ruedas, sino que vamos como sobre el agua, es decir, no muy bien, para ser franco y sincero. Todos los días quitamos la mala yerba, y á la simple vista se la ve erocer de nuevo. Si esto es bueno por un lado, es bastante malo por otro. Es bueno para la libertad y para la igualdad, y para los que mortificaban al soldado; es malo para la disciplina, porque no hay para qué ocultarlo. Figuraos un sargento, un cabo, un soldado que asciende de un golpe á teniente, á capitán ó á comandante. Parecia natural que estuviera satisfecho. Pues nada de eso. Quieren todos ser coroneles ó generales, y ¡diablos! no hay para todos. Pero no importa, quieren serlo á todo trance. Y como la eleccion para los grados superiores pertenece al gobierno, todos los que no sirven para nada empiezan á criticar, y dicen que el ministro come-

te injusticias. ¿Y el soldado? ¿Creeis que está contento con nombrar él sus jefes? Sí, esto por el momento le halaga, porque los pretendientes los convidan, gratifican y adulan para ganar votos, pero al dia siguiente los mandan á paseo, no los respetan ya, y los desprecian. Los regimientos se van echando á perder simultáneamente: esto es ya peor que una Guardia nacional. De la desercion no me atrevo á hablar siquiera. Hay compañías que acaban en un dia, y batallones enteros que desaparecen. ¡Buen ejército! Todos los dias les envio proclamas, y no quiero leerlos las canciones que me envian en respuesta con el aire de *Márchate á ver si vienen*. Las cartas de sus padres y parientes son tambien una gran causa de desercion. Unos les dicen: «Ven á defender nuestro campo.» Otros: «Ven á apoderarte del campo del vecino.» Desertan de dos en dos para defenderse con sus fusiles cuando lleguen. ¿Quereis conservar el ejército? Pues prohibid al soldado que siga correspondencia con su familia... Pero esto se acomoda mal á la declaracion de los derechos del hombre. Otra desgracia. El soldado no está pagado. Eso aun es poco: no está mantenido. El servicio de las subsistencias, ya tan célebre, está completamente trastornado. Los antiguos

contratistas eran unos zorros; los que los han reemplazado son unos vampiros. No niego sus virtudes cívicas, porque todos ó casi todos presiden por lo menos un club; pero desafío á que se encuentren otros semejantes aunque sea en el Plata. Yo hago cuanto puedo por vigilarlos; pero cuanto mas trabajo para evitar sus picardías, mas se multiplican. Ellos se escapan del castigo, y nosotros no podemos escaparnos de sus venenos. El ejército no consume mas que carnes podridas, vinos falsificados y harinas averiadas. Esos judíos nos suministran zapatos de yesca y uniformes de telaraña. Hay regimientos que tienen la mitad de los soldados en el hospital, donde los acaban ciertos llamados medicamentos, preparados por otros pillos. Yo me consumo al ver tanto robo, y no poder poner remedio alguno. Todas las noches oigo á mis compañeros decirme que pierdo el ejército y que los hago morir. Esto es ya mucho para mí, es demasiado... Ciudadano cónsul, despues de haberlo pensado bien, te presento mi dimision. Tú te has engañado, y yo tambien, cuando has creido que un sargento podia ser ministro de la Guerra. Para este puesto se necesita una autoridad, una esperiencia y unos conocimientos que yo no tengo. Por mas que se haga, un eslabon

de sacar chispas no se convierte en una espada sino en el campo de batalla, y con el tiempo. Por mas que lo remojes cien veces en la urna electoral, siempre se quedará estabon. Da una cruz al soldado que coge una bandera, un grado al oficial que hace una accion brillante y que sabe su oficio, y no des el ministerio sino al antiguo guerrero que te ha dado victorias y que ha ejercido largo tiempo el mando.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

El ministro de la Guerra acaba de insultar groseramente el sufragio universal. Protesto.

OTROS MUCHOS.

Y yo tambien.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

*(Menea fuertemente al ministro del Progreso, que se ha dormido.)*

Despiértate, y protesta.

EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Yo protésto... ¿contra qué?

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Contra el ministro de la Guerra.**

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

Ciertamente; es preciso abolir la guerra y desarrollar el amor.

*(Se vuelve á dormir.)*

**EL CÓNSUL.**

Aplaudo la franqueza del ministro de la Guerra, y acepto su dimision.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Hay que nombrar á Galuchet.**

**EL MINISTRO DE LA GUERRA.**

¿A Galuchet? Ciudadano cónsul, mejor que ese encontrarás muchos en los presidios.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Pues anda tú ahí á reemplazar á tu sucesor.**

## EL MINISTRO DE LA GUERRA.

Renuncio tambien el empleo de general, que no he ganado, y me retiro soldado raso.

## EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¡Hombre de corazon!

## EL MINISTRO DE MARINA.

¡Qué imbécil!

## EL MINISTRO DE LA GUERRA.

Percibo rumores inconvenientes y palabras mas que osadas. Algunos que no conocen su oficio mejor que yo el mio, me acusan de mal ciudadano y de imbécil porque me voy. Yo á mi vez los acuso de indignos porque se quedan. Su opinion sobre mí me importa poco; si la acerca de ellos no les hace gracia, me en la vaina de mi sable, y que veré la mela.

(Sale lentamente.)



## VIII.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA (al cónsul).**

Hazle prender.

**EL CÓN SUL.**

Anda tú y préndele. Tiene la palabra el ministro de Obras públicas.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Ciudadanos, por un decreto espedido á propuesta mia, se dispuso la demolicion de todas las ex-iglesias y la venta de los materiales. Estas demoliciones nacionales van muy bien. En los campos revolucionarios é ilustrados casi todo está concluido. Los mismos campesinos, anticipándose al decreto, han demolido las iglesias y se han repartido los escombros. Mil casuchas se convertirán en lindas casitas, mil retrógrados se harán buenos socialistas, y mil pueblos serán regenerados por esta operacion altamente filosófica. Al acordarla, habeis merecido bien de la civilización y de la humanidad,

El cónsul.

¿Y qué mas?

EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

Tengo el sentimiento de añadir que las demás obras están paralizadas, sea por falta de fondos, sea por falta de obreros. Aun no hemos podido componer los caminos de hierro, puentes y carreteras, cortados por diversos motivos desde la Revolución. Las líneas que no han sufrido deterioro no funcionan ni funcionarán en mucho tiempo, á causa de la escasez del carbón, que no viene ya, del estado de las máquinas, y sobre todo á causa del pequeño número de viajeros. El movimiento disminuye de día en día. Las transacciones se hallan suspendidas. Es preciso reanimar la industria.

EL CÓNsul.

¿Y qué propones tú para reanimarla? Por ahí hubieras debido empezar.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Me he puesto de acuerdo con el ministro de Marina y con el del Progreso.

*(El ministro de Instrucción pública meneaba al del Progreso, que se ha dormido.)*

**EL MINISTRO DEL PROGRESO (despertándose).**

Déjame, hombre.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Hemos hecho prender, juzgar y ejecutar á muchos fabricantes, y hemos entregado á asociaciones obreras sus fábricas, después de declararlas propiedades nacionales. Este medio, que la teoría social indicaba, no ha dado buenos resultados.

**EL CÓNSUL.**

¿Por qué?

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Los obreros han tenido trabajo en entenderse. Después de largas huelgas destinadas á hacer

las elecciones, han conseguido por fin darse jefes. Por lo general han elegido los mas elocuentes y los mas patriotas; pero estos no han sabido hacerse obedecer. Ha continuado la huelga. Las malas cabezas venian á fumar su pipa alrededor del poste en que se leia: *El que no trabaja es un ladron*. En algunas fábricas, habiendo los jefes manifestado energía, no se han limitado los descontentos á destituirlos, sino que creyendo que podian juzgarlos porque los habian elegido, han formado entre ellos mismos un tribunal y los han condenado á muerte...

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Como aristócratas.

EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

El pretesto no nos importa: siempre ha sido una ilegalidad. Estas sentencias han recibido su ejecucion, y ha llenado de indignacion y de terror á los buenos obreros, y llegado á su colmo la audacia de los malos...

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Esa palabra es antirepublicana. No hay malos obreros. Respeto al pueblo.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Retiro la espresion, si puede lastimar un sentimiento que aplaudo y de que participo... Para terminar: se ha introducido la discordia en los talleres con motivo del trabajo, con motivo de las cuentas, con motivo de todo. Se han espatriado un gran número de escelentes trabajadores, ha llegado la anarquía á un esceso tal entre los demas, que ellos mismos nos han pedido jefes para gobernar las fábricas y dirigir los trabajos. Pues estos jefes, pedidos con tanta instancia, han sido mal recibidos.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Porque no eran puros.

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

Porque no han sabido desarrollar el amor.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

No trato de contradecir á mis honorables compañeros. Esos jefes, aunque muy capaces, han

debido cometer grandes yerros. La prueba de ello es que han sido apaleados, echados, y aun algunos de ellos asesinados.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Es decir, castigados.

EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

Castigados quiero decir. Otros, que al principio habian sabido mejor apoderarse de los cora-  
zones, han desaparecido,

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Con la caja.

EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

Por desgracia, mi honorable colega tiene razon. Pero lo que se han llevado no ha sido gran cosa. Por fin, ciudadano cónsul, el resumen de la situacion no es muy brillante. La mayor parte de nuestros grandes establecimientos industriales están cerrados. En los que aun permanecen abiertos, ó falta trabajo á los brazos, ó fal-

tan brazos al trabajo. Tal vez sea preciso ensayar algunas medidas de rigor, á lo menos en la apariencia.

### EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Pido que se desarrolle el amor.

### EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

Sí, eso lo primero. Luego sería urgente: 1.º, apoderarse en nombre del Estado de todas las fábricas, manufacturas y talleres de toda especie: 2.º, contener por medio de leyes las mas severas la emigracion de los obreros hábiles, que verdaderamente se hace desastrosa: 3.º, instalar en todos los establecimientos industriales que el gobierno quiera volver á poner en actividad, una fuerza bastante considerable para hacer reinar en ellos el trabajo y la paz. El jefe de esta fuerza, que debe conservar precisamente el nombre de fuerza, estará revestido de un poder absoluto. Podrá hasta prohibir que se hable durante las horas de trabajo, y aun poner fuera de la ley á todo trabajador que se aleje á cierta distancia del taller.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Ese es el régimen de los presidios.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Mi proposicion parecerá un poco severa ; pero en mi alma y en mi conciencia no veo ningun otro medio de salvar la industria nacional , ni de obtener la escasa produccion que exigen las tan reducidas necesidades del consumidor. En menos de un año nos habrá devorado el contrabando.

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Es verdad.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Advertid que los mismos trabajadores recibirán estas medidas con satisfaccion. Primeramente, tienen un carácter enérgico y espartano que debe de encantar á toda alma republicana; en segundo lugar, el orden, que harán reíne, os parecerá siempre preferible al actual desorden; los trabajadores se felicitarán de no ser incesan-



temente espuestos, como ahora, á morir de hambre ó de una puñalada; por fin, y esta es la gran ventaja que os ruego tengais en cuenta, esas leyes, ya tan saludables, prepararán eficazmente la fecunda armonía y la vasta mancomunidad que hará de nosotros en el porvenir un pueblo de iguales y de hermanos.

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

**Ya lo somos.**

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Cállate tú.**

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

Vosotros no sois mas que falansterianos y comunistas.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Y tú no eres mas que un majadero.**

**EL CÓNSUL.**

**El ministro de Instruccion pública trae aquí**

siempre un lenguaje irritante. Si no quiere guardar mejor las conveniencias, le invito á que salga del consejo.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Yo no traigo aquí mas que el amor al pueblo, y la fe mas profunda en todas las ideas que han producido nuestra santa é inmortal revolucion. No me importa nada el formar parte del consejo, pero me importa mucho no dejar que sean sofocados sentimientos á que he consagrado toda mi vida.

EL CÓNST (aparte).

¡Qué insolente se vuelve Baisemain! (*En alta voz.*) Esos sentimientos te honran; pero hónralos tú mismo, espresándolos con moderacion.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA (aparte).

Ya amaina.

EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Baisemain es un entusiasta, cuyas palabras no tienen valor alguno. Somos antiguos amigos, y le perdono sus tonterías. Él se cree socialista, y

no entiende una palabra de socialismo. Ninguno de vosotros entiende nada tampoco. Todos vosotros no sois mas que políticos y hombres de negocios, pero no teneis un adarme de doctrina. Vuestras intenciones son buenas; pero en vez de libertar á la humanidad, no hareis mas que esclavizarla. Creeis salvar la Revolucion, y la perdeis. ¿Por qué no quereis escucharme nunca, ni hacer lo que yo pido? Sabed que no se funda nada por la fuerza, sino que todo se funda por el amor. Creeis haber adelantado mucho por haber renovado las sangrientas escenas de la primera revolucion. ¡Vaya una bella y nueva invencion, cortar cabezas, derribar monumentos, y hacer de la patria entera un presidio inmenso y lleno de escombros, en que los ciudadanos tiemblan, y reinan los carceleros con la pistola en la mano! Todo eso está ya ensayado hace mucho tiempo. Y ¿qué resultó de ello? Reacciones y restauraciones. En vez de oprimir en todos sentidos la libertad, dejadla que se desarrolle en todos sentidos, en la moral, en los trabajos, en los placeres; haced que los hombres se amen, y entonces ellos serán felices, y vosotros habreis salvado el mundo.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

Creo que el ciudadano ministro del Progreso tiene completamente razon; pero me parece que los hechos no están por el momento enteramente de acuerdo con su teoría, y que el primer progreso que tenemos que realizar es vivir. Ahora bien; no trabajando los obreros, sea porque no quieren, sea porque no pueden, ni viven ellos, ni vivimos nosotros. Para hacerlos vivir, no hay mas remedio que obligarlos á que trabajen. Yo propongo un medio; si el ministro del Progreso conoce otro mejor...

**EL MINISTRO DEL PROGRESO.**

El amor.

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

El amor es excelente, pero será muy difícil encontrar hoy dos hombres, no digo que consientan amarse, sino que puedan estar juntos algunas horas sin venir á las manos, á menos que entre ellos se interponga un tercero, y de bastante fuerza, que se lo impida, ¿Cómo los hemos

de reducir á que se amen, si no los obligamos primero á que se dejen vivir unos á otros.

### EL MINISTRO DEL PROGRESO.

Tú te burlas ahora de mí, porque por no haberme escuchado á tiempo, la situacion se ha empeorado hasta el punto de no tener ya solucion pacífica. Tú crees en el falansterio, porque no has tenido valor de leer mis libros. Pues bien: haz un falansterio; establece el comunismo; sacia con sus goces el orgullo y la sensualidad de algunos adeptos, y cubre de miseria y de ignominia al resto del género humano. Veremos lo que dura, y entonces me tocará á mí reír.

### EL CÓNSUL.

Terminemos este incidente.

### EL MINISTRO DEL PROGRESO.

¡Cómo incidente! Se trata de la existencia misma de la Revolucion y del socialismo, y no deberíais salir de aquí sin que la cuestion quedase resuelta, y aun si fuera preciso deberíais para ello aprovechar la noche.

## EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.

Créeme, no verías mas claro en tus ideas, ni nosotros tampoco.

## EL MINISTRO DEL PROGRESO.

A ti te considero como meramente intelectual. Me dirijo al cónsul, que debe comprender la situación. ¿No estás tú espantado, ciudadano cónsul, del estado de las cosas y del estado de los ánimos? ¿Ves acaso en todo lo que te se propone un medio de salir de este laberinto de locuras, por donde marchamos con los pies sobre sangre? La sangre sube, y sube de hora en hora. Nos llega hasta las rodillas; pronto nos llegará á los labios, y nos ahogaremos en ella. El rio corre lleno de sangre y de cabezas cortadas... Otro lo habia ya visto: su alma entró en mí llena de horror por los crímenes pasados, y condenada á verlos reproducirse de nuevo. Fouquier-Tinville era bueno. Yo lo dudaba... Pero ahora lo veo en los trasportes de amor que experimento... Yo amo á la humanidad, y quiero que sea dichosa... Vosotros sois unos asesinos, unos sacerdotes. Esterminemos á los sacerdo-

tes... Ellos tienen un ídolo mudo y velado, y le dan sangre. Vosotros decís: «La salvación por la sangre;» y yo os digo: «La salvación por el amor.» ¡Oh amor, amor! Tú no me juzgarás á mí con estos criminales. Yo te he cantado siempre; ellos no te han comprendido jamás. Si Lamartine hubiera sido filósofo, él y yo hubiéramos poseído el mundo, y no le hubiéramos dejado tener sino lazos de flores; pero Lamartine es incompleto... Es lo que uno es á tres. Por lo que toca á estos, no son nada; no tienen alas: están hechos para arrastrar por este fango rojo y caliente que se forma con la sangre derramada. ¡Dios de Guido, aplasta á estos reptiles que roen la carne de los cadáveres; aplástalos, y desarrolla el amor!

EL CÓNSUL (*toca la campanilla, y entran los porteros*).

Llebad á su casa al ministro del Progreso, que se halla acometido de una enajenación mental.

EL MINISTRO DEL PROGRESO.

¡Dios de amor, aplástalos!  
(*Se le llevan.*)

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

**Pobre diablo! Esta completamente loco.**

**EL CÓNSUL.**

**Siempre lo ha estado.**

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

**Pero no debemos dejar de honrar en su persona á uno de los padres de la república social.**

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

**Ciertamente.**

**EL CÓNSUL.**

**El ministro de Comercio tiene la palabra.**

**EL MINISTRO DE COMERCIO.**

**El ministro de Obras públicas ha hablado por mí. Ya no hay comercio, porque no hay industria.—Voy á someter al cónsul un plan singular,**



y aun extravagante en la apariencia, mas, sin embargo, realizable, y que podría hacer entrar algun dinero en las arcas del Tesoro, al paso que nos aliviaria de un embarazo político. Tenemos muchas mujeres presas que estorban, porque ocupan su lugar como los hombres. Hay que mantenerlas, ó dejarlas morir de hambre, ó multiplicar ejecuciones que no siempre aparecen suficientemente motivadas. Hay muchas compañías que se ofrecen á desembarazarnos de esta carga, esportándolas á los paises que hay falta de mujeres, ó á aquellos en que las de Europa son mas particularmente estimadas, como Trípoli, Marruecos, Túnez, Persia ó California. Allí recibirían por esto crecidas comisiones que les permitirían pagar al Estado una contribucion considerable.

### EL CÓNSUL

¡Qué monstruosidad!

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Eso es un tráfico.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

¿Cómo! ¿Tráfico?

**EL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.**

La espresion me parece exagerada. No veo que en la esportacion haya nada mas de horrible que en la deportacion ó en la trasportacion.

**EL MINISTRO DE COMERCIO.**

Lo que podrá hacerse será no esportar mas que á las que presen su asentimiento, que no serán pocas. Están tomadas todas las medidas para que la operacion se verifique con la debida conveniencia y humanidad.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Pero aunque no esporteis mas mujeres que las que quieran marchar, hay muchas que tienen maridos y familias, cuyos derechos hay que respetar.

## EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

¡Derechos! Esa palabra es chocante. Después del Estado nadie tiene derechos sobre el individuo mas que el individuo mismo. El ministro de Negocios extranjeros olvida á cada momento los resultados y el espíritu de la Revolucion de que es ministro. ¿Ignora, por ventura, que el divorcio ha hecho ya iguales los derechos en la familia? ¿Que la pequeña familia, la familia *casta*, debe ir desapareciendo gradual, pero rápidamente, en esa gran familia humanitaria que se llama patria, y que un dia se llamará el género humano? El proyecto del ministro de Comercio merece ser tomado en seria consideracion, no solo bajo el aspecto económico y político, sino bajo el punto de vista social, moral y civilizador. Nos ofrece la ocasion de acabar con algunas de las preocupaciones que limitan todavía el poder del Estado. En otro tiempo se consideraba muy atrevido el sostener que el niño no pertenece á la familia, sino que pertenece al Estado. Esta verdad heria inútilmente los ojos que estaban ciegos en todo lo demas. No se la podia formular sin que levantara por todos lados ineptos clamores. Ha triunfado; hoy

los niños pertenecen sin contradicción al Estado, que los educa y dispone de ellos. Muy pronto les distribuirá las vocaciones que hayan de tener y les señalará sus respectivas aptitudes. Mostrad ahora que el individuo no es mas que el niño en esa mano poderosa y sabia que lo ordena todo para el servicio de todos. Nuestro derecho no es dudoso. Creadores de un orden social nuevo, teneis los derechos del inventor sobre la primera materia que trasforma, que modifica, para hacer de ella una obra maestra. Por otra parte, ¿qué son los individuos en quienes vais á hacer la primera experiencia? Criminales. En vano las mujeres que se trata de esportar invocarian el pretendido derecho de quedar en la gran familia nacional: la han sido, traidoras, y se han hecho, por lo menos, sospechosas. Desechadlas, para que, culpables aquí contra la civilización, sean en otra parte apóstoles de ella. Entre nosotros, eran agentes del despotismo: en los países menos adelantados á donde irán á vivir, serán las misioneras de la libertad. No temais ni aun abrirlas las puertas del serrallo; esas puertas caerán en cuanto estén encerradas dentro de ellas.

*(Murmillos de aprobacion.)*

**EL CONSUL (aparte).**

En verdad que tiene talento este animal: (En alta voz.) Las elocuentes palabras que acabo de oír han producido en mi ánimo una impresión que no puedo ocultar. Sin embargo, aun no tengo mi opinión enteramente formada. El ministro de Comercio me presentará sin tardanza un informe detallado sobre este asunto.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA (aparte).**

Ya amaina.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

¡Qué cobarde!

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Ningun ingreso, nada en caja, y deudas por todas partes: hé aquí el balance del Tesoro. Pido, pues, que se adopte lo más pronto posible el proyecto de esportacion propuesto por el ministro de Comercio. El me permitirá asegurar, por algunos dias siquiera, el servicio de la po-

licia y proseguir ciertas pesquisas importantes. Estamos en trato con algunos especuladores extranjeros para la venta de los museos, colecciones y bibliotecas. Acabemos: es preciso convertir en dinero todos esos objetos inútiles.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Serán inútiles, pero son muy bellos, y el pueblo sentirá mucho perderlos.

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

El pueblo se ríe de todo eso. Prefiere la sombra de los árboles á la sombra de las cadenas, y una gallina litografiada á todos los lienzos de Rafael.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Habría que pensar entonces en formar su gusto.

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

El pide que se piense en darle pan.

## EL CONSUL AL MINISTRO DE HACIENDA.

Continúa.

## EL MINISTRO DE HACIENDA.

Yo no tengo nada mas que decir. El Estado no ha tenido necesidad de mas que de un decreto para pagar todas las deudas anteriores á la Revolucion: despues ha recogido un poco de dinero, y ha contraido muchas nuevas deudas, gracias á los medios que conoceis. Ahora no puede ya adquirir ni dinero ni deudas sino por medio de golpes de fortuna. La plancha de los bonos de Estado no produce mas que un papel sin valor: las propiedades nacionales no dan nada. No se compran, no se pagan, y los que se apoderan de ellas no las cultivan. Ha desaparecido completamente el numerario, y nos amenaza el hambre. Ya no hay combinacion ni fuerza que no se estrellen contra la fuerza inerte del hecho.

## EL CONSUL.

¿Y no tienes nada que proponer?

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Nada que sea eficaz ni que pueda yo cumplir, menos estando servido como lo estoy.

**EL CÓNSUL.**

¿Pero no has regenerado tú tu administracion

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Sí; pero me han hecho colocar una porcion de hombres que estaban antes presos por deudas, quiebras y bancarotas, á pretexto de que habian sido víctimas de la tiranía del capital. No valen lo que los aristócratas de que hemos limpiado á la Hacienda. Su incapacidad y su ineptitud son cada vez mas repugnantes.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Samuel, ¿tú tambien atacas á los socialistas?

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Sí, y con muchísima razon. Yo preveia muy



bien que en cuanto los nombrara querrian reponerse, y estaban dispuestos, segun tu consejo, á cumplir sus deseos ; pero ya pasa de raya. Por **Matamoros**, qué artista! Con treinta años que llevo ocupado en los negocios y en la política no podia imaginarme una cosa semejante.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS (aparte).**

Efectivamente que eso ya es demasiado.

**EL CÓNSUL.**

**Samuel**, tú eres ministro de Hacienda para encontrar dinero. Encuéntrale, ó da tu dimisión.

**EL MINISTRO DE HACIENDA.**

Y tú eres cónsul para hacer reinar el orden. Impon silencio y sujeta á los conspiradores, haz temblar á los bribones, emplea hombres honrados y capaces, establece la confianza y el crédito, y yo encontraré dinero.

**UN PORTERO.**

El ciudadano comandante en jefe de la fuerza pública.

(Entra Le Vengeur, y se sienta sin hablar palabra.)

## IX.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS (aparte).

Aquí está el amo:

EL CÓNSEL.

¿Tiene alguna comunicacion que hacer el comandante superior?

LE VENGEUR.

Ninguna.

EL CÓNSEL.

El ministro de Instruccion pública tiene la palabra.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Yo os traigo noticias consoladoras. Las enérgicas medidas acordadas inmediatamente después del advenimiento de la república social, han sido coronadas del éxito mas lienzero. Los colegios del Estado están llenos, los demás no

existen ya. No he tenido que hacer mas, que un pequeño espurgo para que el cuerpo profesional sea completamente digno de la alta mision, cuyo instinto tenia, y á la que hace mucho tiempo se venia preparando. El socialismo ha nacido entre nosotros, y entre nosotros ha contado sus apóstoles mas activos y sus mas útiles operarios. Por nuestro incesante trabajo han sido minados, derribados y aniquilados el jesuitismo y el oscurantismo. Nadie nos disputará hoy esta gloria. El cuerpo profesional puede, pues, levantar la cabeza y decir con santo orgullo: «Si hay socialistas, yo soy el que los he formado, y por mí es por quien han venido;»

(Aprobacion.)

EL CÓNSUL.

Es cierto.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Y muy cierto.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

La república social no ha contado, por decirlo así, adversarios en nuestras filas. Saludada desde el primer día con unánime entusiasmo,

seria poco decir que es obedecida y honrada, es adorada. Su espíritu reina por todas partes, y se difunde á torrentes. Llena de la grandeza y de la hermosura de sus máximas hasta los corazones de los mas tiernos niños. Dadme tres años mas, y habré acabado con todas las preocupaciones que detienen todavía el impulso del mundo en la gloriosa senda que en este momento se abre por el fuego y por el hierro. Dentro de tres años, la contrarevolucion no podrá ya nada: aun cuando tuviese á sus órdenes veinte ejércitos no podria nada contra el poder de la idea, fortificada en esa abundante fuente en que beben hoy todas nuestras nuevas generaciones. Todos esos impulsos generosos é irresistibles hácia la felicidad y hácia la libertad que estais viendo y admirando, no son nada en comparacion de los resultados que os dará el esfuerzo unánime y sin freno del cuerpo profesional.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Lo creo.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Lo que tú no crees, pero lo verás, es la estir-

pacion definitiva de los odios y desgracias que trae consigo desde la creacion del mundo el antagonismo bárbaro de la moral y de la libertad. Esa lucha anárquica cesará, según la palabra de los reveladores, para dejar el puesto á la eterna concordia. Libre el hombre de los falsos preceptos que debilitan su conciencia, se prepondrá por fin el gozar, y se impondrá la felicidad. Libertadores del género humano, os anuncio la buena nueva. ¡Hosanna! La causa del placer está ganada, ganada desde ahora. Aun cuando táviésemos que retrogradar otra vez, se han dicho al hombre y al niño cosas tales, que ni el hombre ni el niño las olvidarán jamás. El lento esfuerzo del entendimiento humano ha triunfado. Dios está vencido, está vencido, está vencido. Ha retrocedido ante el hombre. Que los que creen en Él se preparen á verle morir. Nosotros somos cien mil: desde la última aldea hasta la cumbre de la gerarquía social, tenemos en nuestras manos la conciencia humana; la tenemos para siempre: enseñamos, predicamos, catequizamos: ninguna voz se levanta ya contra la nuestra, ninguna influencia disputa nuestra influencia, y por todas partes decimos á todo el mundo: «Dios está vencido, vencido: sus templos caen, sus sacerdotes están condenados al silencio, sus

fielos son aplastados: ya no tiene rayos ni infierno: está vencido.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.**

No lo juraría yo.

**LOS DEMÁS MINISTROS.**

Cállate tú. Continúa, Baisemain.

**EL MINISTRO DE MARINA.**

Cantemos el himno de la libertad.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Sí, ciudadanos, amigos y hermanos míos; somos libres, la humanidad está libertada. Tened por completo este gran resultado que ayer parecía tan distante de nosotros. Pero lo que se creía tan fuerte, ya se ha quebrado. Todo el edificio de la antigua moral se ha desplomado, como esos cadáveres que caen hechos polvo en el momento que se los toca. Ahora es preciso que hasta ese mismo polvo se disipe. La república social ha provisto á esta necesidad, decretando

la educacion uniforme, gratuita y obligatoria, y encargando esta mision augusta al cuerpo profesional. Él sabrá cumplirla. En medio de los escombros de la antigua sociedad, solo él queda en pie para modelar la nueva. Así salieron de las Catacumbas los primeros cristianos, vencedores del pasado y dueños del porvenir. Por todas partes nos habia preparado el terreno una hábil organizacion; por todas partes le hemos ocupado sin resistencia. El maestro es el cura, el rector es el Obispo, el gran consejo es el Sacro Colegio, el ministro es el patriarca de la doctrina universal. Hemos vencido por la duda, sabremos reinar por la afirmacion y gobernar por la fe. No temais que el cuerpo profesional permita que sean atacadas las verdades de que es depositario, sin que se levante altar contra altar. La táctica de que hasta aquí se ha servido le ha sido demasiado útil, para que vaya á dejar que se emplee contra él. Le habeis comprendido: contad con su vigilancia para hacer ejecutar las leyes que garantizan al pueblo de toda enseñanza contraria á la de la Revolucion. Toda voz sospechosa que quiera levantarse en cualquier punto del territorio, será inmediatamente ahogada.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Eso es la Inquisición.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Sí, la Inquisición en provecho de la libertad. El cuerpo profesional no se avergonzará de emplearlo, y sabrá ejercerlo, si es preciso, con rigor. ¿Por qué el fanatismo ha de tener mas derecho de levantar la cabeza que el realismo, la aristocracia ó la plutocracia? Monárquico, aristócrata, rico ó jesuita, todo es lo mismo. Yo no veo en el que quiere reanimar la superstición, lo mismo que en el que quiere volver á levantar el trono, mas que un traidor y un rebelde.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Todo hombre debe ser libre.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Todo rebelde debe ser condenado á muerte.



**LE VENGEUR.**

**Hablas como es preciso obrar.**  
**(Sensacion.)**

**EL CÓNSUL (aparte).**

**Estas ya son palabras de sangre.**

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS (aparte).**

**¡ Tiene sed.**

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Solo un peligro amenaza la instruccion pública, ó mas bien, solo hay un obstáculo que se oponga á su accion. No hay fondos. El servicio de la instruccion gratuita exige una dotacion considerable. Confiando en el porvenir, los maestros multiplican sus esfuerzos y sus sacrificios. Hasta que el Tesoro pueda retribuirlos segun sus servicios y su rango, pido que se les exima de todo impuesto de inmuebles y personal...

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Eso es crear una especie de manos muertas.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Y que se establezca en provecho de ellos una contribucion sobre toda renta que esceda de dos mil francos.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Eso es como el diezmo.

**LE VENGEUR.**

Nada me parece mas justo. Entre mi gente conozco, por la pureza de sus sentimientos, aquellos que han pasado por la mano de los maestros de primera enseñanza.

**EL CÓNSUL** *(al ministro de Instruccion pública).*

Prepararás el decreto, haciendo que venga precedido de un preámbulo.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA (á *Le Vengeur* por lo bajo).

Te doy las gracias á ti.

EL CONSUL.

El ministro de Justicia tiene la palabra.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Ciudadanos, á través de las inevitables dificultades de una creacion, la nueva institucion judicial empieza á funcionar admirablemente. No voy á hablaros de los tribunales políticos: su decision y su energia son superiores á todo elogio. Han hecho justicia, han tomado venganza de todos los opresores del pueblo, de todos los perseguidores de la libertad, de todos esos cosacos de sotana y de traje bordado que soñaban imponerse todavía al género humano. Todo ha doblado la cabeza, todo se ha inclinado, todo ha pasado bajo el nivel. Aunque el pueblo quisiera señores, no los encontraría, porque la raza de ellos ha concluido; ya no hay mas señor que él mismo.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Pues con ese tiene bastante.

**EL MINISTRO DE JUSTICIA.**

La gran institucion del jurado electivo en materia civil, esa creacion en que los mas ardientes socialistas no se atrevian á creer, marcha, digámoslo así, por sí sola. Ahora el pobre no tiene ya que temer la preponderancia de la riqueza, ni las astucias de la jurisprudencia. El buen sentido y la equidad son los únicos que pronuncian y dan sin gastos las sentencias, cuya ejecucion aseguran los jueces mismos descendiendo de sus sillas. Así muchos pobres, injustamente desposeídos, han recuperado bienes que les estaban usurpados de tiempo inmemorial.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Y han sido despojados de ellos los que los poseian de tiempo inmemorial.

**EL MINISTRO DE JUSTICIA.**

No, los han restituido, despues de haber re-

cibido diez, veinte veces su precio de los pobres que tanto tiempo los han estado cultivando por ellos... Me admiro de que se ponga en duda la justicia de este acto. ¿No le he indicado veinte y cien veces en mis discursos, en mis escritos, en mi periódico, como el deseo del pueblo y la necesidad misma de la conveniencia pública? Entonces fue cuando se debió reclamar: pero entonces se quería conquistar la popularidad socialista, y se callaba.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Tienes razon. ¡Ignominia y maldicion al que calló cuando se debia hablar!

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

¡Ignominia, pues, y maldicion para ti porque no hablaste!

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Sí, ¡ignominia y maldicion para mí!

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

¿Así reniegas del socialismo?

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Reniego del brigandaje.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Mereces la muerte.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Lo sé, y por eso voy siempre con la vida de algunos de vosotros en la mano.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

¡Asesino!

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

No, Baisemain; yo no asesino: y si algun mérito tengo en ello, es cuando veo tu semblante y oigo tus discursos. ¿Sabes lo que te salva? Que cuando te oigo empiezo á creer en Dios, y á pedirle perdon. Yo no quiero manchar mis manos con la sangre de nadie, y menos con la tuya, mi-

serable. Pero que se guarde muy bien todo el mundo de ponerme la mano encima.

LE VENGEUR.

Acabemos ya de bravatas y amenazas. Estamos aquí para dar consejos al cónsul, y para dárselos con entera libertad.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Yo me he dejado llevar de un arrebató que os parecerá muy natural, y os pido que me escuseis.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Yo también ruego al cónsul que me dispense.

EL CÓN SUL.

Depon tus armas y no temas nada: yo no participo de tus opiniones; pero tú tienes el derecho de espresarlas.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Pongo mi libertad bajo tu proteccion y bajo

la del jefe de la fuerza obrera. Cuando me mandes comparecer ante los jueces, compareceré.  
(*Entrega sus pistolas al consul.*)

EL CONSUL.

En nombre de la república y de la fraternidad, reconciliaos.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

Sea.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

No hay odio en mi corazón.  
(*Se dan la mano.*)

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

¡Interesante ejemplo de candor republicano! El mutuo perdón que se conceden delante de nosotros dos adversarios generosos, me anima á proponer al Consejo un gran acto de reparacion social. Este acto hará derramar muchas venturosas lágrimas; y él solo seria suficiente para ilustrar y para santificar para siempre la parte que hemos tomado en el gobierno del país.



## EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS (aparte):

¿Qué taza de crema de sangre va á presentarnos?

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Ciudadanos, al mismo tiempo que somos severos é implacables con los fautores del despotismo y de la superstición, y que perseguimos por el hierro y el fuego ese crimen de los crímenes, sepamos probar al mundo que creemos en la bondad y en la excelencia de la naturaleza humana. A medida que la justicia nos quita ciudadanos y hermanos, pidamos á la clemencia, o mas bien á la justicia, que nos dé otros. Hay en las cárceles y presidios una multitud de desgraciados hijos del pueblo, á quienes se ha calificado mucho tiempo y todavía se califica de criminales, y que son aun á los ojos de la filosofía y de la razón víctimas de la época desoladora y subversiva en que han vivido. Yo, como abogado, he visto muy de cerca á muchos de estos desgraciados, y declaro que he encontrado en ellos mas sentimientos generosos, mas aspiraciones energicas y fuertes hacia la justicia y la libertad, que las que solían encontrarse entre

sus jueces y sus acusadores. Proscritos por una sociedad que los acusaba de querer participar de sus goces, se han rebelado contra ella. Son almas indignadas, no son almas corrompidas...

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Al contrario.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

No son sobre todo corazones ingratos ni pobres inteligencias. ¿Qué han hecho en suma la mayor parte de ellos? Combatir preocupaciones que vosotros quereis y debeis abolir; han obedecido á instintos que vosotros reconocéis respetables y sagrados; han sido condenados por jueces á quienes vosotros habeis declarado indignos de administrar justicia. En ninguna parte ha sido la república social mejor comprendida, ni saludada con mas esperanza y mas amor. «¡Ah! exclamaba últimamente uno de esos proscritos, repitiendo un dicho célebre: yo no sé si la revolución ha sido hecha para mí; pero conozco que yo estoy para ella.» ¿No os conmueve, ciudadanos, esta confianza y este amor de un pobre desterrado? Él no esperaba. Su calabozo

estaba cerrado é ícal y canto, y se encontraba condenado á los grillos y á la infamia; pero aparecer la república social, y no tiene que decir mas que una palabra para sacarle de su tumba. Pronunciad, ciudadanos, esta palabra, no solo en beneficio de él, sino en el de sus hermanos. No hareis ademas en esto otra cosa que conformaros con la práctica constante de las revoluciones. Todas ellas han comprendido que tenian amigos en esas regiones de dolor en que los mismos abusos destruidos saboreaban ambas venganzas largo tiempo despues de su caída: todas ellas han hecho algo por esos supuestos criminales, en quienes muchas veces, me atrevo á decirlo, debian saludar á sus precursores. Ciudadanos, gracia, ó mas bien justicia para los Galileos de la república social: que la revolucion social, mas completa, mas radical, y la última de todas, haga por las victimas de la antigua justicia y de la antigua moral mas que ninguna de las demas; que dé ese bofetón á las preocupaciones; que fije en el mundo y en la historia este testimonio de su poder; que no tema resucitar á los muertos. Romped las puertas de los calabozos, tirad en masa á la vida, á la libertad, al honor á todos aquellos que una justicia ciega y bárbara ha osado creer indignos del honor, de

la libertad y de la vida. Consolareis á cincuenta mil familias afligidas, dareis la patria á cincuenta mil ciudadanos, y á la república social cincuenta mil soldados. No temáis algunas reproducciones del mal: serán muy raras, como el mal mismo va á serlo en lo sucesivo; ó, mas bien, estoy convencido de que no las habrá. Esos pobres corazones se elevarán á la altura del beneficio. Levantados por vosotros, reintegrados por vosotros en toda la dignidad del ciudadano, los haremos aptos para todos los empleos, ¿cómo quereis que no sean virtuosos?

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Por otra parte, tienen tan poco que hacer...

EL CONSUL.

El ministro del Progreso acaba de volverse loco, y me voy temiendo que hay epidemia de locura en el Consejo. Tiene la palabra el ministro del Interior.

LE VENGEUR.

Un momento. No encuentro que la proposi-

cion del ministro de Justicia merezca estarse a burla.

**EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.**

Ni yo: sus argumentos me parecen tan fuertes. como elocuentes.

**EL MINISTRO DE MARINA.**

Esa amnistía tiene un no sé qué de titanesco y de inconmensurable, que me seduce.

**EL MINISTRO DEL INTERIOR.**

No veo por qué la sociedad no ha de hacer el ensayo de un generoso perdon en favor de hombres que tienen mas de estraviados que de culpables.

**LE VENGEUR.**

Yo necesito soldados.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Yo necesito embajadores, el ministro de Hacienda necesita recaudadores, el ministro de la

Guerra necesita intendentes. A escepcion del ministro de Instrucción pública, que lo tiene todo completo, todos los ministros necesitan hombres de confianza. El ministro de Justicia va á darnos lo que nos hace falta, y á tomar él por su parte lo que necesita.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Pues qué, ¿no crees tú en la perfectibilidad del alma humana?

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

No.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Entonces no eres revolucionario.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Claro es.

EL CÓNSUL.

No discutais mas. Ninguna cosa parecida á la que se propone se llevará á cabo mientras yo esté en el poder.

LE VENGEUR.

Te falta fe.

EL CONSUL.

Puede ser; pero no me falta conciencia... Por lo demas, yo no me niego á conceder indultos aislados y motivados en tan gran número como sea preciso.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

El objeto moral no será el mismo.

EL CONSUL.

Tiene la palabra el ministro del Interior.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Peró...

EL CONSUL.

No tienes la palabra.

EL MINISTRO DE JUSTICIA.

Pues doy mi dimision.

## EL CÓNSUL.

Y yo la acepto.

*(Sale el ministro de Justicia.)*

## X.

## EL MINISTRO DEL INTERIOR.

Ciudadanos, estamos haciendo una gran experiencia. No hay que hacerse ilusiones: tiene sus resultados dudosos y sus lados fatales. Si no hubiésemos visto con nuestros propios ojos lo imposible que es toda otra forma de gobierno, podríamos dudar de que la nación estuviese madura para la república social; pero lejos de mí esta duda impía. En suma, en medio de sus convulsiones, la antigua sociedad se disuelve hasta en los principios falsos y engañosos en que estaba basada. La familia y la propiedad no son mas que vanas palabras: la familia apenas es un recuerdo. Hé aquí lo que hemos ganado. Al lado de estas ventajas reales se presenta un peligro: el desorden reina por todas partes, y ha llegado á su colmo. Es preciso vencerle por la fuerza, y en caso necesario por el terror. Nadie quiere



trabajar, nadie quiere obedecer; la acción del gobierno es nula, aun en las partes mas socialistas del territorio. Conviene suprimir lo mas pronto posible toda especie de publicacion, prohibir toda especie de reunion, impedir que los habitantes del campo residan en las ciudades, y cortar toda comunicacion entre la clase media y el pueblo. En una palabra, hay que suspender la libertad de locomocion, fuera de las necesidades reconocidas como esenciales. Conviene, ademas, aplicar inmediatamente á la agricultura un sistema de vigilancia propuesto por la industria. Si no restablecemos la paz en los campos, pereceremos de hambre dentro de poco. Esto es cierto.

#### EL CÓNsul.

¿Y cómo restablecer la paz? Hé ahí la dificultad.

#### EL MINISTRO DEL INTERIOR.

Hay que organizar en todas partes á todos los buenos ciudadanos en Guardia civil movitizada de infantería, caballería y artillería. Esta Guardia, dividida en cada distrito en tantos destacamentos como la necesidad exija, recorrerá sin descanso el territorio, haciendo reinar en él el

trabajo y la paz. Todo alféano que no trabaje será castigado con las penas mas severas; todo terreno yermo será confiscado, y deberá ser cultivado por el antiguo dueño en provecho del Tesoro público.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¿Y cómo se mantendrá tu Guardia obrera?

EL MINISTRO DEL INTERIOR.

Será mantenida y pagada por los habitantes cuyo trabajo proteja y cuya seguridad garantice.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Ese es el régimen turco con muchas agravaciones.

EL MINISTRO DEL INTERIOR.

Turco ó moro, no hay ningun otro régimen que pueda poner en seguridad las preciosas conquistas de la Revolucion democrática y social.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Si no aceptamos este medio, la reaccion se

desencadena, y el espíritu humano da un paso atrás.

EL CÓNSUL.

Pero ese medio es odioso.

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Lo que sería odioso es entregar la Revolucion atada de pies y manos á los cosacos del interior y del exterior.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¿Y no llamas cosacos á tus guardias obreros movilizados?

EL MINISTRO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

No, no tengo costumbre de blasfemar.

EL CÓNSUL.

Ciudadano ministro del Interior, tus servicios democráticos te han naturalizado, y has llegado á ser uno de nuestros mas caros conciudadanos;

pero no ha nacido entre nosotros, y así, no es injuriarte el decirte que no conoces nuestras costumbres. Lo que tú propones no es mas que una nueva guerra civil sobre la que ya estamos sufriendo. No será ya solamente un cierto número de provincias insurreccionadas lo que el gobierno tendrá que sujetar, sino que será el país entero. La Guardia obrera movilizada, aun suponiendo que no se desbande, que sus jefes no la entreguen, será destruida en pocos días.

### LE VENGEUR.

Te equivocas. El país está maduro para todas las dominaciones, así para esta como para cualquiera otra. Seria fácil derribarnos, y nos es fácil sostenernos. No tenemos mas que hacer que aterrorizar á nuestros enemigos y tranquilizar á nuestros cómplices. Ahora que ya se han hecho las partes, los que están provistos no pedirán mas; conservarán lo que tienen y aceptarán cualquier señor, con tal que le crean decidido á reconocer los hechos consumados, aunque luego nos envíen á nosotros, sus libertadores, á la guillotina; pero si nos ven fuertes, tendrán siempre mas confianza en nosotros. Prevengamos el peligro; no esperemos á un triunfo señalado de nuestros

**enemigos del interior, ni demos lugar á la aproximacion de un ejército extranjero. Seamos terribles, es nuestra salvacion, es nuestro deber. Con nosotros caerá la libertad. Sujetemos con mano mas firme este poder, que de otro modo nos seria fácilmente arrebatado, y que es el último baluarte de la libertad. Al mismo tiempo, para asegurar á la vez todas nuestras conquistas, destruyamos de entre nosotros los restos, bastante conmovidos aun, del espíritu individual. Exijamos de todos, aun de los mismos socialistas, ese espíritu de sacrificio y de abnegacion absoluta ante el Estado, sin el cual no seremos ni iguales, ni hermanos, ni libres. Hemos cambiado muchas cosas, pero todavía nos queda que cambiar una, y es la naturaleza humana. Este pueblo no tiene el sentimiento de la comunidad, ni ningun pueblo le ha tenido. No se le ha visto mas que en las congregaciones cristianas. Lo que ha hecho la supersticion, lo pueden hacer la razon y la verdad, y lo puede hacer tambien el miedo, á falta de otros mejores móviles. La supersticion no es mas que un miedo. Por mas que se nos ame menos que se ha amado á Dios, no se temerán nuestras bayonetas menos de lo que se ha temido al infierno. Por lo tanto, sea por la fuerza, sea por amor, inculca-**

remos al pueblo el sentimiento de la comunidad. Hemos puesto el pie sobre la especie humana: no le levantemos hasta haberle amoldado. En nombre de la patria, en nombre del socialismo, en nombre de nuestro propio interés y del suyo mismo, invito al cónsul, de la manera mas eficaz, á que tome en consideracion los dos proyectos de que acabamos de ocuparnos: el del ministro de Justicia para que sean puestos en libertad los infelices condenados, y el del ministro del Interior sobre la organizacion de una fuerza movilizada destinada á asegurar el trabajo y la paz en los campos. Ambos proyectos están ligados entre sí por un lazo visible; y yo, por lo que á mí toca, no quiero ocultar nada. Estoy por la rehabilitacion absoluta de las víctimas de la justicia humana: esta rehabilitacion les es debida. Las revoluciones no se hacen para los dichosos. No solo hay que poner en libertad á los presidiarios, á los condenados á galeras, á los ladrones, sino que hay que manifestarles una grande y leal confianza; hay que darles armas al mismo tiempo que derechos. Estos hombres, bien dirigidos, constituirán la fuerza revolucionaria más temible, mas invencible y mas fiel. Con ellos mandaremos en los campos, haremos nacer en ellos trigo y soldados, y estaremos en

disposicion de hacer frente á las reacciones y á las invasiones. De otro modo, preparémonos á perecer. (*Se levanta.*) Si alguno quiere perecer, perecer con la Revolucion, perecer sin defensa, no seré yo ciertamente.

Todos (*á escepcion del cónsul y del ministro de Negocios extranjeros*).

Ni yo, ni yo. ¡Viva la república social!

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

He dicho mi opinion, y ya no soy necesario en el Consejo.

(*Sale seguido de todos los ministros, excepto el de Negocios extranjeros.*)

## XI.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Seremos fusilados hoy ó mañana, pero no estoy de humor de dar mi vida grátis. Vuelvo á tomar mis pistolas. (*Las mira.*) Las cogí en el cuarto del príncipe real cuando acabábamos de echar al Rey. Bien lejos estaba yo entonces de

prever el primer uso, y probablemente el último, que haria de ellas... No deja por cierto de manifestarse cierta justicia en medio de este caos en que hemos precipitado al mundo. Lo mismo que me alcanza á mí, alcanzará á Le Vengeur y á los otros. (*Dirigiéndose al cónsul.*) ¡Tenias á la mano tan buenas armas, y no le has levantado la tapa de los sesos á ese galeote! (*El cónsul no responde.*) No oye; está sordo de miedo. ¡Pobre tonto, ambicioso y poltron, que has marchado hácia el poder supremo sin perder jamás de vista la honra! Vedle ahí ya en el fin de su carrera. Apuesto cualquier cosa á que ni siquiera sabrá morir, y que acabará por caer en un albañal huyendo del suplicio. (*Le da un empujon.*) ¿Qué resuelves por fin?

#### EL CÓNSUL.

No podrán decir jamás que he violado la Constitución.

#### EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¿Eh? ¿No lo decia yo? Amigo mio, no te ocupes ahora en hacer tu defensa, que no vamos á ser juzgados por doctores en derecho. Olvídate



de tu ciencia: acuérdate solo de que eres cónsul, y de que tienes una espada.

EL CÓNsul.

Tienes razón. Son bestias feroces, y nos matarán sin ninguna de las formas protectoras de la justicia. Hay que huir.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¿No tienes absolutamente medio alguno de defensa?

EL CÓNsul.

Si por cierto, gracias á Dios. Ven conmigo: tengo unos disfraces muy bien preparados, y conozco una salida secreta para escaparnos de aquí.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Veamos, veamos, pues no tienes tan poco valor. Antes de escaparnos hay que ver si podemos resistir.

EL CÓNsul.

Estoy perdido: conspiran. El pueblo me aban-

donará. Me han hecho cónsul para gastar mi popularidad y combinar mejor sus golpes. Ahora la Guardia nacional está desarmada, y el pueblo, ametrallado por ellos en nombre mío, me aborrece. ¡Infame pueblo! Yo he sido su ídolo, y va á arrastrarme. Estamos en las garras de los tigres.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

*Patere legem quam ipse fecisti.* (Entra el secretario.)

EL CÓNsul.

¡Ah! ya estás aquí. ¿Qué hay?

EL SECRETARIO.

Sé que va á estallar una conspiración de los ministros para elevar á Le Vengeur á la dictadura, y que hay que ganar lo más pronto posible los barrios del comercio. Le Vengeur acaba de hacer fusilar á muchos amos de casa por haberles encontrado armas. Esto ha producido cierta emoción. Se forman grupos y barricadas. Tu presencia entre los ciudadanos sublevados reanimará su valor, porque creerán ver la legalidad de su parte.

**EL CÓNSUL.**

Y en efecto, la tendrían... Vamos... Pero no podremos llegar hasta allí.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

Inténtalo sin embargo.

**EL CÓNSUL.**

Estoy rendido de cansancio : estoy malo.

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

¡Cobarde!

**EL CÓNSUL.**

No me insultes, pobre amigo. ¿Quieres reñir conmigo en el momento de morir?

**EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.**

¿Cómo, desdichado? Tú has hecho lo que todos te hemos visto hacer : has impulsado todos los motines , has declarado la guerra al mundo,

la has encendido en tu país, has destruido las leyes, arruinado las fortunas, instituido los tribunales revolucionarios, sumido á un pueblo inmenso en aflicción y en sangre. Has hecho todo eso, y cuando se presentan algunos hombres de bien para defenderte, no intentas ir á morir entre ellos! Eres mas vil que los bandidos que te van á matar ahora mismo á puntapiés.

### EL CÓNSUL.

Pobre amigo mio, compadéceme. Todo eso que yo he hecho, no lo he hecho por malicia, sino por vanidad y por miedo. ¡Si tú supieras la presión que ejercían sobre mí esos pillos! Pregúntaselo á mi secretario, que él te lo dirá.

### EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

Ven al momento, é te levanto aquí mismo inmediatamente la tapa de los sesos.

### EL CÓNSUL.

Bueno, vamos, pero seremos asesinados por la canalla.

(*Quieren salir.*)

UN SOLDADO (al cónsul).

Estás preso.

EL CÓNSUL (al ministro de Negocios extranjeros).

¿Lo ves?

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

¿Con qué derecho, y por orden de quién está preso el cónsul?

EL SOLDADO.

Por derecho y por orden del cónsul.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Pues si el cónsul es ese... ahí le tienes.

EL SOLDADO.

Me inclino á creer que hay otro, y que aquel es el bueno, puesto que es el más nuevo.

EL MINISTRO DE NEGOCIOS ESTRANJEROS.

Déjanos salir, que va en ello tu vida y la salvación de la patria.

EL SOLDADO.

Basta de conversacion. Apoyado en mi consigna, me cuesta muy poco atravesarte el vientre de un bayonetazo.

EL MINISTRO (*en voz baja al cónsul y al secretario*).

Todavía tenemos probabilidad de escapar. Somos tres, y el soldado no es mas que uno. Deshagámonos de él, y tomemos luego la puerta secreta.

EL CÓNSUL.

¡Ay Dios mio! ¡Ay Dios mio!

EL MINISTRO.

¡Qué devoto se ha vuelto! ¿A qué Dios invocará este destructor de iglesias?

EL SECRETARIO.

Difícil sería decirlo. ¿Tienes armas?

EL MINISTRO.

Tengo mis pistolas.

EL CÓNSUL.

¡Ay Dios mio! ¡Ay Dios mio!

EL SECRETARIO.

Mi puñal hará menos ruido. (*Al cónsul.*) Toma, coge esa pistola que es de dos tiros; uno para el enemigo que mas te apure, y el otro, en caso necesario, para ti, si tienes corazon para ello.

EL CÓNSUL.

¡Ay Dios mio! ¡Ay Dios mio!

EL SECRETARIO.

Ni siquiera tendrá valor para huir.

EL MINISTRO.

Observa un fenómeno curioso. Se va adelgazando á la simple vista. Dejémosle ahí.

EL SECRETARIO.

Por última vez. ¿Quieres intentar escaparte con nosotros?

EL CÓNSUL.

Amigos míos, amigos míos, vais á comprometerme.

EL SECRETARIO.

¡Silencio! (*Al ministro.*) Pon atención. Vas á ver dar una hermosa puñalada. Me ha dado lecciones un italiano. (*Abre la puerta, y el soldado le detiene.*) Yo no soy el cónsul, yo puedo salir.

EL SOLDADO.

Ni tú, ni otro ninguno.

EL SECRETARIO.

Tengo un pase.



EL SOLDADO.

Me rio de él.

EL SECRETARIO.

Llama á tu oficial. (*El soldado se vuelve. Es herido, y cae. El ministro y el secretario se escapan. Entra gente armada, y encuentra al soldado muerto y al cónsul desmayado.*)

## XII.

Una iglesia convertida en cárcel.

SIMPLET.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡oy! ¡oy! ¡oy! ¡Qué frío hace aquí!

PROTÁGORAS.

¡Qué importuno es este pobre muchacho! Hace una hora que no me deja dormir.

SIMPLET.

¡Ay! ¡ay! ¡ay!

PROTAGORAS.

¿Estais muy incomodado, amigo mio?

SIMPLET.

Un frio que he cogido en la cárcel, unido á antiguas heridas que recibí en libertad, me hace todas las mañanas un mal del diablo.

PROTAGORAS.

Pues hay que tener paciencia.

SIMPLET.

Espero que no me faltará. Estos gritos que me arranca el dolor no son murmuraciones contra él.

PROTAGORAS.

¡Hola! ¡Hola! ¿Si me encontraré aquí con un estóico? Me parece, amigo mio, que tenéis valor.

SIMPLET.

Yo no soy mas que un cobarde y un imbécil.

He cedido á todas las pasiones, y me he dejado arrastrar á todo género de tonterías.

PROTÁGORAS.

Aceptar el dolor como lo haceis, no es de un imbécil, ni de un cobarde.

SIMPLET.

Acepto el dolor, porque le he merecido. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué frio hace!

PROTÁGORAS.

Es verdad. (*Se envuelve en su capa.*) Pero, amigo mio, ¿por qué creéis haber merecido el dolor?

SIMPLET.

Porque he obrado mal.

PROTÁGORAS.

Me admirais. ¿Sabríais decirme lo que entendéis por mal?

SIMPLET.

¿Conoceis la Religion católica?

PROTÁGORAS.

Esa y otras muchas.

SIMPLET.

Pues basta para saber lo que es el bien y lo que es el mal.

PROTÁGORAS.

Pero esa no es la única.

SIMPLET.

Es la única, porque es la verdadera. No hay dos religiones, porque no hay dos Dioses.

PROTÁGORAS (*bajo*).

Hablo como Fras (*alto*). ¿Qué os prueba que no hay dos Dioses?

SIMPLET.

La fe nos lo enseña. La razon y todo cuanto

vemos nos lo demuestra. La tierra y el hombre son evidentemente obra de un solo Criador, que los ha formado el uno para el otro.

PROTAGORAS.

Es un argumento ciertamente. Sin embargo, el hombre es tan doble, tan múltiple, tan diverso, que no sería extraño que hubiesen concurrido dos poderes á su formación. ¡El hombre! ¡Es un gran misterio, amigo mio!

SIMPLET.

Eso mismo decia yo; esas mismas objeciones y otras muchas hice al cristiano que me instruyó.

PROTAGORAS.

¿Con que habeis leído libros de filosofía?

SIMPLET.

¿Yo? ¡Qué disparate! Esas dificultades se me ocurrieron por sí solas desde que me dijeron que no bebiese, que no me encolerizase, que no me dispase de ningun otro modo. ¡Diablo! esto me

pareció tan duro , que hubiera escrito un libro para probar que debía permitirme forzosamente todo lo que me aconsejaban mis pasiones , sí; pero ¿qué tenía que decir entonces contra los ladrones , contra los asesinos y contra todos los perdidos que quieren vivir sin trabajar?

PROTAGORAS.

Sin embargo...

SIMPLET.

Dejadme seguir. Hablais con un antiguo socialista. Probadme que debeis tener una capa y yo no. Me direis: «Yo he comprado mi capa;» y yo os contestaré: «Tengo frio.» Os mataré para apoderarme de vuestra capa , y otro luego me matará á mí para quitármela, y este á su vez será asesinado. Y seguirá la matanza mientras dure la capa. Procurad arreglaros con nuestro doble hombre y con vuestro doble Dios. El que aconseja el mal, tendrá siempre razon , y continuaremos comiéndonos unos á otros. El hombre no es doble; es libre, inteligente, y por el pecado se ha hecho imperfecto. Ved ahí el misterio.

PROTÁGORAS.

¿Sabríais explicarme ese misterio, amigo mio?

SIMPLET.

Todos los que conocen la Religion pueden explicarlo. ¿Conque vos sois como Nicodemus?

PROTÁGORAS.

¿Qué Nicodemus?

SIMPLET.

Aquel hombre que iba á ver al Señor por la noche, y que no sabia nada, aunque pasaba por sabio. Se estaba siempre con la boca abierta, preguntándolo siempre todo, y admirándose de todo. El Señor le dijo: «¿Qué! ¿eres doctor é ignoras estas cosas?» Ya os leeré en el Evangelio este pasaje, que es muy bello. Pero volviendo al hombre, ante una resolucion que ha de tomarse ó una accion moral que ha de practicarse, conoce uno muy bien que es libre, y que puede usar bien ó mal de su libertad. Si tengo mu-

cho deseo de beber y me abstengo de ello, si tengo gana de mentir y me resuelvo á decir la verdad, si tengo impulsos de ensoberbecerme y me humillo, no por esto soy dos hombres, ni he sido formado por dos Dioses, sino por uno solo, que quiere que le obedezca libremente. Esto es lo que prueba que la Religion es verdadera.

PROTÁGORAS.

¿Cómo? No veo muy clara esa consecuencia.

SIMPLET.

Pues es muy fácil de ver. La Religion nos explica todos estos movimientos contrarios que se obran en nosotros: nos dice de dónde vienen y á dónde tienden; secunda los buenos y combate los malos; anuncia castigos mas fuertes que todas las seducciones del mal; promete recompensas mas grandes que todos los sacrificios; da luz á las ideas y paz al corazon; se acomoda, en fin, al alma como un vestido cuyas medidas son exactísimas, que toca en todas partes y no aprieta en ninguna. De aquí deduzco que está hecha para el hombre, así como el hombre está hecho para el mundo, y que todo sale de la misma



mano, es decir, de la mano de Dios. Lo que sale de la mano de Dios es perfecto, y lo que es perfecto es verdadero.

PROTÁGORAS.

Hay objeciones, amigo mío, y objeciones muy fuertes. Al misterio de la humanidad se le ha dado también otra solución.

SIMPLET.

Como al misterio de la sed, al que también se han dado dos soluciones, la fuente y la taberna.

Cuando bebo en la fuente, quedo satisfecho; cuando bebo en la taberna, me queda más sed y además salgo borracho. Por la solución cristiana soy hombre de bien; por las demás he sido borracho, revolucionario, bestia feroz. La solución cristiana me hace hermano de Jesucristo y me lleva a la vida eterna, donde gozaré de la presencia de mi Criador. Las demás soluciones me han valido un ojo saltado, un brazo roto y una pierna mala. En cuanto a las eventualidades que amenazan mi cabeza, nada tengo que decir: no pienso en ellas desde que mis remordimientos se han convertido en arrepentimiento. Pero ves, ciada-

dano, no haríais mal en pensar un poco en ellas. Nos encontramos ~~los dos~~ en una pequeña senda que conduce derecha á la guillotina. Si otros mas sabios que yo ~~os~~ hablan de Dios, ~~no cerréis~~ vuestros oídos. Es muy bueno tener la conciencia tranquila cuando se está aquí.

PROTÁGORAS.

¿Conque ha sido aquí donde os han dado á conocer la Religion?

SIMPLET.

Sí.

PROTÁGORAS.

Pues debe de ser hombre hábil el que os ha catequizado.

SIMPLET.

¿Quereis saber cómo se ha manejado, para ello?

PROTÁGORAS.

Tendria gusto en saberlo.

SIMPLET.

Tenia yo frio, y me dió la mitad de su ropa para que me abrigara. Hé ahí su malicia.

(Entra el P. Alexis en traje de carcelero.)

**EL P. ALEXIS.**

**Simplet, ya está tu desayuno.**

**SIMPLET (bajo).**

**Padre, una palabra á ese pobre hombre. No sabe nada de nada. Es un sabio.**

**(Sale.)**

### XIII.

**PROTÁGORAS (mirando al P. Alexis).**

**Yo he visto ya á este carcelero.**

**EL P. ALEXIS.**

**¿Quereis reconocerme, ilustre Protágoras?**

**PROTÁGORAS.**

**Efectivamente.**

**EL P. ALEXIS.**

**En tiempos mas pacíficos me encontraréis con**

frecuencia, y disputamos algunas veces; pero aquel adversario de entonces no deseaba nunca sino hacerse amigo. Yo soy el P. Alexis, de la Compañía de Jesús..

PROTÁGORAS.

Todo me lo explico. Ahora estaba hablando con uno de vuestros neófitos, reverendo padre, y os felicito.

EL P. ALEXIS.

Mi amigo Simplet.

PROTÁGORAS.

No tan simple. Me parece despejado.

EL P. ALEXIS.

Es una pequeña conquista que no os perjudica nada. Simplet no era ecléctico.

PROTÁGORAS.

Me admiro de veros aquí.

EL P. ALEXIS.

Y lo más admirable es que estoy libre y soy funcionario del Estado, siendo miembro de una congregacion no autorizada... Pero por fortuna no han pensado en hácerme jurar los cuatro artículos de 1682. Mediante un poco de perseverancia, y, lo confieso, un poco de astucia, me he introducido aquí. Ya comprendereis en lo que me ocupo. He hecho mi aposento de una capilla semejante á esta. Todavía están en ella el confesonario y el altar, y me sirvo de ellos.

PROTÁGORAS.

Con todo eso, el mejor día os cortan la cabeza.

EL P. ALEXIS.

Será un buen día. Tertuliano me dice que no es necesario que yo viva, sino que sirva á Dios.

PROTÁGORAS.

¿Y no se ha debilitado vuestra fe?

EL P. ALEXIS.

Jamás se ha visto mi fe sostenida ni inflamada

por mas milagros. Podria decir que despues de veinte años de sacerdotio, al entrar aquí no conocia aun las misericordias del Salvador. Veo á la ~~candad~~ <sup>tierra</sup> producir frutos abundantes en esta árida tierra; veo á la esperanza florecer en los escalones del cadalso; veo la vida germinando en la sangre. Cada dia recojo preciosos arrepentimientos y lágrimas santas. Este gran naufragio...

PROTÁGORAS.

Me parece que no os desagrada poner las cadenas.

EL P. ALEXIS.

Si estuviese en mi mano abrir las puertas de esta cárcel, no me contentaria con abrirlas, sino que las arrancaria. Pero siendo el fin esencial de la vida el morir bien, miro tambien las cosas bajo este punto de vista, y pienso que Dios hace un favor inmenso á muchos de los que envia aquí. Esta es una encrucijada en que hay que abrir mucho los ojos para ver el camino que se ha de tomar. Los que se dirigen hácia el cielo, lo ganan todo. Y son muchos.

PROTÁGORAS.

¿Y los demás?

**EL P. ALEXIS.**

Son dignos de compasion, pero no de perder la vida.

**PROTÁGORAS.**

Hablaís estando en libertad, Rdo. Padre. Yo, por mi parte, preferiria vivir en mi casa, y morir lo mas tarde posible en mi cama.

**EL P. ALEXIS.**

Vuestro gusto es muy natural. Me confesareis, sin embargo, que seria mas juicioso querer pura y simplemente lo que Dios quiere; conformarse con la casa que á uno le da, aunque sea un calabozo, con la cama, aunque sea un cadalso, y ocuparse, tanto allí como en todas partes, de la eterna morada del alma. Hé ahí el fin. Lo demas no es mas que el agrado ó la incomodidad pasajera del viaje, y merece poco fijar nuestra mente. ¿Qué importa mas ó menos comodidad en la posada, y mas ó menos polvo en el camino?

**PROTÁGORAS.**

**A mi modo de ver importa bastante. Por últi-**

mo, el fin es oscuro. Todo el mundo va allí, pero no vuelve nadie. ¿Quién me probará que el viaje no es la cosa misma, en vez de no ser, como vos decís, mas que el medio? La inmortalidad, ¡gran palabra! ¡gran problema! ¿es la vida y los goces? ¿Es el sueño? ¿Es el fastidio? ¿Hay una inmortalidad para los seres que no dejan recuerdo alguno de sí? Hemos leído y escrito muchos tomos sobre esta materia. Pero ¿quién sabe mas, el filósofo que escribe el libro ó el raton que le roe? En esta duda tienen razon los hombres de no mirar con indiferencia lo largo y la comodidad del camino. Yo me cuidaré mucho de ello, os lo confieso.

EL P. ALEXIS.

¿Deberé yo inferir de ahí que vuestra fe es menos firme que la mia?

PROTÁGORAS.

De ningun modo.

EL P. ALEXIS.

Sin embargo, me parece que lo que es aquí no os sirve de mucho.



PROTÁGORAS.

Mi fe no está obligada á consolarme ni hacerme amar los trabajos y la muerte.

EL P. ALEXIS.

Convenid en que la costaria trabajo.

PROTÁGORAS.

Me ilustra, y eso me basta.

EL P. ALEXIS.

Si no temiese ser indiscreto, os suplicaria me dijéseis qué es lo que os hace ver.

PROTÁGORAS.

Me hace ver, reverendo padre, un porvenir muy próximo en que mi filosofía subsistirá, y la vuestra habrá desaparecido.

EL P. ALEXIS.

Os confieso, en verdad, que yo veo todo lo contrario.

## PROTÁGORAS.

Volved, pues, la vista á lo que cae.

## EL P. ALEXIS.

Lo que cae es vuestra obra. Esos gobiernos que son derribados del primer empuje; esas instituciones hechas, deshechas y rehechas, siempre impotentes, siempre frágiles, siempre ridículas; esas doctrinas fecundas solo en monstruosidades; todo eso era muy bueno y muy bello para vuestro gusto. Todo eso cae, y os era muy necesario. Lo habeis inventado y combinado contra nosotros. Os hemos dicho que el martillo del escepticismo podria muy bien destruir nuestro edificio, pero que hasta pulverizaria los materiales del vuestro: que podríais muy bien quitar en cierto modo á Dios de la sociedad, pero que entonces la sociedad se hundiria y os aplastaria bajo sus ruinas. Habeis querido hacer la esperiencia, y no podeis resistir á ella.

## PROTÁGORAS.

Admito que nosotros nos encontremos mal;

pero ¿os hallais vos muy bien? Nuestra obra cae; concedido: nos aplasta bajo las ruinas; concedido tambien. Pero en esas ruinas sin límites, en esos escombros y esa tumba del mundo, ¿qué es de vosotros?

EL P. ALEXIS.

Lo que es del grano en la tierra: germinamos. Yo veo como vos lo que cae y lo que se arranca: vos no veis como yo lo que brota y vuelve á nacer. Vosotros habeis echado á Dios de la sociedad, pero no le habeis echado del cielo ni del corazón del hombre. Vosotros estais perdidos, porque para gobernar necesitais una legislacion sabia y una gran combinacion de fuerzas materiales que no existen ó que están desorganizadas. A nosotros para reedificarlo todo nos basta con que la naturaleza humana se conserve tal cual Dios la ha hecho, con su invencible necesidad de vivir y de creer.

PROTAGORAS.

Admiro el prodigio de vuestra obstinacion. Porque durante un cierto número de siglos habeis hecho á la naturaleza humana doblarse ba-

jo el peso maravilloso de vuestras doctrinas, creéis haberla cambiado, y no podeis comprender que vuelva á su primitivo instinto. ¿No habeis oido esa palabra pronunciada por no sé qué vecino demócrata *la humanidad quiere gozar?*

EL P. ALEXIS.

La he oido..

PROTÁGORAS.

El axioma carece de decencia y de literatura, pero es la verdad: *la humanidad quiere gozar*. Ved ahí la palabra del siglo, que no os permite ya hacer nada.

EL P. ALEXIS.

Os equivocais. Esa palabra, cuya verdad no niego, no me quita la menor esperanza. Yo sé muy bien que la humanidad quiere gozar, pero, en mi humilde opinion, no tardará en cansarse de los goces que se ha procurado alejándose de nosotros. Ya vendrá á pedirnos otros.

PROTÁGORAS.

No lo creais. Primero querrá perecer que volver al yugo.

EL P. ALEXIS.

Puede ser que en vez de pensar que vuelve al yugo, crea, y con bastante fundamento, que le rompe. ¿Llamais estado de libertad á la situación en que nos hallamos, en que cada ciudadano es un verdugo ó un proscrito?

PROTÁGORAS,

Este estado no puede durar,

EL P. ALEXIS,

Pero ¿cómo acabará?

PROTÁGORAS.

Vendrá un amo, un hombre fuerte.

EL P. ALEXIS.

Un amo, un hombre fuerte, no viene nunca solo: tiene siempre á su lado contra maestres y soldados, y debajo de sí esclavos. Ese amo será de vuestro modo de pensar, ó no lo será; os per-

seguirá á vos ó perseguirá á otros. Tal vez haga por cierto tiempo durar el orden, pero no hará reinar la libertad y la justicia: hablo de esa justicia ante la cual todo se inclina, que no castiga nunca á los vencidos, sino á los culpables, y que ve la conciencia misma de los criminales someterse á sus fallos. Hemos ensayado ya muchos de esos hombres fuertes. ¿Qué han hecho? Han dejado á la sociedad mas enferma, mas debilitada de lo que la habian encontrado: el orden material, á merced de los últimos conspiradores de taberna, el moral á merced de los últimos sofistas, ó, para valerme de vuestras mismas palabras, de los últimos necios. Si el nuevo hombre fuerte que ha de venir no trae mas que lo que han traído los otros, legará á los gusanos la sociedad, totalmente envilecida por la voluptuosidad y el despotismo. Triunfareis y morireis. Vuestro triunfo definitivo no puede ser mas que la destruccion del género humano.

PROTÁGORAS.

Os repito, reverendo padre, que antes perecerá el género humano que volver á vos.

EL P. ALEXIS.

No sé lo que haria si pudiera elegir. Pero no

depende del género humano el perecer. Tiene su obra que consumir, y esperará para desaparecer á que el dedo de Dios detenga el curso de los siglos en el inmóvil cuadrante de la eternidad. Ni vos ni yo sabemos cuándo sonará la última hora, y cuándo amanecerá el día sin siguiente. Solo sé que antes que el mundo pare le habrá Dios vencido.

PROTÁGORAS.

Sí, en el juicio final. Si nos metemos en los artículos de la fe, os advierto, reverendo padre, que he horrado ese de mi *Credo*.

EL P. ALEXIS.

Lo sé, pero sé tambien que las razones que teneis para desecharle no valen tanto como las que yo tengo para creerle. Pero no os emplazo yo para tan tarde. Con solo que vivaís la vida regular, vereis quién vence en este siglo y en este mundo, si el Dios muerto de la escolástica, ó el Dios por nacer de la filosofia.

PROTÁGORAS.

Pero, reverendo padre, mirad dónde os hallais.

Escuchad los gritos y los cantos que resuenan en estas bóvedas: mirad esos altares hechos pedazos. Me hablais del poder de vuestro Dios, y estamos hablando en su tumba, y no hablais sino en voz baja, de miedo que un incrédulo se acerque á escucharos y manche con la sangre del sacerdote el santuario ya cien veces insultado.

*El Arca Santa está muda y no da ya oráculos.*

EL P. ALEXIS.

*¿Y qué tiempo fue mas fecundo en milagros?*

Yo conozco en este templo mas fieles que los que encerraba en los dias de su esplendor: en él oigo suspirar el arrepentimiento y cantar á la esperanza; conozco que mi Dios vive, sé que hay mártires, y anuncio su victoria. ¡Sangre de los mártires, semilla de los mártires! Dios, al entregarnos como se entregó El mismo al odio del mundo, nos ha dado como á El la fecundidad en la muerte. En todas aquellas partes en que el hombre ha abierto la tumba de un Santo, ha puesto Dios la urna de una iglesia. Para reemplazar á nuestros padres, nos da hijos. Yo enseño en esta cárcel, otros lo hacen en otra parte. Arrojarnos á las Catacumbas, es empapar-



nos de nuevo en el aire natal. Allí es donde sabemos lo que es nuestro Dios, y donde bendecimos la inmensidad de sus misericordias. Esta misma noche se han escapado dos jóvenes de la cárcel, con peligro de su vida y de la mía. Les he indicado que se retiren á casa de un Obispo, y volverán aquí mañana sacerdotes *in æternum*. Decís que el mundo no es ya cristiano. Yo os aseguro que lo es, y aun en aquellas partes donde no lo es, se acuerda de haberlo sido. Se acuerda tanto, que la filosofía activa se esfuerza hoy en hacérselo olvidar. Vosotros nos acusais de que queremos embrutecer al género humano; vuestros discípulos le quieren decapitar; último testimonio de la apología completa, aunque forzosa, que Dios les condena á hacer del gobierno espiritual y temporal de la Iglesia, tan desacreditado por vosotros. Pues qué, ¿el verdugo hace en ninguna parte otra cosa que parodiar al sacerdote? ¿Es otra cosa el socialismo que un impotente esfuerzo del orgullo filosófico para realizar, por medio de la fuerza, de la sangre y del crimen todo lo que la Iglesia obtenía por medio de la reprension y del amor? Blasfemando del cristianismo, el mundo aspira á él. Se apercibirá de ello, y no se dejará detener en su retroceso por las vanidades estúpidas y los ne-

cios orgullos que se aconsejen el suicidio. La razón humana misma secundará las influencias de la misericordia. Oirá este dilema que la presentan sin cesar tantas catástrofes: *Ó Cristo, ó la muerte; y querrá recobrar la vida.* (Se oyen tiros y cañonazos.)

**PROTÁGORAS.**

¿Qué es esto?

**EL P. ALEXIS.**

Es el dilema.

(*Entra Simplet.*)

**SIMPLET.**

¡Otra revolucion! Ha sido derribado el cónsul, y Le Vengeur toma la dictadura.

**PROTÁGORAS.**

¡Le Vengeur!

**SIMPLET.**

Dicen que Galuchet va á ser nombrado general de la fuerza obrera, y se teme una matanza de los presos.

**PROTÁGORAS (bajo).**

Reverendo padre...

EL P. ALEXIS.

Acabad, señor.

PROTÁGORAS.

Puesto que habeis logrado dejar escapar á esos dos jóvenes...

EL P. ALEXIS.

Os entiendo. No tengais duda de que yo quiero salvaros.

SIMPLET (*bajo*).

Padre...

EL P. ALEXIS.

Habla, hijo mio.

SIMPLET.

Quisiera confesarme al momento.

EL P. ALEXIS.

Ven.

PROTÁGORAS.

Quiere salvarme... bueno: pero ¿qué entiende por salvarme? ¿Con tal que no haya en este alguna restricción mental?

## XIV.

## Supremo Tribunal social y fraternal.

(*Chenu ocupa la silla de la presidencia. Los jueces son Requin, Labiche, el antiguo portero Ducrot y Retho. Griffard desempeña las funciones de acusador público.*)

CHENU.

Hace ya cinco minutos que está esperando el Tribunal Supremo. ¿Por qué no comparece el acusado?

EL PORTERO.

Ciudadano presidente, no puede andar, y hay que traerle.

CHENU.

¿Quién nos quita ir despachando otros entre tanto?

GRIFFARD (*al portero*).

Haz comparecer á la mujer de Grimblot.

## EL PORTERO.

Aquí está.

(*Se presenta Catalina Grimblot.*)

## GRIFFARD.

La acusada ha cometido muchos crímenes: 1.º Se ha lamentado muchas veces de que su marido haya muerto por la santa causa de la república social, y de este modo ha ultrajado la memoria de un héroe que llora la patria. 2.º Ha hablado contra la libertad de la prensa cuando la prensa era todavía libre, y ha insultado violentamente á nuestro antiguo amigo Baisemain, que luego... pero que entonces era virtuoso. 3.º Formaba parte de la secta de las *piadosas*, y ha sido cómplice de la mujer de Lavaur, sustraída en este momento á nuestra justicia por razones de estado. 4.º Ha enseñado prácticas piadosas á los niños del pueblo, y aun á sus propios hijos... ¡Una madre! 5.º Ha recogido y cuidado al ex-general Hermann, á quien vais á condenar en seguida. Sin embargo, en consideración á los méritos y á la memoria de su marido, no pido contra la acusada mas pena que la de deportación.

CHENU.

Catalina Grimblot, ¿confiesas tus crímenes?

CATALINA GRIMBLOT.

Y me glorío de ellos.

GRIFFARD.

¡Ah! ¿te glorías de ellos? (A los jueces.) Pido su cabeza.

CHENU.

Procedamos a la votación.

REQUIN.

La muerte.

LABICHE.

La muerte.

DUROT.

La muerte.

RETHO.

La... (Vacila.) La deportacion.

CHENU.

¿Qué es eso?

RETHO (*con voz débil*).

Quiero decir, la muerte.

CHENU.

Pues ten cuidado.

RETHO.

La muerte. (*Toma una botella de vino que hay delante de los jueces, llena una copa, y se la bebe con precipitacion.*)

CHENU.

Catalina Grimblot es condenada á muerte por unanimidad.

EL PORTERO.

Aquí teneis al ex-general Hermann.  
(*Llevan á los pies del tribunal á un anciano impedido.*)

## GRIFFARD.

Este viejo se ha presentado en público revestido con los relumbrones con que el favor de los tiranos habia halagado su vanidad. En medio de un pueblo libre y socialista, queria formar parte todavia de una supuesta Legion de Honor, desconociendo así la Santa igualdad. Declamando ademas contra la justa sentencia que ha condenado á su hijo, ha faltado al respeto debido á la justicia. Merece la muerte.

CHENU (*al acusado*).

¿Qué respondes?

HERMANN.

¡Viva el Rey!

REQUIN.

La muerte.

LABICHE.

La muerte.

DUCROT.

La muerte.

RHETO (*vacilando*).

Mil muertes. (*Bebe otra vez.*)



CHENU (*al general*).

Calzon de piel, ya no gritarás mucho tiempo  
¡Viva el Rey! Te condeno á muerte, y siento no  
poderte hacer sufrir el suplicio tantas veces co-  
mo votos hay aquí para enviarte á él.

HERMANN.

Nunca serian tantas como heridas he recibi-  
do por la patria.

(*Se le llevan.*)

CHENU (*á los porteros*).

Echad á ese viejo loco en el suelo del patio,  
mientras espera su carro.

(*Entran una mujer anciana.*)

CHENU.

¿Qué es esto?

GRIFFARD.

Nadie conoce á esta vieja; pero basta mirarla  
para comprender que ha pertenecido á la clase  
de los opresores del pueblo. No quiere decir su

nombre: prueba de que tiene interés en ocultarle.

**CHENU.**

¡Hola!

**GRIFFARD.**

La acuso de haber deseado la caída de la república democrática y social, y pido contra ella la pena de los traidores.

**CHENU.**

Vamos, mala vieja, defiéndete, y cuida de no chochear mucho tiempo.

**LA VIEJA.**

Señores, tened la bondad de hacerme las preguntas por escrito, porque soy muy sorda.

**CHENU.**

Entonces has conspirado á la sordina. (Se rie.) Por eso mismo eres mas culpable. A votar.

**REQUIN.**

- La muerte.

**LABICHE.**

La muerte.

**DUCROT.**

La muerte.

**RETHO.**

¿No habría lugar á?...

**CHENU.**

¿Qué es eso?

**RETHO.**

La muerte. (*Vuelve á beber.*)

**CHENU.**

**Por unanimidad.**

(*Indica por señas á la vieja que la van á cortar la cabeza.*)

**LA VIEJA.**

¡Jesus María y José!

(*Hace la señal de la cruz.*)

**UN HOMBRE EN EL AUDITORIO.**

**Eso es una injusticia.**

CHENU.

Traed acá á ese que insulta al Tribunal Supremo.

EL HOMBRE.

No hay necesidad de que me traigan, vengo yo solo. Yo conozco á la ciudadana acusada. Es una excelente mujer, que jamás ha hecho mal á nadie. Al contrario; era rica, y todo se lo daba á los pobres.

CHENU.

Es decir que les hacia algunas restituciones.

EL HOMBRE.

Yo que os estoy hablando, lo he visto estando enfermo en mi zaquizamí, á donde iba á cuidarme y consolarme.

CHENU.

¿Te hablaba de religion?

EL HOMBRE.

Bueno, sí. ¿Y qué?

CHENU.

Pues ahí está la cuestión, Cállate pronto, ó te envío al paraíso con ella.

*(Presentan un joven y una joven.)*

GAUFFARD.

Estos dos individuos han sido cegidos infraganti delite de prácticas supersticiosas, de rodillas ante un altar, donde un sacerdote, á quien han dejado escapar, acababa de darles una llamada bendicion nupcial. El acto supersticioso es un crimen: haber dejado escapar al sacerdote, es otro crimen. Son doblemente culpables.

CHENU.

¡Imbéciles! ¿Qué os impedía casaros libre, filosófica y republicanamente?

EL JÓVEN.

Somos cristianos.

CHENU.

¡Bravo! ¡Pues compones bien la cosa! Vamos

à ver, sois jóvenes, me interesais, y todavía queda medio de salvaros. ¿Quereis descasaros?

LA JÓVEN.

Dios nos ha unido para la eternidad.

CHENU.

No irá tan lejos la cosa, hermosa mia. Deja á Dios y á tu marido: toma otro hombre, y que él tome otra mujer. Yo mismo voy á casaros en seguida, y vais á ir á celebrar la boda cada uno por vuestro lado.

EL JÓVEN.

¿Por qué nos insultais pudiendo hacernos morir?

CHENU.

Un momento. Si tú quieres morir, eso no es difícil; pero pudiera suceder que tu titulada esposa fuera de otro modo de pensar. Habla, ciudadana. ¿Quieres descasarte? La cuestion es dormir esta noche en la hoya con un cadáver ó en la cama con un vivo.

LA JÓVEN.

[ Mi corazon es de mi esposo, y mi vida de Dios.

CHENU.

¡Qué tenaces! Vamos á ver, el que quiera des- casarse, no solo se salvará á sí mismo, sino que salvará al otro.

*(Los dos esposos se miran un momento en si- lencio, y luego se dan la mano.)*

LA JÓVEN.

Moriremos juntos.

CHENU *(encolerizado)*.

A votar.

REQUIN.

La muerte.

LABICHE.

La muerte.

DUCROT.

La muerte.

¡RETHO.

Me parece que...

CHENU (*furioso*).

¿Qué?

RETRO.

La muerte. (*Bebe.*)

CHENU (*á los dos esposos*).

Morireis juntos, pichones míos.

(*Presentan un autor.*)

GRIFFARD.

Ved aquí á los pies del Supremo Tribunal al autor de muchos detestables libelos antisocialistas, en los que no se sabe qué resalta mas: si el sentido moral depravado, ó el gusto literario pervertido. Este miserable ha atribuido á los mas ilustres ciudadanos sentimientos bajos, feroces, y un lenguaje innoble: ha puesto en ridículo el patriotismo y la sensibilidad de las almas republicanas; ha servido constantemente la causa de los ricos y de los dichosos; se ha atrevido á decir que el advenimiento del socialismo seria una catástrofe para la civilizacion; en fin, por su fanatismo, ha sido detestado hasta de sus



amigos, y no ha hecho menos daño á la verdadera Religion que el que ha querido hacer al socialismo. En caso necesario, puede verse la prueba de ello en los periódicos religiosos y reaccionarios de la época. Que reciba, pues, el castigo que ha merecido.

CHENU.

Defiéndete.

EL AUTOR.

¿Para qué?

CHENU.

¿Conque conoces la suerte que te espera?

EL AUTOR.

Tan bien como conozco á mis jueces.

CHENU.

¿Qué lástima que se haya suprimido la rueda!  
(Hace una seña á los jurados.)

REQUIN.

La muerte.

LABICHE.

La muerte.

DUCROT.

La muerte.

RETHO (*aparte*).

Mi voto no le salvaria... (*Alto.*) La muerte.  
(*Bebe.*)

EL AUTOR.

Gloria á Dios.

*(Se trae á Baisemain, — Sensacion.)*

GRIFFARD.

Ciudadanos miembros del tribunal social y fraternal, mi corazon está desgarrado. ¿Cómo podria ver sin dolor comparecer ante vosotros, mezclado con absolutistas ó traidores, á quien fue nuestro hermano y nuestro amigo, al que llamábamos con orgullo el elocuente Baisemain? Alma de Bruto, yo te invoco. Derrama en mí y en estos magistrados augustos tus puras y sublimes inspiraciones. Acuso á Baisemain de haber tratado de formarse una popularidad peligrosa,

en términos de facilitar malos designios contra el dictador. Le acuso de haber querido seducir al pueblo enseñándole teorías socialistas, cuya realizacion, si es posible, está muy lejana. Le acuso de haber turbado las conciencias, profesando el ateísmo. Le acuso, en fin, de inmoralidad en la doctrina y en las costumbres. Sus doctrinas solo tienden á dar al pueblo el gusto poco republicano de los goces y de la gastronomía; sus costumbres son lamentables, y todos sabeis con qué escándalo acaba de repudiar á la ilustre ciudadana que se habia entregado á él generosamente.

CHENU.

¡Pobre Terebenthina!

GRIFFARD.

Ciudadanos, vuestro cargo es terrible, pero es grande. Ahogad la amistad si os aconseja una falsa y peligrosa clemencia. Pensad en Bruto, que condenó á sus hijos é inmoló á César.

¡RETHO.

¡Oh! ¡Oh!

GRIFFARD.

¿Qué?

RETHO.

No fue el mismo Bruto.

GRIFFARD.

¡Pedante! Mantengo mis conclusiones, y pido contra Baisemain la pena de los traidores.

CHENU.

Baisemain, te escuchamos.

BAISEMAIN.

Amigos míos, queridos amigos míos, estoy enfermo. Concededme un plazo.

CHENU.

¡Bah! ¿No sabes que tenemos prisa?

BAISEMAIN.

Pido un defensor.

CHENU.

A los acusados patriotas la ley concede defensores patriotas; pero se los niega á los traidores.

BAISEMAIN.

Veo que quereis asesinarme.

CHENU.

Defiéndete, y no insultes al alto Tribunal.

BAISEMAIN.

Sois unos malvados.

CHENU.

¿Es eso cuanto tienes que decir?

BAISEMAIN.

Apelo á la posteridad; la posteridad me vengará.

CHENU.

Buena será si lo hace. A votar.

REQUIN.

La muerte.

LABICHE,

La muerte.

DUCROT,

La muerte.

RETHO,

La muerte.

CHENU.

La muerte. (*Al ujier.*) Ya debe haber hoy número bastante para formar un convoy. Hé aquí la hoja de camino. A otro.

Se trae otro acusado, y continúa la sesión.

## XV.

Una plaza pública.

(*El P. Alexis está en pie en las gradas de una iglesia arruinada: Simplet está á su lado. Los transeuntes son poco numerosos; alguno se para, y espera.*)

UN TRANSEUNTE (*á una vendedora de pastelillos*).

¿Qué se espera, ciudadana?

LA VENDEDORA.

La carreta que va á pasar.

EL TRANSEUNTE.

¡Ah! (*Se aleja.*)

LA VENDEDORA.

Ya no hay medio de hacer nada. Antes la gente se reunia, y yo podia vender mis pasteles; pero ahora la gente ha perdido la curiosidad. (*Gritando.*) ¡Pasteles, pasteles calientes de Nanterre!

OTRO TRANSEUNTE.

Dame un pastel.

LA VENDEDORA.

Toma: está calentito.

EL TRANSEUNTE.

¿Qué te debo?

LA VENDEDORA.

Veinte y cinco pesetas.

EL TRANSEUNTE.

Toma (*la da un billete*); devuélveme 75 pesetas. Vamos á ver pasar luego á un famoso bandido.

LA VENDEDORA.

¿A quién?

EL TRANSEUNTE.

Al traidor Baisemain.

LA VENDEDORA.

¡Ah! ¿Tambien ese ha caido? Bien hecho.

EL TRANSEUNTE.

Me parece que la noticia produce poca sensacion en el pueblo.

LA VENDEDORA.

¡Bah! Uno de menos, uno de más, ya nada



se ocupa de eso. Si fueran ricos, acaso divertirían al público; pero ahora que ya no hay ricos, nadie hace caso de las ejecuciones. Yo no conozco á ese Baisemain.

## EL TRANSEUNTE.

Pues algo se ha hablado de él. Quería derribar á Le Yengeur.

## LA VENDEDORA.

Háblame de ese. Ese sí que es popular, y á ese sí que habrá curiosidad por verle en la carreta de los ajusticiados. Aquel día de seguro vendo todo el género.

## EL TRANSEUNTE.

¿Conque das gritos sediciosos? Ven, estás arrestada. *(La lleva, á pesar de sus gritos: el pueblo sigue silencioso.)*

## [SIMPLET.

Padre, mejor sería que entrárais. Veo algunas malas fachas que nos observan. Si os reconocieran...

EL P. ALEXIS.

Tranquilízate, hijo mío; Dios nos defenderá. ¿Has podido prevenir á los condenados que les esperaba aquí?

SIMPLET.

Sí; se lo he dicho á uno de ellos; pero ya sabéis cuántos espías y traidores hay. Temo haber sido oído por gentes á quienes no conocia.

EL P. ALEXIS.

Sea lo que Dios quiera. Alguno de esos desgraciados saben que estaré aquí para darles la absolucion; y me seria preferible morir, á frustrar sus esperanzas. (*Rumores á lo lejos.*)

SIMPLET.

Padre, hélos aquí. Me siento á vuestros pies como se ha convenido, para que os reconozcan. ¡Sea lo que Dios quiera!

EL P. ALEXIS.

Bien, amigo mío. Oremos.

*(La carreta avanza escoltada por algunos soldados, y seguida por una corta turba de vagabundos que cantan coplas patrióticas. Los dos jóvenes esposos están sentados uno al lado del otro, dándose la mano; la anciana y Catalina Grimblot rezan el rosario. El general y el autor consuelan á Baisemain.)*

EL GENERAL (al autor).

Teneis razon; nadie es inocente.

EL AUTOR.

Y solo Dios es justo.

EL GENERAL.

Su justicia es terrible.

EL AUTOR.

Su misericordia es infinita. Por algunos años que nos toma, y que acaso hubiéramos nosotros llenado de crímenes, nos ofrece la recompensa que da á los que nunca le han faltado. Arrojémonos en sus brazos, reconozcamos nuestras

faltas, aceptemos la expiacion, y seremos perdonados.

EL GENERAL.

Os doy gracias por lo que decís. No temo la muerte, y, sin embargo, vuestras palabras me hacen mucho bien.

EL AUTOR.

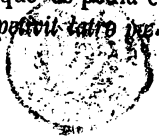
Morid, general, como Duguesclin, Bayard y Turena. Lamentad todo lo que en vuestra vida no se ha conformado con la ley de Dios, y pronto vereis en todo el esplendor de su gloria al vencedor del mundo.

EL GENERAL.

Lo quisiera; pero os confieso que no sé ninguna oracion.

EL AUTOR.

Os voy á recitar una que yo no he dejado de repetir desde que la oí de la boca de un Santo; es corta: «Dios mio, os pido lo que os pedia el ladron penitente.» *Peto quod petivit latro penitens.*



EL GENERAL.

Gracias; no la olvidaré. (*Mostrando á Baisemain.*) Hé ahí un desgraciado que tiene gran necesidad de volver en sí. Decidle algo.

EL AUTOR.

Lo oirá mejor de vuestros labios.

EL GENERAL (*á Baisemain*).

Pensad, amigo mío, en que vamos á comparecer ante Dios.

BAISEMAIN.

Soy inocente.

EL GENERAL.

Ahora no se trata de eso.

BAISEMAIN.

Pueblo, ¿se te engaña! (*Silbidos.*) ¡Ah! ¡Cuán ingrato es el pueblo! (*Vuelve á caer en el estupor. El general y el autor cambian una triste mirada. La carreta desemboca en la plaza.*)

## CATALINA GRIMLOT.

Estamos en presencia del sacerdote que debe darnos la absolucion con las indulgencias de la buena muerte. (*A la jóven.*) Señora, recitad el *Confiteor* por todos los cristianos que están aquí y que van á morir.

EL AUTOR (*al general*).

Repetid esta oracion; es nuestra súplica de gracia: «Dios eterno, los que han de resucitar te saludan, te confiesan y te aclaman.»

(*La jóven recita el Confiteor. Los condenados inclinan sus cabezas. El P. Alexis con las manos unidas pronuncia las palabras de la absolucion. Pasa la carreta.*)

EL GENERAL.

Me parece que acabo de hacer la primera comunión.

EL AUTOR.

*Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.*

## BAISEMAIN.

¡Soy inocente!

## XVI.

## El campo.

*(Una tropa de hombres armados de palos, hoces y fusiles.)*

## SANTIAGO BONHOMME.

¡Mil rayos! rujo de impaciencia. No llegan: vamos á buscarlos. Si no mato tres ó cuatro, me vuelvo loco. Desde esta mañana cuento con ello, y lo necesito.

## EL JEFE.

Calmaos. Pasarán por aquí, y no se nos escaparán. Nadie sentiria tanto como yo no cogerlos.

## SANTIAGO BONHOMME.

¡Bandidos! Nunca me pagarán mis dos hijos muertos y mi hacienda perdida; una hacienda que yo recibí de mis padres, y que habia aumentado con mi trabajo.

## EL JEFE.

A todos nos sucede lo propio. Yo tenia una casa, y todos los domingos me sentaba á la mesa entre mi padre, mi madre, mi esposa y ocho hijos. Mi padre ha sido asesinado, mi madre se ha muerto de temor, mi mujer de hambre á la puerta de mi casa arrasada, mis hijos están presos, mis hijas... Vamos, compañeros; he tomado bien mis medidas, y os prometo que pasarán por aquí. Dejémosles que penetren en el bosque; ni uno solo ha de salir de él.

## GERVAIS.

Cuando los hayamos muerto, debemos ir á marchas forzadas sobre la aldea de donde vienen, á fin de que lleguemos de noche y la pongamos á sangre y fuego. Sus habitantes, aunque hoy son sospechosos para los socialistas, no valen mas que ellos. Todos son ladrones que se roban unos á otros despues de haber robado á los hombres honrados. No tenemos que distinguir entre unos y otros: todos son unos malvados.



**EL JEFE.**

Lo que quisiera es que pudiéramos hacer lo propio con la capital.

**SANTIAGO BONHOMME.**

Solo para eso deseo vivir.

**EL JEFE.**

! Todos nuestros males han salido de allí; pero los pagará con usura.

**GERVAIS.**

A lo que veo, vosotros no quereis ir á hacer la guerra al Oeste, porque aun cuando la vida no es tan dura como aquí, se hacen prisioneros, y eso no os gusta.

**EL JEFE.**

Ni á vos tampoco.

**SANTIAGO BONHOMME.**

Ni á mí. Al principio fui al Oeste, porque

había conocido á la familia de Lavaur. En cuanto á valor, lo tienen, y nadie puede decir lo contrario. Pero cuando vi que había con ellos tantos sacerdotes, me dije: no quiero esto, no quiero *Padre nuestros*; quiero sangre.

EL PEQUEÑO GERVAIS (*que llega*).

Ahí vienen, y Guyot está con ellos.

EL JEFE.

Nuestro último puesto disparará á boca de jarro, y á los tiros todo el mundo en pie. Ahora al suelo.

(*Aparece la columna móvil y penetra en el bosque. Guyot y el comandante van á la retaguardia.*)

GUYOT.

No hay ni la sombra de un insurgente. Ciudadano comandante, recibe mis felicitaciones. El trabajo y la tranquilidad reinan en tu distrito.

EL COMANDANTE.

Por desgracia, no será la abundancia, ciuda-

dano prefecto. Por mas que decimos á la gente, nada conseguimos, y creo que por último se irán con los insurgentes.

GUYOT.

Y en seguida se devorarán unos á otros. Los que hayan cogido algo no querrán devolverlo, y los que han sido despojados querrán recobrar lo que se les haya quitado.

EL COMANDANTE.

Es decir que estarán degollándose perpetuamente, y gritando unos á otros: *¡Al ladron!*

GUYOT.

Justo, hasta que no quede nadie. Empiezo á creer que los socialistas han emprendido una obra imposible.

EL COMANDANTE.

A menos que no hayan querido despoblar la tierra... *¡Qué tiempos para los que quieren la paz!*

GUYOT.

Todo el mundo suspira por la paz; pero la desgracia es que nadie puede darla. Cuando empiezan las revoluciones, no hay medio de concluir las. Se creía coger la libertad, y se cae en la esclavitud; se creía ganar el bienestar, y se logra la desgracia de todos.

EL COMANDANTE.

¡Cuando se piensa que no podemos estar tranquilos, y que tenemos que devastar el país so pena de ser guillotinado! Pero lo que me admira es que las dos repúblicas del Norte y del Oeste no hayan acabado con nosotros.

GUYOT.

Aun no es tarde para ello. Según las noticias que he recibido, los constitucionales, que han conseguido por fin nombrar un dictador, nos han derrotado. Los católicos son dueños de todo el Oeste; no se ve allí ni la sombra de un socialista. Si dan la mano á los constitucionales, la república social se pierde.

EL COMANDANTE.

La gente del Oeste se conduce bien.

GUYOT.

Han sido el alma de la resistencia. Como su fanatismo les ha puesto de acuerdo, el pais que ocupan se ha convertido desde luego en una fortaleza inespugnable. Le Vengeur debe arrepentirse de haber dado libertad á Valentin de Lavour, cuando el gobierno provisional quiso arrestarle.

EL COMANDANTE.

Bastante cara le ha hecho pagar su generosidad. ¿Sabes eso?

GUYOT.

¿Qué se sabe ahora que no hay periódicos?

EL COMANDANTE.

La Sra. de Lavour estaba oculta en la capital cuidando á su madre, y haciendo la vida de una Hermana de la Caridad. Fue descubierta, y le

Vengeur la cogió, y la envió á una ciudad sitiada por los católicos, diciendo á su esposo, que dirigia el sitio, que el día del asalto ataría á su mujer en el punto mas espuesto.

GUYOT.

El rasgo es muy suyo.

EL COMANDANTE.

Lavaur reunió su consejo, y habiendo demostrado en él que era necesario apoderarse de la ciudad, añadió que el combate seria mortífero, y que muchos perderian á sus hijos y parientes. Nadie titubeó, y todos pidieron el asalto. Lavaur dirigió la acción y subió el primero á la brecha, viendo el cadáver de su mujer entre los otros. Le hizo levantar, por miedo de que sus hombres, exasperados, no mataran á los prisioneros.

GUYOT.

Hé ahí un hombre á quien la Revolucion no ha conmovido. Yo he visto matar de un golpe á su padre y á su madre.

EL COMANDANTE.

¡Y sin embargo es tan humano en la guerra!  
Son hombres admirables.

GUYOT.

Sí; pero, ¡cuánto fanatismo! En su federacion viven como unos capuchinos. Los curas la gobiernan, y la civilizacion se pierde. No quieren espectáculos, y oyen misa todos los dias. Es una vida muy triste.

EL COMANDANTE.

No es tan triste como la nuestra... Yo he perdido toda ilusion.

GUYOT.

Yo tambien; pero... (*Se oye un tiro.*)

SANTIAGO BONHOMME (*levantándose*).

Recibe al fin lo que mereces. (*Dispara, cae Guyot. Combate y degüello.*)

## XVII.]

(Campo anejo á la antigua casa de Gervais. Distinguese muchas casas ruinosas por el incendio. Algunos aldeanos están trabajando, vigilados por dos soldados de la fuerza obrera.)

**PRIMER SOLDADO.**

Esos bigardos no trabajan con gusto. Mira qué gesto tan feo tienen!

**SEGUNDO SOLDADO.**

¡Y con qué aire tan feroz nos miran!

**PRIMER SOLDADO.**

Si los nuestros no estuvieran en la casa, y si no tuviéramos bien cargados nuestros fusiles, de seguro esa canalla nos hacia alguna mala pasada.

**SEGUNDO SOLDADO.**

Poco prudente ha estado el comandante de



jando pocos hombres en un país tan mal dispuesto para la social. . . .

**PRIMER SOLDADO.** — ¡No me hables del comandante! Es un triston: no has visto que nos ha recomendado la dulzura con esa gente? Que no se haga daño á esos caballeros, á esos pilletes que rechinan los dientes cuando se les manda trabajar para la república y que se niegan á trabajar para mantener á sus defensores: ¡vaya una ocurrencia! ¿Dónde habrán ocultado el vino?

#### SEGUNDO SOLDADO.

Han dicho al comandante que todo había sido quemado por el anatócrata dueño de esto antes de que viniera la social, y á quien ella ha dedicado la plaza de Valencia.

**PRIMER SOLDADO.** — ¡Quita allá! ¡Hubiera ido á quemar ese vino que no vale un cuarto! Le han ocultado por que no bebiéramos nosotros, los verdaderos socialistas. ¡Esta tiene porrista el comandante! Cree que

to le dicen los valdóres, y en verdad que no se en qué estuvimos pensando al nombrar jefe a un hombre tan imbécil.

#### SEGUNDO SOLDADO.

Ya sabes que se le reconocía capacidad.

#### PRIMER SOLDADO.

¡Ya! Porque sabe leer, porque ha tenido parientes que le educaran con esmero, gracias al sudor del pueblo; ya sirve para todo, y puede ocupar todos los puestos! Desgraciado pueblo, que siempre ha de ser presa de los aristócratas.

#### SEGUNDO SOLDADO.

Hombre, no seas gruñón! para las cuentas, para dar partes y sumar números, recibir instrucciones y hacer proclamas, se necesita saber leer y escribir.

#### PRIMER SOLDADO.

¡Bah! ¡Como si no se pudiera tener un secretario! Supongamos que a nosotros se nos hubie-

ra elegido: ¿no hubiéramos sabido nosotros dictarle lo que él escribiese?

### SEGUNDO SOLDADO.

Deja, que no sucederá eso cuando todo el mundo sepa leer y escribir; no habrá entonces injusticias. No se ganó Zamora en una hora.

### PRIMER SOLDADO.

¡Sí! espera sentado. No ves que se nos explota, y que antes de que todo el mundo sea instruido, los que ahora tienen la instrucción formarán la aristocracia en su favor?

### SEGUNDO SOLDADO.

Entonces, ¿qué quieres?

### PRIMER SOLDADO.

Quiero abolir los privilegios, ¡voto al diablo! porque ya no hay igualdad; quiero que los que tengan instrucción no puedan ser nada, á fin de que no abusen de sus derechos, y que los puestos se saquen por sorteo.

**SEGUNDO SOLDADO.**

**No obtendrás nada.**

**PRIMER SOLDADO.**

**¿Por qué no? ¿Acaso no sería eso un bien?**

**SEGUNDO SOLDADO.**

**Sí; pero no lo obtendrás.**

**PRIMER SOLDADO.**

**Yo pregunto por qué.**

**SEGUNDO SOLDADO.**

Porque no habrá nunca justicia en la tierra, porque siempre los unos estarán sobre los otros; los grandes sobre los pequeños, y los fuertes sobre los débiles, y los astutos sobre los simples. Eso pienso yo. ¿Qué no se ha hecho en estos tiempos para establecer la dicha y la igualdad, y para que todos tuviéramos nuestra parte? Todo se ha cambiado; se ha muerto á cientos y á miles

y millones, y con todo no vamos mejor; siempre se encuentran pequeños y grandes, débiles y fuertes, y hay mas rabiosos que nunca. Nosotros podemos servir de prueba de ello. Yo he tomado mi partido. Me digo: No tengo padre, madre, ni amigos, ni nada; me burlo de todo, y de la república social la primera, y no me ocupo ya de la dicha de la humanidad. Todo eso no es sino farsa, y es una majadería lo que se nos promete. Mi interes ahora está en comer tres veces al dia.

**PRIMER SOLDADO.**

¿Te has hecho materialista? ¿Abandonas la idea?

**SEGUNDO SOLDADO.**

¿La Idea? Buena está para enterrada. ¿Qué es esa Idea? Yo no la conozco, ni tú tampoco.

**PRIMER SOLDADO.**

Lo mismo me da; yo persevero. No puedo abandonar eso; me parece muy bello. Una verdadera igualdad, una perfecta libertad; no mas ricos, no mas esplotadores; todos los hombres se llaman socialistas, y todos los socialistas hermanos... ¿Es posible que esto no te haga efecto?

## SEGUNDO SOLDADO.

Si; me hace el efecto de ser la mentira mas gorda que se ha inventado. Pregunta á esos aldeanos lo que piensan de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad. Mientras han podido se han estado robando unos á otros, y se han matado y se han quemado; ahora venimos nosotros á obligarles á cultivar el campo por cuenta del gobierno, en tanto que nos comemos las provisiones que les han quedado.

## PRIMER SOLDADO.

- Tanto peor para ellos. ¿Por qué no son mejores socialistas? Si se sacrificaran voluntariamente por la patria, no nos veríamos obligados á hacerles trabajar como negros. (*Levantando la voz.*) ¡Eh! ciudadanos: ¡tratad de no dormiros!

SEGUNDO SOLDADO (*cantando*).

*Siembra el campo, proletario,  
Que otro le cosechará.*

## PRIMER SOLDADO.

Cállate. Ya no eres digno de cantar los himnos socialistas.

(*Se alejan.*)

## PRIMER ALDEANO.

¿Qué canta ese presidiario? Dicen palabras que yo no entiendo.

## SEGUNDO ALDEANO.

Dicen que nosotros tenemos el trabajo, y que de ellos será la ganancia.

## PRIMER ALDEANO.

No contentos con robarnos, se burlan de nosotros.

## SEGUNDO ALDEANO.

¡Cuánto hemos sufrido desde esta maldita revolución!

## PRIMER ALDEANO.

¡Y qué lástima! ¡Qué bien empezó! No ha habido cosa mas justa. Todos lo mismo: nada de impuestos, y completa igualdad.

## SEGUNDO ALDEANO.

Sí; ¿y hoy?...

## PRIMER ALDEANO.

Es que no hemos sido razonables. Se debía haber dejado algo á los ricos con tal que nadie tuviera mas que los otros. Por no hacerlo, ha habido peleas, y han acudido los pillos de las ciudades. Siempre lo dije: desconfiad: coged á los que tienen demasiado, sin hacer injusticias. Si nos hubiéramos contentado con partir con Gervais, no estaria ahora por ahí arrasándolo todo.

## SEGUNDO ALDEANO.

¿Qué quieres? Lo hecho, hecho está; de lo que debe tratarse es de salvar lo que queda. Esos soldados no van á dejarnos nada para el invierno.

## PRIMER ALDEANO.

¿Y qué medio hay de echarlos?

## SEGUNDO ALDEANO.

No es necesario echarlos. Quédense aquí... pero que no coman.



PRIMER ALDEANO.

¿Cómo?

SEGUNDO ALDEANO.

Tambien en Bromeil hay soldados, y en Rousseau y en Grivaines, y en otras partes... En ninguna los quieren, porque ya sabes cómo se conducen, saqueando y robando todo.

PRIMER ALDEANO.

¿Y qué se hará?

SEGUNDO ALDEANO.

Arrojarse sobre ellos y enterrarlos, y cuando el gobierno pida noticias suyas, diez pueblos le responderán con sus fusiles. Se nos irá uniendo gente, y ya veremos. ¿Quieres ser de los nuestros? Ya somos treinta decididos.

PRIMER ALDEANO.

¿Qué tenemos que perder? Mas vale morir de un golpe, que vivir como estamos viviendo... Pero te pido una cosa.

## SEGUNDO ALDEANO.

Habla.

## PRIMER ALDEANO.

Si me ves gravemente herido y sin poder salvarme, ¿me matarás tú mismo?

## SEGUNDO ALDEANO.

Te mataré si te empeñas en ello.

## PRIMER ALDEANO.

Soy de los vuestros. ¿Cuándo la armamos?

## SEGUNDO ALDEANO.

Se acerca la noche. Dentro de una hora.

## PRIMER ALDEANO.

Corriente (*se oye un tiro*). ¿Qué es eso? Veo algunos hombres que atacan á los soldados en los tejares.

## SEGUNDO ALDEANO.

Son sin duda los chicos de Bromeil. Vamos á ayudarles.

## PRIMER ALDEANO.

• Espera. Aquí vienen dos soldados que huyen; han arrojado sus armas, nosotros tenemos nuestros arados, y nos llegan refuerzos. Acabemos con ellos. (*A los soldados:*) ¡Alto ahí!

## PRIMER SOLDADO.

¡Ciudadanos, se nos ha vendido! En nombre de la república y el de la caridad, salvadnos.

## SEGUNDO SOLDADO.

Déjate matar: ¿crees que vas á enternecerles?

## PRIMER SOLDADO.

Ciudadanos, ¿degollareis á vuestros hermanos?

## SEGUNDO SOLDADO.

¡No que no!

## PRIMER ALDEANO.

¿Conque ahora somos vuestros hermanos? Ha-

ce un instante éramos unos tunantes. Vaya, vaya, preparaos á morir.

PRIMER SOLDADO.

Ciudadano...

PRIMER ALDEANO.

Toma ciudadano. (*Le da un golpe con la azada.*)

PRIMER SOLDADO.

¡Voto á...! ¡Viva la social...! (*Muere blasfemando.*)

SEGUNDO ALDEANO (*al otro soldado*).

Ahora te toca á ti.

SEGUNDO SOLDADO.

Amigos, un momento; hay un medio de arreglarnos. Veo que la cosa va mal para la social. Si quereis, serviré con vosotros.

LOS ALDEANOS.

No, revienta. (*Levantán las azadas.*)

## SEGUNDO SOLDADO.

Esperad... Ya veis que no puedo escaparme. Tened, ahí está mi sable... Conozco un tesoro.

LOS ALDEANOS.

¿Dónde?

SEGUNDO SOLDADO.

Si me matais, no os lo diré.

UN ALDEANO.

Se burla de nosotros.

SOLDADO.

Os digo que hay un tesoro: napoleones y lises de oro nuevecitos. Era lo que tenían guardado los antiguos señores. Se ha descubierto cerca de aquí. ¿Me dareis una parte?

EL ALDEANO.

Si queremos.

SOLDADO (*aparte*).

El tesoro es el tiempo, y se trata de ganarlo.

(Alto.) Pero no, no quiero vender á la república: prefiero morir.

LOS ALDEANOS.

Vamos, sé razonable: no se te hace daño.

SOLDADO.

Matadme. ¡Viva la social!

ALDEANO.

No hay tal tesoro; nos está engañando.

SOLDADO.

Después de muerto, registradme los bolsillos; encontrareis una muestra de la cosa, y no os gustará perder lo otro... Esto me consuela.

LOS ALDEANOS.

Llévanos donde está el tesoro, y tendrás tu parte.

SOLDADO.

Quiero para mí solo la cuarta parte.

## LOS ALDEANOS.

Ven, tendrás esa cuarta parte.

SOLDADO.

Pero en oro.

LOS ALDEANOS.

En oro.

SOLDADO.

Pues bien, soldadme. Ahí estais, con los que han venido, cinco ó seis: dos bastan para guardarme; y mientras, los otros pueden ir á buscar cestos, teas, una escala, la mas larga que hallen. Sobre todo, no digais nada, para que no venga toda la aldea con nosotros.

*(Los aldeanos hablan un momento entre sí. Dos de ellos quedan con el soldado, y los demas se alejan.)*

SOLDADO *(aparte)*.

Ya han caido. Lo que vale el haber visto representar melodramas y conocer la avaricia de los aldeanos. Ahora, atencion. *(A uno de los aldeanos.)* Mira el bolsillo del compañero muerto; no debe estar vacío.

*(Los dos aldeanos se echan sobre el muerto; e soldado les sigue, y les da de puñaladas. En seguida se apodera de la blusa y de la gorra de uno de ellos.)*

Ni visto, ni oído. *(Se escapa.)*

*(Plaza de la aldea; gran número de habitantes están reunidos delante de la iglesia arruinada.)*

UN ANCIANO.

Eran doce, y ya no queda ninguno. Todos han sido muertos. A todos se mata.

UN JÓVEN *(que llega sofocado)*.

¡Escapaos! Todos vamos á perecer. ¿Sabeis quiénes son los que acaban de matar á los soldados? Son los Gervais.

Todos *(asustados)*.

¡Los Gervais!

UNA MUJER.

Tienen una partida: van á poner al país á sangre y fuego. No tenemos que esperar gracia.



TODOS.

¡Ahí están! (*Tiros; caen varios aldeanos muertos, y los demás huyen.*)

GERVAIS (*furioso, echando espuma por la boca.*)

¡Fuego! ¡Fuego! Matad todo, quemad todo. En este país no hay sino ladrones y malvados. ¡Yo soy, yo soy Gervais!

SANTIAGO BONHOMME.

Es preciso que después de nosotros queden las cosas como si el mundo tuviera que volver á empezar.

XVIII.

Avanzadas del ejército católico.

(*Los aldeanos están divididos en grupos bajo los árboles. Unos duermen, otros hablan, otros rezan el rosario. Al pie de una encina, un fraile franciscano escucha á los que quieren confesarse. Es de noche. Entra Simplet, y deja su fusil en los pabellones.*)

BENITO.

¿Qué tal la guardia, buen amigo?

SIMPLET.

Perfectamente, capitán.

BENITO.

El aire está fresquito al amanecer.

SIMPLET.

Dentro de algunas horas hará calor, os lo aseguro. Los socialistas gritan en su campamento como si estuvieran rabiosos. Ya se quemará pólvora luego.

BENITO.

Se nos ha enviado vino. ¿Quereis echar un trago?

SIMPLET.

Gracias: despues de la misa lo tomaré.

BENITO (*le aprieta la mano*).

Todo el mundo ha dicho lo mismo, y el har

ril que hemos recibido no se ha empezado. Espero que nos batiremos bien, porque todos podrán mirar de frente á la muerte.

**SIMPLET.**

En cuanto á mí, os juro que la temo poco... Y, sin embargo, me pesa una cosa sobre la conciencia.

**BENITO.**

Pues bien: ahí está el padre, amigo mio, y podeis hablarle.

**SIMPLET.**

Es que la cosa no está en su mano. El perdón de otro hombre es el que desearia obtener; pero no me atrevo á pedírselo. Se me ha dicho que le espondria á una prueba muy fuerte: pidiéndose-lo. Pero ello es que en tanto me persiguen los remordimientos. Son mas fuertes que la absolución, y nunca he estado tan turbado como esta noche.

**BENITO.**

Poned vuestra confianza en Dios. Lo que ha

sido perdonado, queda perdonado. Dios no borra su palabra.

SIMPLET.

Espero en Dios; pero, por mas que hago, no puedo con ello. Mirad: hace un momento, mientras estaba de centinela, pensaba en aquel espantoso momento de mi vida. Me parecía que me hallaba en aquellos momentos, y los cabellos se me erizaban. Hasta he creído ver... Era una ilusion.

UN ALDEANO.

Pero, ¿qué es ello?

SIMPLET.

Gentes que están en el cielo. Y, ¿cómo puedo

creer que iré á reunirme con ellos? Mis buenos camaradas, si quereis oirme, os lo contaré. Esto me atíviará y orareis por mí, porque tengo el presentimiento de que no viviré veinticuatro horas.

RENITO.

Vamos; contádnoslo, y os prometo que oraremos por vos.

*(Varios aldeanos se reúnen alrededor de Simplet. Valentin de Lavaur, envuelto en su capa, se mete entre ellos sin ser reconocido, haciendo señales á Benito para que no le descubra.)*

SIMPLET.

Era el día de la revolución. Yo me hallaba con otros socialistas en el barrio de los nobles, que se había saqueado para formar una barricada. Un socialista, ó mas bien un bandido, nos hizo beber y nos llevó en seguida al primer piso, donde encontramos un anciano de alta estatura y de figura imponente, con una mujer dulce y majestuosa como una Santa. Los bandidos querían asesinarlo y comprometer al pueblo. A fin de hacernos sus cómplices, nos decían que aquel anciano era un aristócrata; que se había bañado en sangre del pueblo; que, en fin, había propuesto á todos los propietarios envenenar el vino y hacérselo beber á los obreros. Nuestro jefe quería defender á los pobres ancianos; pero era cobarde, y le echaron de allí.

BENITO.

¿Y qué sucedió?

**SIMPLET** (*con voz entrecortada*).

Voy á horrorizaros, pero aliviaré la pena de mi alma. El conde estaba sentado tranquilo é inmóvil; tenia en sus manos un Crucifijo y nos miraba de frente, pareciendo que era nuestro juez y no nuestra víctima. Su mujer estaba de rodillas á su lado: Nosotros le insultábamos, y no se movia; le apuntamos, y no mudaba de color. De pronto uno de los bandidos gritó: ¡Fuego! Veinte tiros partieron á la vez, y los dos ancianos cayeron.

(*Los aldeanos dan un grito de horror, y se separan de Simplet. Valentin y Benito quedan á su lado.*)

**SIMPLET.**

Buena gente, compadeceos de mí. Yo no quería matarlos. Si hice fuego, cosa que ignoro, pongo á Dios por testigo de que fue por un movimiento maquinal. En el momento se me disiparon los vapores del vino. Me precipité á socorrer á las víctimas. Solo pude recoger sus últimas palabras, porque un instante despues yo mismo fui herido. Yo curé, pero mi socialismo murió. El conde, rezando con fervor antes de

morir, habia dicho: *¡Dios mio, en tus manos pongo mi alma!*; y la condesa, mirándome mientras yo la levantaba, me dijo: *Decid á mi hijo...* Desde entonces no ha pasado un dia ni una noche, una noche sobre todo, que yo no haya oido esas palabras tan claras como si las personas estuvieran allí... Podeis creer que eso no ha contribuido poco á convertirme.

BENITO.

¡Ya lo creo!

SIMPLET.

Sí; y ahora mismo, mientras estaba de centinela, veia á las víctimas pálidas, sangrientas y apacibles. Pasaban como si el viento de la noche las arrastrara y las llevara. Y cada vez, decia el conde: *¡Dios mio, en vuestras manos entrego mi alma!* Y cada vez, la condesa, con su fisonomía dulce, me repetia: *Decid á mi hijo...*

VALENTIN (*deja caer su capa, y coloca la mano sobre las espaldas de Simplet*).

Amigo mio, ¿sabeis sus nombres?

(*Simplet mira á Valentin, le reconoce, y cae á sus pies suspirando.*)

**VALENTIN.**

**Amigo mio, combatid con valor, y si debéis morir, morid en paz.**

**SIMPLET.**

**¿Me perdonais?**

**VALENTIN,**

**Como ellos os perdonaron, como pido á Dios que me perdone. Bendigo á Dios por lo que ha hecho por vos, y le doy gracias por el inmenso consuelo que en este momento me concede. Levantaos, amigo mio.**

**SIMPLET.**

**Solo me he libertado tantas veces de la muerte, por venir á arrojarme á vuestros pies; quisiera espirar ahora.**

**VALENTIN.**

**Levántate, hermano; has agotado la expiación.**



como yo he agotado el dolor. Entremos uno por otro en la tranquilidad *(con las manos extendidas hacia el cielo)*. ¡Sombras Santas, no turbéis la conciencia de este pobre pecador! Ya ha cumplido con vosotras; ~~me ha dicho lo que~~ debía oír, y en adelante yo os veré radiantes de paz y de gloria.

*(Se oye el toque de una campana; los aldeanos se colocan alrededor del altar que han levantado. Valentin y Benito se arrodillan al lado de Simplet.)*

**El Franciscano** *(con el traje de sacerdote, que dice)*  
*¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!*

**Hermanos, voy á decir la Santa Misa. Muchos de vosotros la oireis por la última vez, y ninguno sabe si verá el fin de este día. Levantemos nuestros corazones á Dios, supliquémosle que nos purifique, seamos, en fin, lo que debemos ser en este momento supremo, que va á decidir de la eternidad. Dentro de un instante, á mi voz, y sobre este altar que vuestras manos han levantado, va á descender Jesucristo, á renovar el sacrificio con el que nos rescató: renovemos también el nuestro. Por amor hacednos que nos se hizo nuestra víctima; por amor**

hacia Él, seamos sus mártires. Demos nuestra vida en testimonio de que es Dios, y que solo Él ha salvado y salvará al mundo.

Hermanos míos: á pesar de nuestras faltas y nuestras miserias, que son sin número, tengamos confianza en nuestro Redentor, por quien queremos vivir y morir. Se glorifica ante su Padre de no haber perdido ninguno de aquellos que le fueron dados: vosotros le habeis sido dados, y no os perderá. Vais al combate dentro de breves horas: os aseguro la victoria: es vuestra si lo quereis; no esa victoria sobre un enemigo que resistirá ó cederá, segun la voluntad de Dios, siempre adorable, sino la gran victoria que es el objeto de la vida, la verdadera victoria que da el verdadero triunfo, aun por el camino de la derrota. Vencedores ó vencidos, sed cristianos, servid á Jesus, rogad á su Madre y obtendreis la recompensa celestial ofrecida por Dios. Porque cuando el malo, por haberos vencido, se cree seguro de su triunfo, Dios, bendiciendo vuestra derrota, hace todo lo que vosotros habeis querido hacer. *Voluntatem timentium se faciet, et deprecationem eorum exaudiet, et salvos faciet eos.* Hará la voluntad de los que le quieren, atenderá á sus oraciones, y los salvará.

(Empieza la Mtsa.)

## XIX.

**Sala del Consejo en la capital de la federación del Oeste.**

*(Los miembros del Consejo, en pequeño número, eclesiásticos, paisanos, soldados, están arrodillados ante un Crucifijo que está en el fondo de la sala. Un Obispo, que está á la derecha del presidente, acaba la oracion.)*

**VALENTIN DE LAVAUZ (presidente).**

Se abre la sesion. Señores, la república social os ha pedido la paz y ha obtenido una tregua, concedida únicamente en consideracion á la invasion que los amenaza. La tregua ha concluido. Los socialistas, fiados en nuestra palabra, han dejado desguarnicionada su frontera; y la parte de su ejército que no se ocupa en comprimir la agitacion interior, se halla hoy en frente del enemigo extranjero. Es inminente una batalla decisiva, y su resultado no es dudoso. Voy á dirigirme al punto de nuestro territorio que está mas próximo al teatro de los acontecimientos

que se preparan. Nosotros somos neutrales entre las partes beligerantes. No queremos defender la causa de los socialistas; que es hostil á Dios y á los hombres; pero no podemos olvidar que si los socialistas son nuestros perseguidores, son tambien nuestros conciudadanos, nuestros amigos, nuestros hermanos; que hablan nuestra misma lengua, que el suelo que van á regar con su sangre, despues de haberlo regado con la nuestra, ha sido y será todavía, así lo espero, el suelo de la patria. Entre los ateos que han repudiado á nuestro Dios y sus enemigos que repudian á su Iglesia, dejamos que el cielo decida. Solo le pedimos por nuestra parte que nos haga dignos de combatir al vencedor. Para esto es para lo que voy á prepararme, segun el cargo que me habeis confiado. Hoy no se hace la guerra segun los usos de las antiguas naciones civilizadas. Se ha perdido el temor de Dios, y los hombres y aun los gobiernos han ganado las maldiciones de la posteridad. Hoy la agresion es desleal y la victoria es salvaje. Si se tratara de sorprendernos con algun ataque imprevisto, creed que vuestro presidente sabrá morir en medio de los valientes soldados que le confiais. Opondremos al enemigo, sea el que sea, una barrera que no podrá romper antes de que ten-

gais tiempo de reunir y organizar vuestras fuerzas.

Señores, hemos echado sobre nuestros hombros una tarea ruda, y aun no la hemos acabado; sin embargo, lo que ya hemos realizado debe alentarnos, y con la ayuda de Dios tenemos de invencibles esperanzas. Después de muchos esfuerzos y muchos combates, en un rincón de la patria desgarrada, hemos formado una patria nueva. De las garras de la república social se ha escapado una república cristiana llena de sangre, pero también pura y llena de vida. Todo lo que el ciego delirio de nuestros antiguos conciudadanos quiere abatir y arruinar, se levanta y prospera entre nosotros. El pueblo, que ha depositado su confianza en nosotros, no había ultrajado los altares de Cristo, y por eso ha sido elegido para defenderlos. Los sabios que tantos falsos sabios que se han perdido ellos mismos después de engañar y pervertir á la multitud, este pueblo sostiene la piedra angular del edificio social. Ha formado la familia, la propiedad, el orden sobre el único fundamento que pueden tener; ha querido y sabido ser libre, poniéndose bajo el yugo del deber. Gracias á su valor, mientras todo se tambaleaba, nosotros hemos edificado. Hemos dado

en la tierra un asilo á Dios, insolente y bruscamente arrojado de las demás partes; le hemos devuelto su monarquía. Aquí reina, Señor de todas las voluntades, apoyo de todo el valor, esperanza y consuelo de todos los corazones. Ya sabéis cómo hemos sido recompensados, qué prodigios nos han sostenido, qué milagros nos han salvado. Sentimos todos ese valor secreto que sale de la tumba de los mártires animándonos á seguir su ejemplo, y parece que su sangre, al mismo tiempo que fructifica nuestro suelo, pide por nosotros en el cielo. En vano muere el sacerdote, y el hijo se está batiendo: el arado encuentra mujeres y niños que le guien, y el ciudadano, al volver de la guerra, encuentra su campo lleno de frutos que él no ha sembrado. Casi sin dinero y sin impuestos, hemos podido sostener una lucha gigantesca. En todas partes se celebra el culto con dignidad y aun con magnificencia; en todas partes se da la instruccion, los enfermos son asistidos, y no tenemos presupuesto de cultos ni presupuesto de beneficencia, ni presupuesto de instruccion. Para subvenir á necesidades tan grandes y á deberes tan apremiantes, nos ha bastado recoger á los sacerdotes, á los frailes, á las monjas que no pudo degollar la república social. Este ejército de servidores y de esclavos volun-

tarios del pobre, ha puesto manos á la obra con todo el celo de la caridad y de la libertad; ha arado y trabajado mientras nosotros combatíamos, y ha levantado el espíritu público hasta un grado de virtud y de fe que ni aun nosotros esperábamos.

Ese espíritu es nuestra salvacion, y será la salvacion de la humanidad. Por haberle sofocado es por lo que están pereciendo las sociedades, que no se levantarán con nosotros, y que solo con él podrán renacer. El solo, ya lo vemos, impone y sostiene la abnegacion que es necesaria para atenuar las miserias inherentes á la condicion humana; él solo, al satisfacer y aliviar esas miserias, contiene, apacigua, aniquila en la multitud las formidables revoluciones del orgullo, de la envidia y de la desesperacion. Solo él da la libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas; y por él hemos podido realizar muchas mas de lo que el socialismo prometia hacer. El socialismo anunciaba una creacion nueva, y muere despues de crear la nada: nosotros hemos invocado humildemente el espíritu de fe y la inmutable verdad, y hemos logrado alcanzar una resurreccion.

Señores: debemos á la humanidad y á nosotros mismos el no dejar que la ardiente llama

del catolicismo se apague ó se debilite en un pueblo tan bueno, tan valeroso, cuya dicha está haciendo y al que le está coronando de gloria. Este, que es el primero de todos los deberes, ha sido el sello de nuestras relaciones con la república constitucional. Estamos en perfectas relaciones de amistad y de alianza; hacemos causa comun contra los socialistas; pero vosotros no habeis querido que la union fuera completa, por ventajosa que por otra parte nos pareciera. La república constitucional ha nacido al mismo tiempo que nosotros, de los mismos acontecimientos, de los mismos peligros, de los mismos esfuerzos: pero está fundada en principios diferentes. No juzga como nosotros de la causa de los desórdenes y no la combate por los mismos medios. Nosotros no podemos comprender ni practicar de la misma manera lo que llamamos la libertad. Sus costumbres y sus opiniones exigen unas leyes que aquí serian funestas, y rechazan otras que nosotros tenemos por indispensables. Separados, vivimos en paz; unidos, muy luego estaríamos en guerra. Grandes intereses que son idénticos, y un mutuo deseo de concordia, llegarán acaso á ponernos de acuerdo. Seguros, suceda lo que quiera, de que no se tratará de nosotros sin contar con vosotros, determinados á no perder



nada de lo que hemos conquistado para la libertad presente y para el esplendor futuro de la Iglesia, esperaremos sin impaciencia llegue el día en que, sobre el único altar de toda la patria, podamos quemar nuestras banderas para no tener sino una sola: la de la justicia y la paz.

Por algunos de vosotros, y por mí mismo, se han hecho graves proposiciones sobre la constitucion definitiva del poder: esas proposiciones eran prematuras, y aun lo son. Esperemos los acontecimientos, ya que podemos hacerlo sin peligro, gracias á la armonía que reina entre nosotros.

Cuando hayamos completado nuestras instituciones civiles y religiosas; cuando hayamos sentado bien nuestras leyes sobre la base eterna, será tiempo de pensar en si debemos formar una tribuna ó nombrar un Rey. No somos partidarios del gobierno parlamentario. Todos sabemos, á nuestra costa, que es fecundo en discordias; que la autoridad no tiene en tales sistemas raíces ningunas; que en ellos las intrigas son cosas naturales; que se forman los partidos con la mayor facilidad. A cada paso provoca discusiones en las que la astucia triunfa de la buena fe, en las que la pasion de partido vence al sentido comun y á la justicia; y muy luego, des-

cendiendo rápida y fatalmente, pone á la verdad social á merced del *por qué* del sofisma y de la ignorancia. Pero si hemos podido juzgar bajo todas sus formas del gobierno popular, tambien hemos podido juzgar de la forma monárquica. Cuando, como ahora, el mundo asustado se prepara á restaurar la monarquía, acordémonos de que se deben evitar las faltas pasadas. No hay inclinacion mala en el hombre que los modernos sistemas de gobierno no desarrollen; todos parece haber sido combinados por la presuncion, la necedad, la envidia y el orgullo; pero tambien el poder de uno solo tiene inconvenientes. Nunca la prudencia humana tendrá el poder de evitarlos todos; pero puede disminuir su número. Tomémonos tiempo para pensar en ello. Que nuestra Constitucion futura, puesto que estamos condenados á hacerla, no sea ni la vana teoría de un filósofo, ni la pueril imitacion de una ley extranjera, ni la obra frívola de una pasion y de un dia: debe ser hija de las costumbres, de las necesidades, de la fe del pueblo. Todo pueblo ha sido creado para la autoridad, y todo pueblo la acepta; ademas, todo pueblo católico tiene derecho á la libertad verdadera, y se perverte en la servidumbre. Tratemos de contrabalancear el poder con libertades jurídicas coloca-

das al abrigo de toda usurpacion, con corporaciones colectivas y personales que le contengan sin alterar su fuerza y sin amenazar su vida. Tal solucion, lejos de ser imposible, se realiza en cierto modo á nuestra vista, por el solo ejercicio de las costumbres cristianas. Consagremos las dos grandes independencias que, de hecho, existen entre nosotros; la de la Iglesia en primer lugar, y en segundo la del municipio. En la libertad del municipio dejemos nacer la libertad de la corporacion. La corporacion es una familia caritativa y severa; su caridad, siempre dispuesta, ahorra al Estado muchos sacrificios; su vigilancia, siempre aceptada, ahorra á la ley muchos rigores. Y no nos asuste ver que en el seno de esas libertades naturales se levantan privilegios no menos naturales y no menos útiles; constituyamos, fundemos grandes familias nacionales respetando la propiedad de los servicios y de la gloria. Hace un siglo que los pueblos vienen siendo objeto de una inmensa y grosera superchería. Prometiéndoselos libertad y riqueza, se les ha despojado y maniatado; con el pretexto de emanciparles, se les han dado armas para que devasten su propio patrimonio, y las ruinas que de esa suerte se han causado no han podido destruir enteramente la embriaguez que se ha apo-

derado de ellos. Esas ineptas mentiras tienen aun ciegos á muchos hombres á los que ya no seducen; despreciémoslas y rechacémoslas. Que en nuestro país, preservado del vértigo, el hombre sumiso en el seno de la libertad y libre en el seno de la igualdad, pueda labrar otra cosa que su fortuna; que pueda dejar á sus hijos, con un nombre mas glorioso, un rango superior, una aptitud particular para servir al país. La igualdad democrática no es mas que una utopia inventada por la incapacidad envidiosa. Los pueblos han sido hechos para ser gobernados, y desgraciados de los que no se hallan pre-dispuestos para ello; desgraciados de los pueblos que ven ponerse sucesivamente al frente de sus destinos á hombres á quienes el órden no llamaba á esos altos puestos, y á quienes la educacion no ha preparado para ocuparlos. La aristocracia debe hacer en la nacion el oficio de unos grandes árboles colocados en la pendiente de los montes para sostener el desmoronamiento de la tierra y la violencia de los huracanes. Si quisiera definir con una palabra la Constitucion bajo la cual creo que nuestros hijos deben vivir, diria: que toda nacion sea un grupo de pequeñas repúblicas, y que en todos esos grupos en los que la aristocracia ejerza su in-

fluencia, tenga por lazo federativo la monarquía. De esa suerte, lo creo, lo espero, resolveremos con la ayuda de la Iglesia (nada es posible sin ella) el problema de formar un buen estado social, en el que el individuo debe ser libre y el pueblo debe de ser gobernado. (*Adhesion.*)

Concluyo, señores, porque, repito que aun no ha llegado el momento de deliberar. Al marcharme he creído que debía dejaros esta idea, que me parece responde á vuestros sentimientos y á vuestros deseos, y á mí mas que á otro me tocaba formularla. No puedo encontrarme bajo el imperio de ninguna preocupacion personal, y no tengo que hacer ningun esfuerzo para consagrarme á los intereses de Dios y á los vuestros, que son tambien los de la patria. El último tiro disparado en la última batalla, ha muerto al último de mis parientes... Puedo sin escrúpulo aconsejaros que honreis los nombres de los individuos del Estado, porque el mio acaba conmigo. Ya sabeis que mi vida pública lo mismo que mi poder deben concluir tan pronto como acaben vuestros peligros. Me habeis hecho el favor de renunciar á darme una recompensa; no podeis votar en mi favor ni una tumba. Pero ¿qué pueden añadir, ni aun vuestros sufragios, á la gloria de ser enterrado en esta

tierra rescatada del yugo de la impiedad por la sangre de los mártires?

### UN MIEMBRO.

Pido la palabra. Señores, la comision encargada de examinar la conducta y las pretensiones de los refugiados, me ha encargado que presente su dictámen. Las medidas que en su nombre vengo á proponeros interesan profundamente á la Religion y al órden público, y el discurso de nuestro presidente me dispensa de estenderme mucho para probarlo.

Sin vacilar hemos dado asilo á todos aquellos que han podido huir de los verdugos de la república social. Entre los primeros á quienes asustó, se encuentran, en gran número, los que han sido sus precursores, sus fundadores, sus apóstoles. Se han asustado de su obra; pero no parece que la hayan comprendido. Muy pocos, entre ellos, han abierto los ojos sobre las consecuencias de sus doctrinas; muy pocos se arrepienten de haberlas predicado; muy pocos llenan los deberes que hácia nosotros les impone su situacion. Las palabras que dicen, las tentativas que hacen, las peticiones con que nos fatigan y las libertades que se toman, han

despertado la atencion del gobierno. Vuestra comision les ha interrogado, y les encuentra incorregibles; pero ha dispuesto que antes de emplear el rigor recibieran una amonestacion solenne y severa. Los mas importantes de entre ellos se encuentran aquí. ¿Quereis que un miembro les hable en vuestro nombre ó que se presenten en la barra?

BENITO.

Suplico al Consejo les llame á la barra, y el presidente les hable en nuestra presencia, á fin de que nos aprovechemos de todo lo que se diga y de que ellos sepan que eso es lo que pensamos todos. (*Adhesion.*)

VALENTIN DE LAVAU (al ugier).

Introducid á esos señores.

(*Entran los refugiados, entre los cuales se ven muchos antiguos ministros, presidentes, escritores, diputados, etc.*)

XX.

VALENTIN DE LAVAU (á los refugiados).

Señores: hace algun tiempo que el Consejo

tiene motivos para pensar que no os dais cuenta exacta de cuál es vuestra situación en esta república, y, con sentimiento, se ve obligado á dároslos á conocer. Os hablo, por lo tanto, en su presencia y en su nombre.

Señores: os figurais ser aquí ciudadanos, y no sois sino huéspedes. La república, al acogeros, no ha querido daros ningún derecho político, y menos aun privilegios que á nadie concede. Me parece que en ese punto no podeis engañaros. No os hemos dicho que militaríais bajo nuestras banderas; alguno de vosotros ha solicitado ese honor sin alcanzarlo, porque antes de dar su sangre por nuestra causa, se necesitan condiciones que no llenábais. La primera de esas condiciones es el amor á nuestras leyes; para defenderlas no queremos sino personas que las amen; pero si no estais obligados á defenderlas, estais tan obligados como nosotros á respetarlas.

Nosotros somos cristianos, hijos sumisos de la Iglesia católica romana, y cuando digo *nosotros*, digo todo el país, desde el jefe del poder hasta el último mendigo. En nuestras banderas no hay mas figura que la Cruz, ni otra efigie que la del Salvador en nuestra moneda; nuestros códigos se fundan en los mandamientos de Dios y de la



Iglesia, de los que han salido todas nuestras instituciones. Esto no podeis ignorarlo.

Vosotros, señores, bajo diferentes títulos y nombres, sois hostiles á la Religion católica; la habeis combatido, escarnecido, negado, y, en cuanto habeis podido, arruinado. En la especulacion ese ha sido el objeto de vuestros escritos, en la política el resultado de vuestros actos, en la vida privada la enseñanza de vuestras costumbres. Es natural que, no creyendo lo que nosotros creemos, no juzgando ni del bien ni del mal como nosotros juzgamos, no fundando vuestra dicha ni vuestra esperanza en lo que nosotros la fundamos, no querais lo que nosotros queremos. Pero nosotros pensamos que os habeis equivocado en política, en filosofía, en moral, y que aun os equivocais, y lo pensamos de tal suerte, que no tenemos que discutirlo. Aquí somos vuestras víctimas. Dificilmente encontrareis en este Consejo, en todo el pais, un hombre cuyo corazon no haya sufrido cruelmente á consecuencia de vuestras doctrinas y obras. Si suplicara que se levantaran á todos los que han perdido, no su fortuna, que eso no vale nada, sino sus parientes mas próximos y sus amigos mas queridos en las revoluciones que habeis provocado y desencadenado, ninguno dejaria de levantarse.

*(Todos los miembros se levantan espontáneamente.)*

VALENTIN.

Y yo, yo tambien me levanto por mi padre, por mi madre, por mi esposa asesinada, por toda mi familia ahogada en sangre... *(Se sienta.)*

Ahora bien; no pensais como nosotros, y no os pedimos que hableis como nosotros; pero os pedimos que os calleis. Es cosa triste y que sorprende que no sepais respetar la fe de un pais que ha sido tan generoso con vosotros, y que se os oiga injuriar públicamente la Cruz, á vosotros que habeis podido verla en los cadáveres de los que han muerto para aseguraros un asilo.

No queremos que tal escándalo continúe; no queremos que hagais entre nosotros escépticos, incrédulos, materialistas, ateos, que arrojéis en este suelo las semillas de una futura república social. Pedís que se abran cátedras, se publiquen libros y se funden periódicos: se os niega todo. Nadie aquí necesita vuestra ciencia, vuestra literatura ni vuestras opiniones. Algunos de vosotros han querido hacer circular libelos manuscritos: esos actos son, entendedlo bien, actos cobardes, crimenes. Que aquellos á los que no basten los subsidios que el gobierno les concede, traten de aumentarlo por su trabajo honrádo; pero esa in-

dustria de la pluma y del lápiz no la ejerzais aquí. Si no teneis ninguna otra, sabed vivir como todos nosotros, con el pan de nuestros aldeanos y de nuestros nobles. Y si os es necesario escribir novelas y periódicos y caricaturas, gozar, en fin, de lo que llamais libertad de pensar, designad la frontera á la que querais que se os conduzca.

Si vuestras almas no están afligidas y consternadas con los crímenes que asustan al mundo, las nuestras no llevarán ese peso el día de la eterna paz en que espera. No ultrajeis nuestro consuelo y nuestra esperanza; no blasfemeis de nuestro Dios que nos ha salvado: sobre todo, no os permitiré que derrameis en el alma y el corazón de los pueblos el veneno que corrompe las venas y la sangre.

Hay un país en Europa, el nuestro, en el que aun puede el hombre descansar en el hogar doméstico, cerca de una mujer fiel viendo los juegos de sus hijos. No os permitiré que quiteis á ese hombre pacífico y bueno la sombra de su hogar, el afecto de su mujer y el amor de sus hijos. Os he dicho lo que todos pensamos.

#### LOS MIEMBROS DEL CONSEJO.

¡Sí! ¡sí! ¡Todos! ¡todos!

VALENTIN.

Podéis retiraros. (*Los refugiados se retiran. La sesión continúa.*)

## XXI.

La capital de la república social.

(*Calle silenciosa y desierta, cuyas casas están en gran parte arruinadas. Entre las piedras crece la yerba. En uno de los extremos una barricada corta la calle, y al pie de ella se oculta un hombre cubierto de harapos. Otro, vestido de blusa, salta la barricada, y los dos, al encontrarse frente á frente, se miran con recelo.*)

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Ciudadano, soy un pobre obrero sin trabajo, Tengo hambre.

EL OTRO.

Me pasa lo propio.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Pero tú tienes que comer: llevas un pan debajo de la blusa.

EL OTRO.

¡Yo?

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Lo sé; te he seguido. Dos veces por semana vas á buscar ese pan á la entráda del barrio. Dame un pedazo.

EL OTRO.

¡Este pan! ¡si tú supieras lo que me cuesta! Es todo lo que tengo que dar á mi mujer y á tres hijos.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Dame un pedazo: hace dos dias que no como. Es preciso que coma, ó que muera. (*Saca una pistola.*)

EL OTRO.

Tambien yo tengo armas.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Dame un pedazo, y no nos matemos. Si acu-

diera gente, y viera que llevabas un pan, ni tú, ni tus hijos ni yo le comeríamos.

EL OTRO.

Toma..., pero me arrancas el corazon. (*Le da un pedazo de pan.*)

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Lo siento en estremo. Te diré, por si esto puede consolarte, que salvas la vida á un literato célebre, á un antiguo ministro, á un miembro notable de varios gobiernos provisionales.

EL OTRO.

Maldito lo que eso me consuela.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

No me enfado por ello.

EL OTRO.

Pues yo, ya que se trata de mostrarte lo que tú has hecho con tantos otros, te diré que estás

comiendo el último bocado de pan de un millonario.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Nada de nuevo me dices. Para conseguir dos panes por semana, es preciso que haya quedado algo en tus cajas. Pero ya vuelve la época en la que podrás rehacer tu fortuna. En cuanto á mí, mis industrias se han suprimido por algún tiempo. Si llegas á necesitar un preceptor...

EL OTRO.

No te elegiré.

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Sé, sin embargo, regentar una cátedra. La enseñanza es mi profesion; pero me contentaré con ser ayuda de cámara ó portero. Valgo mas de lo que aparento y de lo que mis antiguos empleos hacen suponer. He llegado á ser hombre honrado, y quiero acabar honradamente.

EL OTRO.

¿Esperas que salgamos pronto del estado espantoso en que nos vemos?

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Habíamos anunciado á los cosacos que pensábamos ir á libertar á nuestros buenos hermanos los rusos, y los cosacos nos han respondido que ellos vendrían á libertar á sus hermanos las gentes honradas. No creo que seamos nosotros los que liberteemos á los rusos.

[EL OTRO.

¡Qué humillacion!

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

¡Qué le has de hacer! Este es el momento de tener filosofía. Poca cosa será la humillacion si con ella salimos del paso.

EL OTRO.

No puedo acostumbrarme á la idea de ver al extranjero dueño del pais.

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Pues ¿qué te sucederia si te encontrarás en mi



caso? ¡Yo, que he escrito tantos artículos contra el bárbaro soberano, que tanto me he burlado de él, y que mas tarde, al ocupar los destinos públicos, le he maltratado en tanto magnífico discurso!

EL OTRO.

Y ¿qué harás si entra aquí?

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

¿Qué quieres que haga? Si no encuentro otro modo de vivir, le dedicaré sonetos, con la esperanza de que me devolverá regalos.

EL OTRO.

Eres, en verdad, un filósofo... ¿Sabes algo de nuevo?

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Sé que está prohibido dar malas noticias.

EL OTRO.

¿Y las buenas?

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

En cuanto á las buenas, es diferente. Teníamos un general, el último, que parecía bastante capaz; pero despues del último combate, en que los soldados se mostraban orgullosos de él, fue preso, y el dictador le ha mandado fusilar.

## EL OTRO.

Pronto se dará el asalto.

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

¡Bah! Las murallas de la capital del socialismo van ahora mismo á levantarse de su asiento, y á poner con su masa en fuga al enemigo. (*Suena un cañonazo.*)

## EL OTRO.

Sí, y hasta tanto, hé ahí lo que hace el cañon enemigo.

## EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

¡Bah! Son nuestros cañones. ¿No lees los bō-

letines? Todos los tiros del enemigo estallan, y los que estallan no hacen daño. (*Cae una bomba en la calle.*) Ya lo ves. Si quieres creerme, iremos á hablar á otra parte.

(*Se siente llegar un cuerpo de caballería.*)

EL OTRO.

¿Quién llega?

EL HOMBRE DE LOS HARAPOS.

Huyamos; es Le Vengeur. Menos teníamos que temer de las balas del enemigo que lo que debemos temer á ese loco furioso y á los bandidos que le acompañan.

XXII.

LE VENGEUR (*está á caballo, solo, á veinte pasos de su escolta*).

Estoy vencido. La humanidad se me escapa, y vuelve al yugo de Jesucristo. Lo que ha sufrido no me ha hecho experimentar toda la alegría que yo esperaba. (*Mira á su alrededor.*) Sin embargo, se acordará de mí. Hé aquí el gran emporio, el centro de la actividad, de las riquezas,

de los placeres, del lujo; hé aquí las calles que tantos carruajes magníficos atravesaban en otro tiempo, mientras sus iluminaciones enseñaban todas las maravillas del arte en sus tiendas. Yo las recorrí entonces desconocido, despreciado, abrumado por la miseria, devorado por la envidia. Hoy la yerba crece bajo los pies de mi caballo, y sus pocos habitantes se ocultan entre las ruinas cuando yo paso. ¡Quién me hubiera dicho que yo vería todo esto, y que, sin embargo, no estarían realizados mis deseos ni satisfecho mi corazón, y que mi furor, desencadenado entre tantas ruinas y sangre, rugiría al sentirse impotente!

*(Se llega á él Galuchet á caballo, seguido de Chenu, Griffard y algunos otros.)*

LE VENGEUR.

¿Qué hay?

GALUCHET.

Está abierta la brecha; dentro de una hora se dará el asalto. El pueblo murmuró, y es preciso capitular.

LE VENGEUR.

Es preciso morir, y que el enemigo no encuentre aquí sino ruinas y cadáveres.

GALUCHET.

Es preciso capitular.

CHENU, GRIFFARD Y LOS OTROS.

¡Es preciso capitular! ¡Es preciso rendirse!

UNA VOZ DE LA ESCOLTA.

¡Muera el dictador!

LE VENGEUR (*volviéndose hacia la escolta*).

¡Cobardes y traidores! (*Saca su espada.*)

GALUCHET (*colocándose detrás de Le Vengeur*).

Toma; ya has acabado tu carrera. (*Le asesta una estocada.*)

CHENU.

Toma, bandido, opresor del pueblo. (*Le hiere también.*)

## GRIFFARD Y LOS OTROS.

¡Toma, toma! (*Todos le hieren, y Le Vengeur cae acribillado de heridas.*)

## GALUCHET.

Amigos, ha muerto el tirano. Acordaos de que yo le he matado. Ya somos libres: viva la paz, el comercio, el placer, el Emperador. (*A Chenu.*) Pronto un parlamentario á las avanzadas, y no se te olvide lo que debes decir. (*Se marcha, y en aquel momento aparece el P. Alexis.*)

## XXIII.

## EL P. ALEXIS.

¡Dios mio, Dios mio! ¡Juez terrible, misericordia, Dios mio! (*Ve á Le Vengeur.*) Hé aquí al hombre á quien se acaba de asesinar: veamos si respira. (*Se aproxima á Le Vengeur, le levanta, y le apoya en la pared.*) ¡Hermano, hermano mio!

## LE VENGEUR.

¿Quién eres?

EL P. ALEXIS.

Un sacerdote que viene á abrirte el cielo.

LE VENGEUR.

No hay cielo para mí.

EL P. ALEXIS.

Quien quiera que seais, y por mucho que hayais hecho, no se cerrará el cielo á vuestro arrepentimiento.

LE VENGEUR.

Déjame: soy Le Vengeur, y no quiero arrepentirme. (*Muere.*)

EL P. ALEXIS.

¡Desgraciado! El único VENGADOR (*vengeur*) está en el cielo, y tú eres solo la VENGANZA. (*Cierra los ojos del cadáver, y ora.*)

---

## EPÍLOGO.

---

*(La escena pasa en el imperio de las sombras, región de los ladrones.)*

Mandrin (1).—Otro personaje.

MANDRIN.

Hé aquí un recién venido cuyo aspecto es poco modesto. Sin duda sus hazañas en el otro mundo han sido brillantes, y cree, como todos los de su especie que hoy nos llegan aquí, que en otros tiempos nada se sabía hacer. Por lo visto, la Europa descuida hoy mucho el estudio de la historia.

EL OTRO.

Salud, hermano.

---

(1) Mandrin fue un salteador de caminos del siglo último, que tenía y dejó gran fama en Francia por sus empresas atrevidas.



**MANDRIN.**

¡Hermano! ¡No os familiarizáis poco! Sin duda hoy somos hermanos de destino, y antes lo fuimos de profesion. Sin embargo, tambien entre nosotros hay grados y reputaciones que merecen diferencia. Hablais á un jefe de partida.

**EL OTRO.**

Y tú, tú hablas á un jefe del pueblo.

**MANDRIN.**

¡Oh! ¡oh! Hablais sin duda en sentido filosófico, porque, de otro modo, estaríais relegado en la comarca de los conquistadores, en vez de estar, como lo estais, en la de los ladrones.

**EL OTRO.**

Mucho me admiro de ello, porque he mandado tropas numerosas.

**MANDRIN.**

Yo tambien.

EL OTRO.

He fabricado moneda.

MANDRIN.

Yo tambien.

EL OTRO.

He impuesto penas de muerte.

MANDRIN.

Yo tambien.

EL OTRO.

He dado leyes.

MANDRIN.

En cuanto á eso, no lo he hecho yo. Pero, ¿habeis, en verdad, dado leyes?

EL OTRO.

Muchas, y que eran aplicadas por jueces con trajes negros y rojos, verdaderos jueces, semejantes á los que os ahorcaban en vuestro tiempo. Yo les daba condecoraciones que ellos llevaban al hacer justicia.

MANDRIN.

¿Y habeis muerto en vuestro lecho?

EL OTRO.

No.

MANDRIN.

¿Habeis sido muerto en alguna expedicion?

EL OTRO.

Tampoco.

MANDRIN.

De suerte que ahora, como antes, y al fin y al cabo, se nos prende y se nos ahorca.

EL OTRO.

Nada de eso. Morimos con los honores de la guerra. Se nos fusila, y ese acto de policia se llama un asesinato.

MANDRIN.

¡No acabo de entenderlo!

EL OTRO.

La gente rica; la de la clase media, nos compadece y se viste de luto.

MANDRIN.

¡La clase media y rica!

EL OTRO.

Sí, la clase media, el populacho y algunos grandes señores, que forman entre ellos suscripciones para levantar monumentos á nuestra memoria. Tal cual tú me ves, tendré luego tres ó cuatro estatuas en las plazas públicas.

MANDRIN.

No, eso no puede ser cierto. Me estais engañando.

EL OTRO.

Me ves con el traje que llevaba cuando me mataron. Para manifestarme mayor consideracion y hacer que se escusara el crimen que se iba

á cometer, el Rey que me venció, y que era mi legítimo soberano, me hizo fusilar con la espada al lado. Mírala, y admira su riqueza y su trabajo.

MANDRIN.

Es la espada de un Rey. ¡Qué talento, y cuántos amigos habrás necesitado para apoderarte de ella!

EL OTRO.

Me la trajo con gran solemnidad á mi palacio, en medio de mis guardias, una comision que representaba á millares de gentes que habian dado su cuota para hacerme este regalo. Esto es lo que se llama una espada de honor. ¿Qué lees en la hoja?

MANDRIN.

A través de las guirnaldas de laurel, leo estas palabras: *Al destructor de las preocupaciones, la democracia social agradecida.*

EL OTRO.

Y al otro lado verás mi nombre y la lista de las ciudades que yo cogí, y... administré.

## MANDRIN.

— ¡Es eso posible! ¿Qué ciudades has cogido? ¡Y ahora que se dice que las capitales son tan ricas!... ¡Ah! Escelencia, perdonad el que me haya llegado á vos tan sin cumplido. Yo creía que Mandrin podía presentarse con algun orgullo ante las gentes de su especie; pero, lo confieso, Mandrin no es sino un pequeño escamoteador en presencia de los hombres del dia... Cuando pienso que empecé vergonzosamente mi carrera por hurtar pañuelos, y que al llegar á adquirir todo mi esplendor, al pedir rescates á algunos pequeños pueblos, no me desdeñaba de detener los coches y limpiar los bolsillos de las caravanas de mercaderes en los bosques...

## EL OTRO.

¿Conque tú eres Mandrin?

## MANDRIN.

Sí; soy el pobre Luis Mandrin, de quien antes se habló mucho, y á quien los niños oían nombrar como á un ladrón de valor y talento. Te-

nia cien ginetes, hacia temblar á la provincia, y he hecho huir alguna vez á los gendarmes, entrando á mano armada en algunos pueblos pequeños del Rey, en los que sacaba tributos. Hé ahí las niñadas que antes se admiraban : ahora me avergüenzo de ello.

EL OTRO.

Es que ahora cogemos las capitales, de las que arrojamus á los Reyes y á los gobernantes; nos instalamos en ellas, sostenemos sitios, y los gendarmes combaten bajo nuestras banderas después de habernos prestado juramento de fidelidad.

MANDRIN.

¿Dónde poneis vuestras presas? ¿Qué bosque, qué caverna bastante grande pueden cubrirlas?

EL OTRO.

Las dejamos en el Tesoro público, cuyas llaves tenemos, y que los que las reciben del gobierno nos entregan... Cuando decimos que las dejamos, ya comprendes que intervinimos un poco, y que no nos imponemos ninguna privación nosotros ni nuestras gentes.

**MANDRIN.**

¿Se os paga el impuesto?

**EL OTRO.**

El ordinario y el extraordinario. Así, por ejemplo, el Tesoro está exhausto, y yo necesito unos cien millones.

**MANDRIN.**

¡Unos cien millones!

**EL OTRO.**

Sí, una bagatela. Hago venir á mi ministro de Hacienda.

**MANDRIN.**

¡A su ministro de Hacienda!

**EL OTRO.**

Sin duda; tengo ministro, puesto que gobierno el Estado. Digo, pues, á ese ministro que pida á



los ciudadanos ricos y á los demas la suma que necesito.

MANDRIN.

¿Y llamais á eso un empréstito?

EL OTRO.

¿Qué importan las palabras?... Y sin que salga de mi palacio ni el ministro del suyo, los mismos ciudadanos me traen su dinero, su vajilla, sus joyas, é hipotecan sus tierras, al mismo tiempo que el ministro vende alguna propiedad nacional. Se da á los que prestan unas hojas de papel, y hé ahí hecho el negocio.

MANDRIN.

Asombra. ¿Qué progreso!

EL OTRO.

Por eso se llama el siglo del progreso.

MANDRIN.

¡Desgraciado Mandrin, que no naciste cien años después!

## EL OTRO.

Te hubiera hecho ministro de Hacienda ó de Guerra: dos ministerios que tienen íntima connexion en nuestro sistema.

## MANDRIN.

Yo hubiera preferido el ministerio de la Guerra. Para la Hacienda, segun lo que veo, servia mas Cartouche (1). Os presentaré á ese ladron famoso. ¡Ay! Tambien él, como yo, va á saber que no fue sino un pobrete. Vuestras palabras le van á asombrar... si cree en ellas.

## EL OTRO.

¿Por qué ha de dudar?

## MANDRIN.

Todo lo que me decís es tan extraordinario... Perdon, señor; pero, francamente, ¿no quereis

---

(1) Otro ladron no menos famoso á principios de este siglo que Mandrin en el pasado.

reiros de la credulidad de una sombra? Confesad que habeis relatado una ficcion agradable, el sueño de algun caballero de caminos reales que se halla cautivo y se forma un mundo fantástico para matar el tiempo.

EL OTRO.

Te digo la verdad. Aunque hoy nuestros semejantes están en auge, pronto los verás llegar en tropel, porque son muy numerosos, y corren con frecuencia los azares de la guerra. Pregúntales, y te convencerás que nada invento. Todos te hablarán como yo; muchos se te mostrarán revestidos de las dignidades mas altas, y algunos de la magistratura suprema.

MANDRIN.

Así, pues, ¿es verdad que nosotros, á quienes se encarcelaba, á quienes se azotaba, á quienes se ahorcaba, hemos llegado á tal grado de poder, fortuna y honor?

EL OTRO.

Como lo dices.

MANDRIN.

¿Conque es verdad que nosotros, á quienes antes se encarcelaba, se azotaba y se ahorcaba, hemos llegado á tal grado de poder, fortuna y honor?

EL OTRO.

Te lo repito.

MANDRIN.

No lo entiendo. Creí por de pronto, á pesar de vuestra facha, que érais algún príncipe sublevado, y que, á causa de ese nacimiento, habíais empezado fácilmente; pero vuestro lenguaje me dice, al contrario, que habeis salido de una esfera muy baja.

EL OTRO.

Muy baja.

MANDRIN.

No os incomodeis, porque mayor es en ese caso vuestro mérito.

EL OTRO.

Fuí abogado: lo somos casi todos.

## MANDRIN.

Los abogados nos han sido siempre muy útiles. Mas de una vez les hemos debido la salvacion; sin embargo, nunca creí que de ellos nos viniera tal aumento de gloria.

## EL OTRO.

Los abogados han dado el primer golpe á las preocupaciones que nos rechazaban. Han innovado las leyes, acabado con los castigos, y domesticado las costumbres. Los filósofos y los literatos han hecho lo demás. De entre esa gente han salido muchos de nuestros jefes mas importantes, y muchos preciosos auxiliares. Primero nos rehabilitaron, despues nos celebraron, y llegaron á admirarnos abiertamente. Despues de haber escrito infinitas novelas y comedias en honor de nuestra osadía, y de nuestras virtudes y talento, han llegado á tratar de los mismos principios que seguimos discutiendo, la cuestion de saber si esos principios son malos ó buenos. Discutiendo, han probado que eran legítimos, y con eso hemos llegado nosotros á ser gigantes.

## MANDRIN.

Pero, ¿y el gobierno? ¿Y la policía?

## EL OTRO.

El gobierno honraba á los literatos que escribían esas cosas, y pagaba á los profesores que las enseñaban al público, mientras la policía velaba por que no se turbaran las lecciones.

## MANDRIN.

Pero los comerciantes, pero el pueblo, pero todos aquellos á quienes amenazaban esas doctrinas, ¿qué decían?

## EL OTRO.

Estaban entusiasmados, y se unían á nosotros para silbar á los gendarmes y á algunos hipócritas, que decían que se estaban pervirtiendo las costumbres. Según debes saberlo, hace sesenta años que esa buena gente se forma ella misma las leyes, llevando el candor hasta fabricar tantas cuantas nosotros hemos querido, con el único objeto de impedir la enseñanza del Catecismo, que era la única cosa que nos incomodaba.

## MANDRIN.

¡Qué buena gente!

## EL OTRO.

Han hecho aun mas. Se les ha visto varias veces salir armados de sus casas, y derribar al gobierno que encontraba que ciertos principios nuestros invadian con demasiada rapidez la sociedad. ¿Sabes tú lo que son los periódicos?

## MANDRIN.

Vagamente. No los habia en mi tiempo, y yo no los leia por la bajeza de su estilo. Veia en ellos que muchos pillos y muchos tontos insultaban á muchos hombres de talento y á muchos hombres honrados, y esa insolencia me chocabá.

## EL OTRO.

Pues eso lo hemos llevado á la perfeccion. Hoy el periódico es una hoja de papel que se arroja todas las mañanas, que todo el mundo recoge, que todo el mundo lee, y en la que todos pueden escribir lo que quieran. Uno sostiene que la familia es un abuso y una prostitucion; otro que la propiedad es el robo, y que todos tienen derecho á todo; un tercero niega la existencia de Dios.

## MANDRIN.

¡Ya! ¡ya! Empiezo á no admirarme de vuestros triunfos. Haceis grandes cosas, pero disponéis de grandes medios.

## EL OTRO.

Alguna vez se nos ha querido arrebatárnoslos; pero la buena clase media nos los ha conservado. A ella es á la que debemos muy particularmente la facilidad que hallamos en el periódico, en ese instrumento tan superior á las ganzúas, al monseñor y demas de los *tomadores* vulgares. El periódico deshace los ejércitos, echa por tierra las puertas de las ciudades, abre las conciencias, y nos trae los reclutas ignorantes que nos sirven para llevar adelante los *buenos golpes*. La clase media quiere sobre todo que esa máquina funcione sin trabas, considerándola como la mas preciosa de todas las libertades, el *palladium* de las otras, que es, dice, el precio de su sangre y de la de sus padres. Y verdaderamente, sin hablar de lo demas, les ha costado ya alguna sangre.



MANDRIN.

¿Y nada les desengaña?

EL OTRO.

¡No los conoces! Se les dice que la prensa, como la lanza de Aquiles, cura las heridas que hace, y así se tranquilizan, hace cincuenta años, bajo la palabra de Homero. Por otra parte, el periódico les adula, les acaricia, y les cuenta cosas graciosas que les divierten. Quisieran mas perder la vida que dejar de recibir todas las mañanas ese papelucho, en el que tienen el gusto de leer que los jefes del Estado son unos intrigantes, unos cobardes, unos traidores y unos ladrones.

MANDRIN.

Pues qué, ¿no es muy honrado ya ese último título?

EL OTRO.

Se lo hemes dejado á los adeptos de la escuela vieja, para tomar otros mas políticos y que suenen mejor al oído de la clase media.

MANDRIN.

Es esa una hipocresía de la que nosotros nos hubiéramos avergonzado.

EL OTRO.

Es preciso hacer algunas concesiones. ¿No te ha sucedido nunca disfrazarte de hombre honrado? Hasta tal punto se ha hecho el disfraz cosa comun en nuestras costumbres, que ya no pensamos en ello, y muchos de nosotros creen con la mayor sinceridad que forman un partido político. Yo mismo, apenas sospeché lo que era. Solo tuve alguna idea al empezar á redactar un Código y al ir á recompensar á mis lugartenientes; pero ni aun con eso no lo he comprendido bien hasta llegar aquí.

MANDRIN.

Y decidme: en medio de vuestros triunfos, ¿qué ha sido de la especie de las gentes honradas?

EL OTRO.

Va desapareciendo. La gente de hoy se divide

en dos clases: los unos, fatigados de sufrir miseria, se inclinan hácia nosotros; los otros, cansados de rapiñas, quisieran dejarnos. Los primeros cesarán de ser hombres honrados, y los segundos no llegarán á serlo. He oido hablar de algunos individuos que forman una tercera clase mas tenaz; pero esa clase se ve tan maltratada, que no vale la pena de hablar de ella.

MANDRIN.

Te agradezco el buen rato que me has dado con tu conversacion.

EL OTRO.

Vamos; al fin me tuteas y te familiarizäs.

MANDRIN.

Vuelvo á mi orgullo, que se habia bajado un tanto con el estrépito de tus victorias; pero no humillaré mi escopeta ante tu careta. Si yo no fuí sino un ladron inferior, por lo menos fuí un ladron franco. He vivido á espensas del público, pero ni le he engañado ni le he pedido su estimacion; saqueaba á las gentes honradas, pero

no hacia la guerra al honor, y me hubiera hecho un hombre honrado si hubiera podido conseguirlo. Me faltó el valor para ello, y lo he sentido mucho mas de una vez; pero se me hubiera descuartizado antes que decir que ejercia una profesion noble. Justo para con los mios, siempre á su cabeza, tuve siempre en la lucha el puesto de capitan que no siempre conservé al repartir el botin. Tal fue Mandrin, y tal era la antigua escuela. Vuestros altos hechos no derrumbarán mi gloria. La posteridad reconocerá en vosotros mayor habilidad, concepciones mas vastas, triunfos mas admirables; pero reconocerá en nosotros mas valor y mayor moralidad. (*Se aleja.*)

#### EL OTRO.

¡Aristócrata! Si hubiera vivido en nuestros tiempos, habria sido un moderado, un conservador.

---



# NOTAS.

---

## NOTA I.

(Pág. 22. *Todos sus sistemas, todas sus quimeras se reducen á destruir siempre.*)

Esta es la opinion del mismo Proudhon. Se sabe que siempre ha hablado con gran franqueza de todos los doctores y de todas las escuelas socialistas. Un dia que se hallaba de buen humor, se pronunció altamente en su periódico contra cierto proyecto de que se ocupaban los demas diarios socialistas. Estos se quejaron amargamente del moderantismo de su jefe; pero este les respondió á sus colegas que no se apresuraba á darles ocasion de lucir su genio; y sin hacerse de rogar, les esplicó lo que queria decir con esas palabras, en estos términos:

«Lo que la *Revolucion democrática y socialista necesita*, es una agitacion perpetua y fatigadora

que, estallando de pronto, termine por la creacion de un comité de salvacion pública en el que ciertos patriotas encuentren una ocupacion digna de su genio.

» Hé aquí lo que esos señores entienden por las tradiciones de 1793.

» Pues bien; será satisfecha la Revolucion democrática y social: tendrá lo que quiere. Nadie puede poner obstáculo á eso. Ciertos síntomas dejan conocer que nuestra bella patria debe recibir pronto una pequeña visita de la Providencia, como dice la Biblia. El pueblo tiene sed de experiencia; la clase media quiere que se le fuerce la mano. Esta raza gastada necesita un carnaval revolucionario de seis meses. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!». (*El Pueblo*, número del 4.º de junio.)

M. Marrast, el presidente de la Asamblea republicana de 1848, director que fue del periódico democrático *El Nacional*, piensa lo mismo que Proudhon. Así habla de los insurgentes de junio en su proclama dirigida el día 23 á los ciudadanos de Paris:

«No solo quisieran encender la guerra civil, sino tambien organizar el PILLAJE, la desorganizacion social.

» Si la Guardia nacional cediera, entregaria á

la misma patria á todos los crímenes, y dejaría á la propiedad y la familia espuestas á las mas espantosas calamidades.»

M. Sénard, el ministro de la Guerra, habla como M. Marrast:

«Si por un momento ha podido preguntarse cuál es la causa del motin que ensangrienta nuestras calles, y que tantas veces, estos últimos ocho dias, ha cambiado de pretesto y de bandera, hoy no puede quedar duda sobre ello, puesto que el incendio consume la ciudad, puesto que las fórmulas del comunismo y las escitaciones al pillaje se ostentan osadamente en las barricadas.

«¿Preguntais qué quieren los insurgentes? Quieren la ANARQUÍA, el INCENDIO, el PILLAJE.»

*(Proclama á la Milicia nacional.)*

## NOTA II.

(Pág. 44. *¡Pueblo! ten fe en tu sabiduría...*),

Esta proclama es auténtica é histórica, y la he copiado testualmente de un periódico socialista.



## NOTA III.

**(Pág. 110. Pasea, pues, la ciudad, y refiere por todas partes la victoria del pueblo.)**

La aranga de Galuchet y los aplausos que la acompañan, no pueden por desgracia ser tachados de inverosimilitud. Es cosa admitida, reconocida y decretada que el matar á un soldado, y con mayoría de razón á un general, es un acto heroico. El soldado avanza á descubierto en las calles por obedecer al gobierno establecido, y que representa á la gran mayoría de la nacion; va á hacer respetar el orden, las leyes, á mantener la justicia y la seguridad; es un ciudadano, ha servido bien á la patria, es hombre de honor, tiene una familia; si tiene algun grado, lo ha ganado laboriosamente por una larga sumision á la disciplina, por sus heridas, por brillantes acciones. Por otra parte, se encuentran algunos facciosos resguardados por las barricadas, emboscados en las esquinas, apenas visibles. Esos facciosos son desconocidos y obran por sí mismos; quieren por sorpresa y violentamente cambiar el orden de cosas. Las leyes á que obedecen son leyes que ellos mismos desconocen, y que han

do formadas secretamente en misteriosos conciliábulos. Muchos de ellos tienen antecedentes que ocultan con mayor cuidado que sus personas. Disparan al soldado, el soldado cae, se les recompensa y se les condecora, declarando que han merecido bien de la patria.

He podido suponer que Galuchet era un convidado de cierto banquete democrático, en el que un miserable, en medio de 600 cobardes que no se atrevieron á protestar, brindó por el cólera que acababa de libertar á la Francia del mariscal Bugeaud.

#### NOTA IV.

(Pág. 117. *¡Abajo los señores, abajo la pobreza! No quiero nada de eso.*)

Hé aquí lo que M. Lachambaudie, poeta coronado por la Academia, hace cantar al pueblo:

*La pobreza es la esclavitud; no hables ¡oh pueblo! de libertad mientras seas pobre.* Así, todo el que no es rico es esclavo. La libertad nada tiene que ver con el corazón del hombre, sino con el bolsillo; la libertad es un género de comercio como otro cualquiera, y el que no tiene dinero para pagarla no es libre.

Otro poeta mas popular que M. Lachambaudie, porque conoce aun menos el francés, canta la misma doctrina, indicando el medio práctico:

«¡Pobres ex-heredados que nada tenéis, que os morís de miseria, ¿qué os falta para sentaros al banquete de la vida? Una sola cosa: quererlo.»

El autor de esos versos fue arrestado en las barricadas de junio.

#### NOTA V.

(Pág. 156. Pero ¿cómo ha pasado eso? ¡Válgase Dios! Como siempre.)

Basta recordar aquí la teoría de Ledru-Rollin, que tan felizmente se puso en práctica en febrero de 1848, y que solo fracasó un año después, en junio del 59, por circunstancias independientes de la voluntad de los mismos héroes:

«¿Creeis que las revoluciones se hacen diciendo la palabra por la cual se hacen? Nada de eso. Con un juego de manos, despues de haber conmovido bien á la opinion, se derriba al gobierno....»

(Deposicion ante el tribunal de Bourges.)

## NOTA VI.

(Pág. 186. *M. de Lavaur, creéis que estais hablando con un humanitario, con un demócrata, con un socialista, y os engañais solemnemente.*)

¿Cuál es hoy la doctrina del hombre de mas partido entre los socialistas, y del único que entre ellos ha dado pruebas de tener osadía, imaginacion y talento? No es filósofo, ni socialista, ni demócrata: ha atacado sucesivamente todos esos sistemas y á todos los propagadores de ellos, dejándolos convictos, á todos sin escepcion, de ineptitud y de inmoralidad. Pero al mismo tiempo que les combate á todos, les resume á todos, y lo que él propone, es lo mismo que él ridiculiza y vilipendia en ellos. Tan pronto como quiere afirmar algo se descubre su impotencia, porque no es sino negacion, la negacion mas amplia y mas cínica, pero por eso mismo la mas estéril. Es el orgullo y el delirio del mal que se ensoberbece por ser el mal.

## NOTA VII.

(Pág. 216. *Estoy seguro de que cuando los exaltados de antes lo lean, no les ha de hacer gracia.*)

Aquellos que encuentren exageracion en el carácter de Galuchet, deben recordar á Henriot, Rosignol, etc., y, sin ir tan lejos, á otros grandes hombres de nuestra última revolucion. Despues de su triunfo se han visto precisados mas de una vez á presentarse ante la justicia, ante la cual se ha visto su vida íntima. No quiero citar sino una frase de una declaracion de la que se habló mucho. Se trata de uno de los hombres de la Revolucion de febrero que mas alto papel hicieron, y que menos despreciado fue por la opinion pública: «Le he conocido lo bastante, dijo el testigo, para saber que antes de la Revolucion no tenia recursos de ninguna clase, y vivia por *medios reprensibles.*»

#### NOTA VIII.

(Pág. 258. *Entona el cura el salmo In exitu Israel; y se dirigen todos en procesion á la iglesia.*)

Este rasgo ha parecido forzado á muchas personas: á pesar de eso, es histórico. Veinte veces los vendeanos marcharon al combate cantando el salmo *In exitu*. Esa era su *Marsellesa*; y, francamente, me parece que vale mas que la

otra. También con ella se han ganado batallas; con ella, aldeanos que no tenían mas armas que unos pales, derrotaron á ejércitos valientes, bien provistos de artillería y bien mandados.

## NOTA IX.

(Pág. 325. *El ministro de Justicia.*)

Algunas líneas del ciudadano Proudhon nos hacen saber cómo debe hablar un ministro de Justicia en la república social:

«La propiedad es inmoral por principio y por esencia... El código que la protege es un código de inmoralidad. La jurisprudencia, esa ciencia del derecho, que no es otra cosa que una coleccion de firmas de propietarios, es inmoral. Y la justicia instituida para proteger los abusos de la propiedad; la justicia, que dispone se preste auxilio á todos los que se opongan á esos abusos, que señala y marca con el sello de la infamia á todo el que pretende reparar los daños que causa la propiedad, la justicia es infame. La propiedad es el robo: esta es mi definición»

Ya se ve que con tales ideas los republicanos

socialistas tienen que vaciar los presidios, y al menos en esto serán consecuentes.

Así sucedió en Roma en 1849. Aunque el triunvirato no fuera precisamente socialista, desocupó las cárceles, y como lo ha dicho un escritor: «los presidiarios recobraron la libertad civil por la libertad política.»

Si estos testimonios no bastan, pueden recordarse sus brindis pronunciados en un banquete político: «¡A nuestros hermanos los presidiarios!»

#### NOTA X.

(Pág. 316. *El maestro es el cura.*)

Esto, casi testualmente, se dice en varios prospectos políticos y no políticos, y recuerdo que alguno de ellos está firmado por una ciudadana Paulina Rolland, que me parece tan digna de consideración como el novelista hembra Jorge Sand.

#### NOTA XI.

Todo lo que dicen Baisemain, Le Vengeur y los otros en la escena del Consejo de ministros, se halla formulado como si próximamente hubiera de ser realizable, en los periódicos y publicaciones demagógicas de Europa.

## NOTA X.

1. *Vas á ver dar una hermosa puñalada.*)

(la historia de una puñalada célebre, se encuentra en los fastos de la romana del 49:

el coche de M. Rossi llegó á la puer-  
cillería, la calle, y aun la puerta,  
erta de gente. Lo propio sucedia en  
rior, donde se encuentra la escalera  
superiores. Habia algunos curiosos  
ad; pero esta, en su mayor parte,  
je de los *reduci de Vicencio*, pa-  
encio, que habian sido recibidos en  
an entusiasmo.

carruaje, hubo gritos como los que  
ntes al aparecer un personaje pa-  
se habian oido. Al oir los silbi-  
ores, el cochero de Rossi no se  
ar; pero Rossi le mandó que si-  
e. El carruaje abrió la multitud,  
o de palacio, y se detuvo al pie  
bajo los arcos de la gatería.  
dos rodearon el carruaje, y se  
á la portezuela. Rossi descendió



acompañado de dos personas, y empezó á subir la escalera. En aquel momento le pegaron por detras con un baston: volviose, y dirigió á la multitud una mirada tranquila y desdeñosa. En aquel momento un obrero le hirió en el sitio convenido, con un puñal estrecho de dos filos.

» Rossi no dijo una palabra. Los que le acompañaban le vieron subir rápidamente unos diez peldaños de la escalera. No creyó que le habian pegado una puñalada, y se sorprendió al sentir correr por el cuello su sangre tibia. De pronto desplomose sobre sí mismo; fue llevado á un cuarto próximo; pero sus ojos estaban apagados, y espiró sin pronunciar una sola palabra.

» Debe añadirse que el obrero que dió el golpe fue durante varios dias festejado y admirado; que la noche misma del asesinato algunos caribes se fueron á insultar á su viuda; que el dia siguiente se quiso asesinar á su hijo, y que mientras existió la república romana se cantaba: *Bendita sea la mano que mató á Rossi.*

» No se buscó ni se castigó al asesino de Rossi. Se le conocia, se le nombraba; pero desapareció, porque era un reproche vivo para el triunvirato y un embarazo permanente para su partido. Segun se dice, pasó á América, despues de haber cambiado de nombre.»

Por mi parte creo que si ese asesino hubiera visto en Europa alguna república democrática y social, no hubiera dejado de ir á ella, siendo recibido con estimacion y consideracion; y supongo ademas que algunos personajes políticos inteligentes se habrian apresurado á recibir de él algunas lecciones en el arte tan útil y tan glorificado de manejar el puñal.

## NOTA XI.

(Pág. 383. *Entonces has conspirado á la sor-  
dina.*)

Ese rasgo histórico basta para explicar toda la escena..

## NOTA XII.

(Pág. 403. *El P. Alexis con las manos estendi-  
das pronuncia las palabras de la absolucion.*)

El hecho que atribuyo al P. Alexis se renovó varias veces durante la primera Revolucion.

FIN.





# ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
Prólogo. . . . .	7
Personajes. . . . .	37

## **Parte primera.**

Una encrucijada. . . . .	41
Un aposento. . . . .	46
Una calle. . . . .	53
Casa del conde de Lavour; patio de entrada. . . . .	66
La habitacion del conde de Lavour. . . . .	77
La barricada. . . . .	100
El patio de una casa pobre. . . . .	114
La habitacion de Baisemain. . . . .	120
Una calle. . . . .	132
El salon de Dionisio Dupuis. . . . .	156

## **Parte segunda.**

La antesala del general Galuchet. . . . .	192
Plaza pública.—En el fondo, una iglesia. . . . .	217

En el Este.—Un vivac. . . . .	231
En el Norte.—Un caserío. . . . .	244
En el Oeste.—Una aldea. . . . .	249
El gabinete del cónsul. . . . .	258
La sala del Consejo. . . . .	272
Una iglesia convertida en cárcel. . . . .	350
Supremo Tribunal social y fraternal. . . . .	377
El campo. . . . .	404
Avanzadas del ejército católico. . . . .	430
Sala del Consejo en la capital de la federacion del Oeste. . . . .	440
La capital de la república social. . . . .	457
Epilogo. . . . .	469
Notas. . . . .	491



C.L.: 100-113306



# EL AZOTE DE LA ALDEA.



